

Selecta

*Hasta
que nos volvamos
a encontrar*

Maya Moon

Hasta que nos volvamos a encontrar

Maya Moon

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

La casa del tío Jaime

Desde fuera, la casa daba la sensación de ser de nueva construcción y no solamente porque él la estuviera mirando con los ojos de su infancia y todos sus sentidos embelesados en un tiempo que no era ese. Porque ahora mismo su madre, esa que le decía adiós con la mano mientras él esperaba a que el tío Jaime le abriera la puerta, no estaba allí, por supuesto, ni olía el dulce aroma de los churros recién fritos y bañados en azúcar que tanto le gustaban y que, por eso, su tío le preparaba cada vez que se quedaba con él para que mamá fuera a trabajar. Y, si se miraba los pies, no veía sus cangrejas azul marino, las que su madre lo obligaba a ponerse para meterse en la playa debido a las piedras que había justo al entrar al agua y que se extendían unos cuantos metros hasta dar paso a la fina arena, donde sí se podía saltar y chapotear sin miedo a pincharte con uno de esos cantos afilados. Lo que sí seguía ahí era el olor del salitre del mar mezclado con el de los espetos de sardinas que se asaban en las barcas junto a los restaurantes en plena arena, y la fina y húmeda brisa que por esa época primaveral le susurraba, al acariciarlo, que estaba rodeado del mismísimo paraíso. La casa le parecía nueva por la modernidad de las líneas rectas, el blanco de la fachada y el acero de ventanas y barandillas, así como por las persianas de madera marrón, un estilo sencillo que en la actualidad estaba muy de moda, pero que en los tiempos en que su tío la construyó habían sido todo un acto de rebeldía. Alex sonrió para sus adentros. «Deformación profesional —pensó—, para algo soy arquitecto». No

era una casa aislada, aunque sí totalmente independiente. Estaba rodeada de varias más, las pocas que habían tenido el privilegio de haberse librado de la Ley de Costas y permanecer en pie a pesar de estar muy cerca de la playa. De hecho, bastaba cruzar el pequeño camino sin asfaltar y lo siguiente que se pisaba era la fina arena. En aquel momento se alegró muchísimo de que se hubieran creado plataformas para evitar que se pavimentara aquel camino y que lo hubieran convertido en un paseo marítimo de asfalto, puestos para turistas, cadenas de restaurantes americanos, y tiendas de asiáticos que vendían su parafernalia. El progreso, a veces, debía ser detenido, sobre todo cuando amenazaba con destruir tanta hermosura salvaje. El joven se dejó invadir por el olor de la arena de la playa mojada, permitió que la brisa fresca le acariciara el rostro y cerró los ojos para recuperar su propia imagen infantil, cuando correteaba con su perro por la orilla, entrando y saliendo del agua en una especie de juego de persecución que nunca terminaba pues Dante, el can de su tío, no tenía como objetivo atrapar al niño, sino más bien no parar de saltar y dar zambullidas en el mar. En el marzo de su memoria, la playa ya estaba llena de gente que iba a robar los primeros rayos de sol de la temporada, como ocurría en la actualidad, pero en la época en que él era un crío, a diferencia de ahora, se podía correr tranquilamente por la arena, perro en ristre, sin que te multaran. Esta vez sonrió emocionado ante el recuerdo de su querido Dante, que hacía años que descansaba en el jardín de detrás de la casa, y cuya tumba su tío cubría de vez en cuando de arena y conchas para que el animal disfrutara de lo que más le gustaba mientras había pertenecido al mundo de los vivos.

Alex sacó el manojito de llaves de su bolsillo a medida que se acercaba a la puerta de madera de la valla, también blanca, que rodeaba la propiedad y daba paso al jardín, donde una piscina medio vacía suplicaba que alguien la devolviera a la vida. «Una piscina vacía es el recuerdo más triste que se puede guardar en la memoria», pensó Alex, recordando los tiempos en que esa imagen significaba que se habían acabado las vacaciones y el verano, y que la

monótona rutina iba a adueñarse de su vida durante una, para él, eterna temporada. Una vez delante de la puerta de entrada de la casa, con las llaves en la mano, no pudo evitar sentir un nudo en la garganta. Eso no era lo habitual, él nunca abría la puerta, excepto si había salido con sus amigos del pueblo y regresaba demasiado tarde, que era la única vez en que su tío le daba un juego de llaves para que no lo despertara al regresar. Él siempre tocaba la pequeña campanilla que colgaba a la izquierda y esperaba impaciente ver aparecer la elegante figura de su tío –que tendría por aquel entonces unos cincuenta años, pero que aparentaba bastantes menos– bajo el umbral, con los brazos abiertos y aquella sonrisa de felicidad que le provocaba siempre verlo. Era un hombre alto, de pelo moreno con bastantes canas ya, que se negaba a disimular, de compleción fuerte y preciosos ojos color miel llenos de la vida que da la curiosidad, el interés por todo lo que te rodea, las ganas de vivir, de leer, de viajar, de conocer gente nueva... en definitiva, de exprimir cada segundo de la propia existencia. Porque así era su tío Jaime, un hombre ávido siempre de conocimientos, apasionado por la vida, por los viajes, por las mujeres, siempre rodeado de sus amigos. El eterno soltero que fue lo bastante valiente como para reconocer que le gustaban demasiado las mujeres como para atarse a una sola y hacerla la más infeliz sobre la faz de la Tierra con sus andanzas y amoríos, pues estaba seguro de que no había nacido para ser fiel. Las mujeres siempre fueron para él un enigma, el sinónimo de la aventura perfecta, las adoraba y disfrutaba de su compañía en todos los sentidos. Tenía amigas en medio mundo con las que compartía cartas y visitas mutuas, viajes a lugares exóticos y cuando no amor, sí un afecto más propio de hermanos que de amigos. ¡Cuántas veces le había contado su madre las andanzas de su hermano! «Eras un golfo encantador, tío Jaime. ¡Cómo te voy a echar de menos!».

Una vez dentro de la casa, Alex tuvo la certeza de que la esencia de su tío seguía allí, en cada cuadro, en cada lámpara, en los detalles de las estanterías. Incluso creyó percibir su aroma a Old Spice durante unos instantes, lo que lo

hizo volver a sonreír. «Las casas se convierten en parte de uno», le había dicho su tío Jaime en más de una ocasión, y jamás antes de ese momento lo había comprendido del todo. Sin embargo, en ese preciso instante, ante todo lo que había rodeado la vida del hombre que tanto cariño le había dado desde que nació, podía percibir que parte de él permanecía ahí, y que nunca se marcharía del todo. Recorrió con la mirada el salón a su izquierda, con las cortinas echadas y las persianas bajadas hasta la mitad de forma que la luz que entraba permitía solo atisbar unas mínimas sombras de lo que había dentro. Pero él no necesitaba verlo porque lo tenía grabado en su mente. La enorme librería, la mesa de comedor con sus seis sillas, el sillón orejero y el conjunto de sofás, la alfombra sobre la que descansaba la mesilla de café. Si hubiera sido ciego, podría haber recorrido aquel salón sin tropezar absolutamente con nada. No quiso salir a la enorme terraza trasera, a la que se accedía desde allí, aunque sí abrió un poco la cortina para asomarse y mirar el precioso cenador metálico por el que trepaban hojas y flores en un interminable abrazo. Pasó por el aseo y dejó a su derecha también la cocina que, limpia y recogida, olía un poco a amoníaco. Su tío había sido uno de los hombres más escrupulosos que había conocido jamás. Luego subió las escaleras acariciando la barandilla de madera que de pequeño tantas veces había sido su tobogán, su camino rápido a la planta baja. «Un día te harás daño», le pareció volver a escuchar, «y entonces tu madre ya no te dejará venir aquí». Su madre era la hermana de su tío, y eran las personas más distintas que había conocido en su vida. De hecho, solo habían compartido la sangre que les corría por las venas. Ella era una mujer tranquila, centrada en la crianza de sus hijos y las labores de su casa, con escasa curiosidad por el mundo que la rodeaba, siempre tejiendo, o leyendo alguna novela de Corín Tellado, o plantando flores en el jardín. La preciosa mujer de ojos verdes le sonrió desde el recuerdo, sentada en su mecedora del patio, con la mano en la frente a modo de visera para protegerse del sol y el pelo casi dorado que la rodeaba de una especie de aura fantástica e irreal. Alex también sonrió al recordarla. Su madre era la mujer más guapa

que jamás había conocido.

Cuando llegó a la planta de arriba, el primer lugar al que entró fue al que había sido el dormitorio de su tío y la primera imagen que recibió fue la suya propia, con seis o siete años, mientras saltaba sobre la cama. Su madre jamás se lo hubiera permitido; en primer lugar, porque podía caerse y hacerse daño y, en segundo, porque destrozaría el colchón y quién sabía si rompería la cama. Pero Jaime reía mientras lo miraba dar botes que lo hacían llegar al techo, y en más de una ocasión saltó con él, los dos cogidos de las manos. Se asomó al baño y se quedó embobado mirando el techo, que arrojaba la luz del sol a borbotones a través de una claraboya redonda. El suelo y el alicatado eran nuevos, igual que los del resto de los baños y aseos, cosa que no le sorprendió, pues su tío actualizaba la casa de vez en cuando para adaptarla tanto a la moda como a la comodidad. Se asomó a las otras dos habitaciones y al baño del pasillo, dejando las puertas abiertas como si quisiera devolverle un poco de vida al lugar envuelto ahora en un silencio casi absoluto.

«Todo en orden», pensó el joven. Ahora tocaba subir a su parte favorita de la casa, la inaccesible, la que siempre estaba llena de papeles, recortes de periódicos, legajos antiguos comprados en mercadillos de segunda mano: la buhardilla, donde su tío pasaba horas, a veces días, trabajando a saber en qué, pero que se había convertido en su obsesión durante los últimos años de su vida. Había descubierto además el maravilloso mundo de Internet, por el que se podía acceder a toda la información que se necesitara solamente rozando una tecla, y aquello había sido su perdición. «Si esto hubiera existido cuando yo era joven», se había lamentado Jaime siempre que podía. Esta era una generación más fácil que la que le había tocado a él en suerte, menos libre, menos informada, más dura, o eso había creído él al principio, antes de descubrir que la libertad era más un espejismo provocado por los medios de comunicación que una realidad. Cuando abrió la puerta de madera que daba acceso a lo que para él siempre había sido una especie de santuario, se quedó boquiabierto ante el espectáculo de estanterías repletas de libros y dossieres,

de carpetas clasificadas por fechas extrañas y alejadas unas de otras. Había una con la inscripción «1943» junto a otra en la que se podía leer «Primeros años de la Revolución Industrial en Londres», y álbumes de fotos antiguas y recortes amarillentos y ásperos de periódicos que no tenía intención ninguna de revisar. A lo lejos divisó libros de magia y artes esotéricas, lo cual no le extrañó demasiado, conociendo a su tío. Estaba seguro de que no le habrían quedado muchas cosas en el mundo por experimentar, quizás solo las que no estuvieran a su alcance. Toda la estancia estaba rodeada de librerías donde no quedaba ni un espacio vacío entre las carpetas de documentos separados por años, ciudades y nombres de personas que él jamás había oído. En el centro, una mesa de despacho grande, con un ordenador de última generación sobre ella, y un cómodo sillón desde el que trabajar eran lo único que no estaba invadido por aquellos papeles. «El trabajo requiere un orden», le pareció volver a escuchar.

Salió un momento a la terraza en la que desembocaba aquella estancia a respirar aire fresco y mirar el mar unos instantes. Había una pequeña mesa de forja rodeada de cuatro sillas y adornada con enormes velas de varios colores, y en un rincón había una tumbona para tomar el sol, algo que a su tío le encantaba hacer en cuanto llegaba el buen tiempo. «Un buen libro, una cerveza y un rato de sol... eso es lo que yo llamo disfrutar de la vida, Alex, no lo olvides. Que no te engañen, la felicidad está al alcance de cualquiera siempre que sepa dónde buscar». Su mente se había empeñado ese día en hacer un pequeño viaje por los recovecos de su memoria para recordarle todo lo que aquel hombre le había enseñado de la vida. Al entrar de nuevo a la habitación, tuvo claro que todo lo que allí había significaba algo. De hecho, su tío ya le había advertido en el hospital de que tenía que ordenarlo, leerlo, comprenderlo en la medida de lo posible y, por supuesto, terminarlo. Aunque en el momento en que le prometió que así lo haría jamás se le pasó por la cabeza que hubiera semejante cantidad de información recogida en aquel cuarto.

—Nota mental: Contratar a alguien que ordene todo esto —se dijo a sí mismo en voz alta antes de salir de aquella habitación y bajar de nuevo hasta la cocina, donde abrió una botella de vino blanco y llenó una copa para brindar con el aire en memoria del hombre que tanto le había dado. Eso fue lo que le había dicho que haría en cuanto entrara a la casa, y una promesa era una promesa.

De vuelta en su trabajo, su socio, Ramón, y la secretaria, Inés, se acercaron a él en cuanto lo vieron aparecer para darle un abrazo y transmitirle un poco de ánimo. Ya habían estado junto a él en el momento en que había recibido la urna con sus cenizas, que fue un momento casi tan triste como el de su muerte, pues la mirada del joven parecía la de un niño decepcionado y triste al ver lo que quedaba de alguien a quien tanto quiso. Ambos sabían lo mucho que aquel hombre había significado en la vida de su compañero y amigo. Ramón y él se conocían desde siempre, y él mismo había corrido por los pasillos de aquella casa y se había bañado en la piscina. Había tenido la suerte de conocer a un hombre tan especial como Jaime. Entre los tres hacía ya unos años que habían montado su pequeño negocio, un estudio de arquitectura que había funcionado mucho mejor de lo que ellos pensaron al principio. Los dos chicos habían estudiado la carrera juntos, de hecho, habían estudiado juntos toda su vida, desde la guardería, mientras que a Inés la contrataron por ser prima de la entonces novia de Ramón, Pilar, que era ahora su mujer. Empezaron en el pueblo con una empresa modesta, pero con el tiempo tuvieron que trasladarse a la capital, donde había muchas más posibilidades para ellos, y fue una buena decisión, ya que desde que habían aterrizado allí no les había faltado el trabajo, ni siquiera en plena crisis tras explotar la burbuja inmobiliaria. Alex había estado ausente desde el viernes, cuando su madre lo llamó para decirle que había llegado el momento que tanto temían y que tenía que acudir al hospital a despedirse de su tío. Pero cuando llegó, aunque el hombre aún respiraba, ya no estaba consciente y no pudo hablar con él. Se había sentado unos minutos a su lado, junto a la cama, y lo había tomado de la mano. Le

había dicho lo mucho que lo quería y lo difícil que iba a ser la vida tras su ausencia, sin sus consejos y su cariño, y le había besado las manos y la frente. Por parte de Jaime no hubo ninguna reacción, pero justo cuando Alex salía de la habitación, el corazón de su tío dejó de latir.

El fin de semana lo había pasado con sus padres y, finalmente, el domingo por la mañana había visitado la casa que siempre supo que le pertenecía, pues estaba a su nombre desde el mismo momento de la construcción.

—Deberíais ver la cantidad de papeles que hay en su despacho —dijo mientras daba un sorbo a su café.

—¿Papeles? —preguntó Ramón, su amigo, sentado al otro lado de la mesa de dibujo—. ¿Qué tipo de papeles?

—Eso quisiera saber yo... —dijo Alex con la vista perdida—. Lo único que sé es que mi tío trabajó en ellos durante mucho tiempo y me pidió que acabara su trabajo. ¿Os lo podéis creer?

—Tú tío siempre fue un cabronazo. —Ramón sonrió—. ¿Qué esperabas?

—Pues tendré que buscar a alguien que se encargue de eso. Yo no tengo tiempo... ni ganas, la verdad.

Se fue a la mesa que quedaba de espaldas a la ventana y se sentó frente al ordenador para empezar a trabajar. Tenía que concentrarse y dejar de pensar por un momento en el pasado fin de semana. Sin embargo, su amigo tenía aún una pregunta para él:

—¿Cuándo te mudarás? —le preguntó con aire despreocupado.

—¿Mudarme? ¿Adónde?

—Joder, pues a la casa que te ha dejado tu tío. ¿O es que piensas seguir viviendo de alquiler teniendo esa maravilla frente al mar?

Alex no contestó enseguida. Desde el viernes anterior todo había sido tan extraño y tan caótico que ni siquiera se le había pasado por la cabeza vivir en aquella casa. Llevaba ya mucho tiempo en Málaga, en el centro, en un piso de dos dormitorios que era mucho más de lo que él necesitaba para vivir y que le permitía estar a un paso de todo lo que le gustaba: conciertos, teatros,

restaurantes y playas. Aunque, pensándolo bien, tampoco salía ya como cuando empezó a vivir allí, ocho años antes. Por entonces ese fue uno de sus motivos para alquilar allí un piso, además de que le quedaría cerca del nuevo despacho que estaban montando. Sin embargo, después de ese tiempo se había ido calmando hasta convertirse en un tipo algo más aburrido. Ya no le llamaba tanto la atención salir hasta tarde. Sus amigos se habían ido casando al mismo tiempo que sus escasas relaciones habían ido fracasando estrepitosamente, y casi no le quedaba nadie con quien salir de juerga. «Puede que lo de la soltería sea hereditario», se dijo a sí mismo con una mueca irónica en la cara, pensando en su difunto tío. Una luz nueva iluminó su mirada. Era una gran idea. ¿Qué mejor homenaje a su tío que cuidar de la casa que tanto amó?

—Pues, si te digo la verdad, puede que me mude el próximo fin de semana. Total, no tengo demasiadas cosas que trasladar y la casa está en perfecto estado, ya sabéis cómo era mi tío.

El pueblo quedaba a escasa media hora del centro de Málaga y era un lugar tranquilo, ideal para vivir y, al mismo tiempo, al ser un pueblo turístico, disponía de todo tipo de servicios, así que no era nada descabellado trasladarse a vivir allí e ir a su trabajo en coche a diario. Le pareció una idea excelente a pesar de haberla improvisado en los últimos quince minutos. De hecho, se recriminó a sí mismo por haber pensado en venderla nada más recibir las llaves, alegando que era demasiado grande para él solo.

Y así fue como, el viernes siguiente, Alex hizo sus maletas y cargó los pocos trastos que tenía en su coche para mudarse a su nueva casa, en realidad, a la que siempre había sido la casa de sus sueños. Abril había empezado cálido y al entrar en el pueblo ya se percibía el ambiente festivo de los lugares turísticos: gente en chanclas y pantalón corto —que a él le provocaron escalofríos, pues aún no hacía calor como para ir así—, parejas con sus críos y sus perros camino del paseo marítimo, puestos a lo largo de todo el paseo llenos de todo tipo de cosas: collares, ropa, inciensos, libros y hasta uno que alquilaba bicicletas. En fin, lo típico de un pueblecito marítimo, que se veía

invadido por turistas a partir de la primavera y que no se libraría de ellos hasta bien entrado el mes de octubre, época en la que hibernaba, cual oso estepario, para reparar los estragos y coger fuerzas para la siguiente temporada. Solo entonces se convertía en lo que realmente era: un precioso pueblo junto al mar. La casa contaba también con un garaje, al que se accedía por la parte de atrás y que estaba justo al lado, así que allí dejó Alex su coche y empezó a llevar bultos al jardín. Sin haber deshecho aún las maletas, cerró la puerta del garaje y se dirigió al bar de Rafa, otro de sus amigos de la infancia, a tomarse una cerveza con un espeto de sardinas. Rafa se alegró mucho de saber que lo tendría tan cerca, había dado por hecho que así sería, al parecer todos habían pensado en eso menos él. «¿Qué le vamos a hacer? Siempre llego tarde a todo», se dijo a sí mismo mientras daba un trago al frío líquido que lo refrescó de veras. Rafa se alegró de ver que tenía mejor aspecto que la última vez que lo había visto, cuando su tío acababa de morir. La larga enfermedad no lo había preparado para la pérdida, por mucho que a la gente le gustase afirmar que eso era así. Charló un rato con su amigo mientras tomaba unas aceitunas y volvió a la casa a desempaquetar las pocas cosas que había llevado: una tele, un ordenador portátil, unos cuantos libros y, principalmente, ropa y utensilios domésticos. Pensó que esos últimos los dejaría en la caja en la que habían venido, dudando que hubiera algo de aquello que su tío no tuviera ya. Colocar sus cosas le llevó un par de horas y acto seguido se tumbó en el sofá, puso la tele y no llegó a verla ni diez minutos antes de quedarse dormido como un bebé.

Fue la sensación de frío la que lo despertó un par de horas más tarde. Se estiró un poco y se asomó a la ventana que daba a la calle. Se había levantado algo de aire, suficiente como para que hubiera refrescado el ambiente. «Tendría que hacer algo de compra», pensó mientras observaba a la gente que caminaba paseo arriba y abajo, y se rascó la nuca intentando hacer una lista mental de las cosas que necesitaba. Lo que más le urgía era comida, eso seguro.

Salió de la casa en su coche y se dirigió a una terraza que había un poco más arriba, donde ponían el único café perfecto de toda Málaga, y eso era lo que más le apetecía en este momento. Se sentó y mientras esperaba su café miró el móvil. Mensajes de Ramón, mensajes de mamá —que estaba loca de contento porque su hijo se mudara tan cerca de ellos otra vez—, vídeos graciosos en el chat del trabajo, un vistazo a Twitter, un vistazo a Facebook y soltó el móvil para dar el primer sorbo a su recién llegado café.

—Esto sabe a gloria —susurró cerrando los ojos.

Después de hacer la compra volvió a casa a guardarlo todo y cuando acabó subió a echar un vistazo a la que sería su habitación, que antes había sido de su tío. La ventana daba también a la calle y el sol estaba a punto de esconderse por ese día. Se había convertido en un enorme círculo rojo oscuro, que parecía colgar de algún hilo invisible en aquella inmensidad de malvas, rosas y violetas, y que no tardaría en perderse del todo. Se retiró de la ventana para dirigirse a la buhardilla y, a diferencia del primer día que entró en la casa tras la muerte de su tío, esa vez se sentó en el sillón de detrás de la mesa para curiosear entre las cosas que había encima. A la derecha, bajo un pisapapeles de bronce con forma de globo terráqueo, distinguió un sobre con su nombre. «¿Esto estaba aquí el otro día?», pensó evocando el momento en que había estado en esta estancia por última vez. Si así era, no le había prestado suficiente atención, o simplemente no lo había visto. Abrió el sobre y leyó una carta dirigida a él.

Querido Alex:

Sabes bien que tu madre y tú sois lo único que tengo en la vida, y que me alegro muchísimo de ello, pues poca gente disfruta del amor que me ha rodeado siempre gracias a vosotros. Lamento no poder estar más tiempo a tu lado. No quiero marcharme sin antes contarte algo que he descubierto en los últimos años y que cambiará tu percepción de la vida y la muerte para siempre, como ha cambiado la mía. Ahora sé que me dirijo a otro lugar, que el fin no lo es en realidad. Sé que crearás que estos pensamientos se

deben a la cercanía de mi marcha, pero te juro que no es así. Hace unos años, ya no recuerdo cuántos, conocí a una mujer que me abrió los ojos en todos los sentidos y a quien debo la paz con la que me voy de este mundo. Ella me habló de la vida y de la muerte, de otros planos de existencia hacia donde nos vamos mudando cuando terminamos lo que habíamos venido a hacer aquí. Ella me habló de almas que se resisten a separarse y se persiguen y se encuentran en otras vidas, y también me dijo por qué unas lo logran y otras no. Me gustaría tener tiempo para explicártelo todo, bueno, en realidad me gustaría que tuvieras tiempo tú, pero estás tan ocupado descubriendo el mundo que no creo que me vayas a prestar mucha atención. No son las últimas palabras de un viejo chocho, tú me conoces bien. Lo único que te pido es que leas todo lo que encontrarás aquí y saques tus propias conclusiones. Te quiero y espero sinceramente el momento en que volvamos a coincidir aquí o en cualquier otro lugar.

Con todo el amor del mundo, tu tío Jaime.

Alex se quedó pensativo un momento y se deshizo del nudo que se le había formado en la garganta leyendo la carta de su tío. Miró a su alrededor y pensó que todo lo que a él se le antojaba una cantidad inmensa de papeles que podría tirar sin dudarlo un instante había cambiado la percepción de la vida de la persona que, después de sus padres, más lo había querido, así que no, tirarlos no era una opción. Pero ¿de dónde iba a sacar él el tiempo suficiente como para leer todo aquello? ¿Por dónde iba a empezar? Contratar a alguien fue lo primero que se le ocurrió, pero no podía pagarle demasiado a quien trabajara para él, no era rico. Salió de la habitación dándole vueltas a aquella idea y decidió dar un paseo para despejarse un poco y reflexionar sobre lo que había leído. Ya era de noche, y los que antes paseaban por aquel paseo marítimo aún salvaje, sin baldosas ni negocios con luces de neón, ahora estaban sentados en los chiringuitos a pie de playa, en las tumbonas, bajo las sombrillas de palma, disfrutando de una conversación, una bebida, una cena... Se apoyó un instante a observar desde una de las barandillas de madera, estacas que parecían

sacadas de una película de Tarzán, atadas con cuerdas, y luego siguió caminando un poco más con las manos en los bolsillos y la mirada perdida. Al cabo de un rato se sentó en un banco y, al mirar a su izquierda, se dio cuenta de que alguien había dejado allí una de esas revistas gratuitas donde se anuncian los negocios que hay en una ciudad. La hojeó un instante y llegó a una página de ofertas y demandas de empleo y se detuvo a leer. Había más demandas que ofertas, como siempre, y de todo tipo, amén de una sección de contactos que se podía leer un poco más abajo, pero eso no venía al caso. Entre las demandas de empleo, una llamó su atención:

«¿Necesitas informatizar documentos? Yo soy la persona que estás buscando. Puedo ordenar, escanear e informatizar todo eso que ocupa tanto espacio en tu casa y reducirlo a una carpeta en tu ordenador».

Y a continuación aparecían un nombre, Olivia, y un número de teléfono que Alex guardó enseguida en su móvil. ¿Casualidad? Probablemente, pero Alex tuvo la certeza de que había encontrado a la persona que iba a ordenar su buhardilla de una vez y para siempre.

Olivia

A la mañana siguiente, como siempre después de salir a correr un rato y tomar el primer café del día, se decidió por fin a descolgar el móvil para contactar con la chica cuyo número había guardado la noche anterior. «Es sábado por la mañana —pensó—, pero cualquier día es bueno para recibir una oferta de trabajo, digo yo». Estaba extrañamente nervioso y lo achacaba a que nunca antes había contratado a nadie, ni siquiera había entrevistado a alguien para que trabajara con ellos. Era más, él no había acudido nunca a una entrevista de trabajo, así que no tenía ni idea de lo que había que hacer.

No había sonado más de dos o tres veces el móvil al otro lado cuando una preciosa voz femenina lo descolgó. Parecía que había estado riéndose antes de coger el teléfono y al descolgar aún conservaba restos de una divertida carcajada.

—¿Sí? —dijo conteniendo la risa.

—Buenos días. —Alex intentó hablar algo desconcertado—. La llamo por el anuncio de solicitud de trabajo. Lo vi anoche en una revista... —De pronto, no supo cómo seguir y suplicó en silencio que ella dijera algo.

—Sí, sí... —respondió la mujer con tono más serio.

—Verá... me gustaría hablar con usted, necesito a alguien que haga precisamente lo que ofrece usted con unos documentos. En realidad, con muchos documentos, si le soy sincero.

—¿Cuándo le parece bien que hablemos?

—¿El lunes por la mañana? —preguntó Alex.

Tras recibir una respuesta afirmativa, dio la dirección de su despacho en Málaga para que la chica pudiera ir a entrevistarse con él. Le dijo su nombre y ella se presentó también y le comentó que estaba muy necesitada del puesto y que le encantaría que pudieran llegar a un acuerdo.

El domingo pasó despacio, como una tortura para Alex, que sentía una enorme curiosidad por conocer a la dueña de aquella voz risueña y agradable con la que había hablado. Había sido la primera sonrisa que había recibido, aunque no fuera para él, después de los duros momentos por los que había pasado, y estaba como hipnotizado por ella. Ni siquiera era capaz de comprender por qué tenía tantas ganas de conocerla. Fue a comer con sus padres, durmió, leyó, salió a pasear... en definitiva, agotó todas y cada una de las posibilidades que el día le ofreció para distraerse y calmar su impaciencia. Antes de meterse en la casa, a eso de las diez, se pasó por el bar de su amigo y se sentó en un taburete a tomar una cerveza.

—Alex—dijo el chico desde dentro de la barra—, ¿puedo preguntarte una cosa sin que te enfades?

—Mal empezamos. Suéltalo.

—¿Cómo es que sigues soltero?

Alex se removió en el taburete sin saber muy bien cómo contestar. Ya estaba acostumbrado a la dichosa pregunta, pues su madre era la primera que se la hacía en cualquier comida o reunión familiar, sobre todo en sus cumpleaños.

—Pues... no sé. Supongo que no se me dan bien las mujeres.

—A ver... lo digo porque un tío como tú, alto, guapo y arquitecto, debería tener mujeres que revoloteen a su alrededor como mariposas... ¿no?

El joven no contestó, no sabía qué decir. La verdad era que siempre fue un chico normal, al principio, bastante inconsciente de su atractivo físico y, después, como enseguida conoció a la que sería su novia durante bastante tiempo, tampoco se preocupó demasiado por si resultaba atractivo a las mujeres o no.

—¿No te estarás volviendo gay? —le dijo a su amigo.

—Vete a la mierda —contestó él bromeando.

—Es curiosidad. Si me he casado hasta yo, con esta cara y trabajando en un bar... —siguió Rafa—. ¿No te has planteado acudir a una de esas páginas de citas por Internet?

—¿Te quieres callar ya? ¡Me estás amargando la cerveza!

Rafa se echó a reír y pensó que mejor dejaría el tema para otra ocasión. Después de tomarse otra cerveza más, Alex por fin se decidió a marcharse a casa para darse una ducha e intentar dormir. Las mañanas de lunes tenían la costumbre de llegar antes que las del resto de los días de la semana. Le parecía mentira que no fuera capaz de conciliar el sueño pensando en la entrevista del día siguiente. Dio vueltas y más vueltas en la cama, se agarró a la almohada, la soltó, se colocó boca abajo, luego boca arriba, hasta que finalmente, después de unas cuantas extrañas posturas más, cayó rendido en los brazos de Morfeo. Lástima que el despertador no tardó demasiado en sonar.

La mañana siguiente transcurrió como cualquier otra mañana de lunes. Alguna llamada de teléfono del ayuntamiento para hablar de un nuevo proyecto para el que querían contratarlos, abrir el *mail*, ir a tomar un café al bar de abajo, colocar nuevos planos sobre su mesa de dibujo para repasarlos, y poco más. Sobre las once, la hora a la que había quedado para entrevistar a Olivia, Inés le dijo que tenía visita, y Alex se puso más nervioso de lo que hubiera deseado. La puerta se abrió e Inés dio paso a una chica no muy alta, morena, de preciosos ojos rasgados verde esmeralda y piel blanca y sonrosada, que sonrió al saludarlo mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos. Él le tendió la mano y la invitó a sentarse al otro lado de su mesa. Se aclaró la voz y por fin expuso el motivo por el que quería contratarla. Le habló de su tío y de la gran cantidad de documentos que había en su despacho y que necesitaba ordenar, por lo menos para averiguar de qué se trataba y si podía acabar con aquel trabajo que su tío había empezado. Le habló de su falta de tiempo y,

sobre todo, de su falta de paciencia para enfrentarse a aquella cantidad de papeles, legajos y recortes.

—Sinceramente, no sabría por dónde empezar —dijo Alex para terminar.

—Bueno. Seguro que podré hacerlo. Al contrario que usted, yo tengo mucha paciencia con los papeles. Tendré que examinarlos y averiguar por dónde empezar.

—Entonces, ¿acepta?

—Sí, claro. Ya le comenté que necesito el trabajo, acabo de dejar uno en el que llevaba bastante tiempo y...

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Podría decirse que por diferencia de opiniones con mi jefe.

Alex se dio por satisfecho a pesar de que la respuesta no fue todo lo concreta que él hubiera querido. Además, aquello de que tuviera que ver con el jefe el que ella hubiera dejado un trabajo no lo tranquilizó demasiado. Olivia continuó:

—¿El puesto es aquí, quiero decir, en esta oficina, en la ciudad...?

—No. Disculpa. Sería imposible sacar de la casa tanta información sin extravíar algo. Me gustaría que trabajaras en mi casa. Vivo en un pueblo cerca de aquí. Podemos quedar y te enseño la casa.

—Estaría bien —contestó ella—. En realidad, tendría que buscar también alojamiento. He dejado el apartamento que compartía con una amiga y estoy buscando piso.

Alex reflexionó un instante con la barbilla apoyada en las puntas de sus dedos antes de decir, no sin cierto asombro incluso por su parte:

—Bueno, mi casa es grande. Tiene un par de habitaciones libres y tres cuartos de baño... Lo digo por si... ya sé que igual suena algo precipitado...

Ella lo interrumpió:

—No... No. En realidad, sería estupendo. No me gusta vivir sola y si, además, voy a trabajar allí... ¿Cuándo podemos ver la casa y la cantidad ingente de papeles? —preguntó sonriendo.

—¿Te parece bien ahora mismo? —dijo él y, levantándose de su sillón, rodeó la mesa para acercarse a donde ella estaba sentada.

—¿Es posible? —preguntó algo sorprendida.

—Claro. Sin problemas. Como te he dicho, está bastante cerca. Le diré a Inés que tengo que hacer unas gestiones y saldremos enseguida.

Inés —que estaba detrás de la puerta escuchando la conversación, pues no podía soportar la intriga de no saber quién era aquella chica que parecía una muñeca asiática y qué tenía que hablar con Alex— echó a correr hasta su mesa, a la entrada de la oficina, justo frente a la puerta, y se colocó todo lo bien que pudo. Para cuando ellos llegaron a su posición, nada parecía indicar que se hubiera movido de su sitio. Alex le dijo que tenía que salir y ella sonrió como si nada.

—Si alguien me necesita, que me llame al móvil. Volveré en un rato.

—Recuerda que esta tarde tienes la cita con el representante del ayuntamiento.

Alex asintió mientras abría la puerta y dejaba salir a su acompañante antes que él. Ya en la calle, subieron al coche de Alex y se dirigieron al pueblo. Por el camino, Olivia le dijo que en ese momento tampoco disponía de coche y que le parecía fantástico poder trabajar y vivir en el mismo lugar. Alex condujo en silencio hasta llegar a su casa y aparcó en la puerta de atrás para acceder por el garaje. Sabiendo la impresión que le causaría a Olivia ver dónde iba a tener la oportunidad de vivir y trabajar, salieron por la puerta del garaje que daba a la playa y ella se acercó inmediatamente a la valla de la entrada.

—¡Qué preciosidad! ¿En serio vives aquí? —dijo agarrándose a ella.

—Sí, claro, aunque llevo solo un par de días. Era de mi tío, el de los papeles, y ahora es mía.

—Es una maravilla. Si yo tuviera una casa como esta, no saldría nunca. —Dirigió su mirada a su derecha y vio la piscina—. ¡Hasta tienes piscina! No tenías bastante con tener el mar a dos pasos.

Alex sonrió e invitó a Olivia a entrar en la casa. Sentía una extraña familiaridad hacia la chica, que al fin y al cabo solo era una desconocida, pero su entusiasmo, su risa franca, el brillo de sus ojos parecían querer decirle que eso no era un encuentro propiciado por el azar. Una vez dentro, le enseñó una a una todas las habitaciones, el jardín trasero con el cenador y finalmente llegaron a la buhardilla. Cuando Alex abrió la puerta, Olivia abrió los ojos de par en par, no solo de asombro ante las estanterías y librerías llenas de documentación, sino también debido al entusiasmo que le provocaba saber que iba a trabajar en aquel despacho que olía un poco como a historia. Alex le enseñó la terraza y le dijo que podía usar toda la casa como si fuera suya.

—Solamente tendremos que compartir la cocina, como ves, es bastante amplia. Los dos tendremos cierta independencia. Además, yo trabajo todo el día en Málaga, no me verás mucho por aquí.

«Una pena, la verdad», reconoció Olivia para sus adentros y se riñó a sí misma por ese pensamiento. La verdad era que Alex le había parecido guapísimo y bastante interesante, y le resultaba extraño que viviera solo en aquella casa tan grande. Tampoco sabía si tendría novia o no, y por supuesto era algo que tendría que averiguar con el tiempo, aunque hubiera jurado que un hombre como él no podía estar solo. Tenía pinta de chico honesto, quizás un poco desengañado de las mujeres, y sobre todo parecía ser simple y llanamente lo que era, sin artificios. «Es mucho suponer en tan poco rato, hija».

Una vez que salieron de la casa, Alex la llevó al bar de su amigo Rafa y se sentaron en la terraza frente a la playa a tomar algo.

—¿Y bien? ¿Cuento contigo? —se atrevió por fin a preguntar él—. No hemos hablado aún de tu sueldo... No puedo pagarte mucho, pero, si te parece bien, compartimos los gastos de la casa y digamos... ¿600 euros? ¿Sería suficiente? Por supuesto, con el correspondiente contrato.

—Sí, por supuesto. Es más que suficiente. No necesito demasiado para vivir. Aunque es cierto que ese montón de documentación asusta un poco —contestó

ella sonriendo.

—¿Tienes alguna idea de por dónde vas a empezar?

—En realidad, eso no importa. Voy a abrir una de esas carpetas y a leer lo que haya dentro. A partir de ahí sabré cómo continuar y, sobre todo, sabré de qué va todo esto.

—Yo no tengo ni idea. Encima de la mesa hay una carta que me dejó mi tío. Me ha intrigado un poco, pero la verdad es que últimamente se había vuelto un poco más raro de lo habitual, y créeme que eso es mucho decir.

—Si te parece, mañana me iré contigo a la ciudad a recoger mis cosas. Hoy puedo comprarme algo para empezar mi nueva vida aquí.

—Si quieres, puedes venirte ahora.

—No. La verdad es que me apetece mucho quedarme, conocer la casa y la zona.

Alex asintió y, tras decirle que tenía que volver al trabajo y que no aparecería hasta las nueve de la noche, la dejó en la puerta de la casa tras darle un juego de llaves para que pudiera entrar y salir a su antojo, y se marchó. Olivia se sintió un poco más cómoda y entró en la casa por su cuenta para inspeccionarla con más tranquilidad. Nada más cerrar la puerta tras de sí, notó un suave perfume a un aroma masculino y supo que no se trataba de la colonia de Alex. Él olía más fresco y lo que ella percibía en aquel momento era el perfume de un hombre más mayor. Quiso pensar que la muerte del tío de Alex era reciente y que aún quedaban restos del aroma del que había sido el antiguo dueño de la casa. Entró al salón y subió las persianas para observarlo atentamente. Era amplio y estaba dividido en dos partes, una, la que daba a la ventana de la calle, era la mesa del comedor con sus seis sillas habituales y una enorme librería cargada de libros, y la otra era la que tenía el conjunto de sofás y una mesa pequeña, delante de un mueble antiguo sobre el que destacaba, por lo anacrónico, la televisión extra plana. Las preciosas lámparas de bronce y cristal le daban cierta seriedad a la estancia. Había varios cuadros en las paredes, y no eran láminas o cuadros baratos, eran óleos,

pasteles, carboncillos, quizás pintados por el antiguo dueño de la casa. Le llamó la atención una preciosa marina con un cielo imposible y un dibujo del rostro de un gato. Salió de allí y asomó la nariz a la cocina y al baño de abajo, que no le provocaron demasiado interés. Luego subió a la planta de los dormitorios y se asomó a la que Alex le había dicho que estaba utilizando él. Los muebles eran también antiguos y preciosos, de madera maciza, y las dos lámparas de bronce eran enredaderas que cubrían unas enormes bolas de cristal. Dos animales de Tiffany, una tortuga y un conejo, adornaban cada una de las mesillas de noche y a los pies de la cama había un ropero enorme con puertas de madera y rejilla veneciana. Abrió la puerta del baño y le pareció de lo más práctico. No había bañera, solo una enorme mampara de pared a pared que protegía una ducha de hidromasaje. «Todo un sibarita, el señor Jaime», pensó. Luego se dirigió a los otros dos dormitorios de la planta, uno de los cuales sería el suyo. Alex le había dicho que podía escoger el que ella quisiera y ambos eran amplios, así que se decidió por el que tenía el baño justo enfrente, por pura comodidad. Ese baño sí que conservaba la bañera y no tenía mampara, sino una preciosa cortina *beige* con letras de estilo medieval en inglés, de color marrón, como si fuera un pergamino. Volvió a alabar mentalmente el gusto del anterior dueño de la casa. El mueble del lavabo era de madera maciza y el espejo estaba flanqueado por dos lirios boca abajo, que eran las lámparas que lo iluminaban. Su habitación daba a la parte de atrás de la casa, pero eso no le importó, ya que así dormiría mucho mejor, no le gustaba demasiado el ruido de la calle. En lugar de volver a la buhardilla, pensó que sería buena idea salir a dar una vuelta y comprar algunas cosas de aseo, un par de pijamas y algo de ropa interior para tener qué ponerse hasta que recuperara su maleta. El aroma a colonia clásica masculina la envolvió de nuevo y se estremeció. Presentía que no eran restos del perfume del fallecido. El aroma iba y venía, como si alguien se acercara y se alejara de ella. Alguien se negaba a dejar su residencia, y ella estaba acostumbrada a que ese tipo de presencias la buscara. Había tenido encuentros desde que era niña. Por eso le

daba tanto miedo vivir sola, porque había descubierto que, si había ruido suficiente a su alrededor y si estaba pensando en otras cosas más mundanas, por lo general esas entidades, o lo que fueran, no lograban comunicarse abiertamente con ella. Debía haberlo imaginado... Alguien que acaba de morir, la tarea de media vida inacabada... El caldo de cultivo perfecto para que la rondara uno de esos seres que tanto miedo le daban. Puso música en su móvil y, dejándose llevar por la melodía, bajó las escaleras y salió a la calle dispuesta a comprar lo que necesitaba. «Da igual cuánto te preocupes, Olivia, sabes que, si quiere encontrarte, lo conseguirá», se dijo a sí misma dando un portazo tras de sí.

Mientras caminaba hacia algún lugar donde comprar lo que necesitaba, le vino a la mente la primera vez que vio algo que no era de este mundo y el vello se le erizó por completo. Recordó que antes había sentido mucho frío, pero no el frío que se calmaba con algo de ropa o una calefacción, no, otro tipo, como si todo a su alrededor fuera de hielo. Y antes de que pudiera darse cuenta, la figura de una mujer había aparecido frente a ella, traslúcida, casi etérea, sin que sus pies tocaran el suelo. Ella, que debía de tener siete u ocho años, se había quedado petrificada y no había sido capaz de hablar ni de moverse mientras observaba a aquella «cosa», que no supo de dónde había salido ni por qué la miraba con aquella sonrisa del que ha encontrado algo que lleva mucho tiempo buscando.

—¡Puedes verme! —había exclamado una voz en la mente de Olivia. Supo que era la voz de aquella imagen, aunque no había movido los labios—. ¡Puedes verme! —había repetido.

Olivia se había tapado los oídos con las manos y había echado a correr hacia la cocina como alma que llevaba el diablo, incapaz de articular palabra. Allí, su abuela y su madre habían estado preparando un guiso por el que había fingido interesarse para ver si así, ignorándola, la figura desaparecía. Pero no fue así. Pudo sentirla en cada poro de su piel, y pudo verla por el rabillo del ojo, estática, esperando. Su sorpresa fue mayúscula cuando su abuela había

mirado a la extraña aparición y dijo en voz alta:

—Déjala tranquila. Es solo una niña. Si quieres decir algo, dímelo a mí.

Y ambas salieron de la cocina sin que Olivia tuviera la más mínima intención de averiguar dónde. Lo único que quiso fue no tener que enfrentarse a algo como aquello nunca más. No había sido una imagen fea o desagradable, al menos ella no la recordaba así, pero tenía un extraño brillo en los ojos, quizás provocado por la emoción –si era que aquello podía tener sentimientos– de que alguien, por fin, después de quién sabía cuánto tiempo, se había percatado de su presencia. Para su desgracia, pues siempre había sido muy miedosa, las apariciones se repitieron, como si alguien hubiera corrido la voz de que ella podía verlas, oír las o sentir las. A veces era la sensación de un simple roce, otras, un empujón. En algunas ocasiones oía como una especie de ruido de fondo cuyas palabras no podía identificar, pero sabía que estaban diciendo algo. Eran muchas, todas a la vez, imposibles de ser distinguidas. Sin embargo, en otras ocasiones oía con claridad palabras, nombres y hasta frases completas. Algunas veces no tenían sentido para ella, no sabía si le hablaban a ella o entre ellos, pero otras veces incluso la llamaban por su nombre. Aquella época había sido muy dura, hasta que finalmente su abuela y su madre le dijeron que lo que le sucedía había estado en su familia durante generaciones y que no debía huir, sino escuchar, porque entonces, por fin, las voces, las figuras, desaparecerían. Y lo más importante: tenía que mantener en secreto esa extraña «habilidad» para no ser tratada como una loca. Así habían logrado ellas salir adelante.

Clara y Olivia

La noche anterior Alex había llegado demasiado tarde, probablemente había tenido que recuperar el tiempo que perdió llevando a Olivia a conocer su casa y el trabajo para el que quería contratarla, así que no se vieron. Sin embargo, en cuanto ella escuchó el grifo de la ducha a la mañana siguiente, se levantó y se vistió. Quería ir con él a la ciudad a recoger su maleta de casa de Clara, la amiga con la que había estado viviendo los últimos cuatro años y, aunque sabía que era demasiado temprano para ir de visita, pensó que podría desayunar y dar un paseo antes de ir a despertar a su amiga.

Alex se sorprendió cuando olió el café mientras bajaba las escaleras. No pensaba que su nueva compañera de casa se hubiera levantado tan temprano para ponerse a trabajar. «Madrugadora, eso es bueno», pensó. Por alguna extraña razón él siempre había madrugado y le gustaba la gente que se despertaba temprano para trabajar. Cuando llegó a la cocina, allí estaba Olivia, sentada delante de la mesa de la cocina con su humeante taza de café recién hecho.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días. He escuchado la ducha y he pensado que podría irme contigo a Málaga. Tengo que recoger mis cosas de casa de mi amiga. ¿Te importa?

—Claro que no. Me alegro de no haberte despertado cuando he salido a correr. Me levanto muy temprano.

—Yo también suelo madrugar. Aunque, si te digo la verdad, hoy me ha

costado un poco levantarme... Se está muy bien en mi nuevo cuarto, aunque creo que voy a comprar algunas cosas para darle un poco de personalidad.

—Me alegro de que te guste. ¿Vas a empezar a trabajar hoy?

—Pues claro. Por eso quiero traer aquí mis cosas cuanto antes, para no tener que interrumpir el trabajo una vez que haya empezado. Es fácil que este tipo de cosas te absorban y pierdas la noción del tiempo.

Alex bebía su café apoyado en la encimera de la cocina. No sabía qué más preguntarle a su nueva inquilina sin resultar incorrecto y el silencio empezaba a resultarle incómodo. Sin darse cuenta, ambos dieron el último trago a sus respectivas tazas y dijeron al unísono:

—Cuando quieras.

Los dos se echaron a reír. Olivia dijo:

—Mira, pues para llevar solo veinticuatro horas juntos estamos muy bien sincronizados.

Ambos salieron de la casa y subieron al coche de Alex para dirigirse a la ciudad. Eran las ocho de la mañana y el sol ya iluminaba todo lo que podían alcanzar con la vista. Ese era uno de los privilegios de vivir en una de las zonas con más sol del país, que los días eran cálidos y soleados la mayor parte del año, y el paisaje era un lujo para los sentidos por el que solo los privilegiados que vivían allí no tenían que pagar. El inconveniente era que los veranos podían llegar a parecer eternos. Casi siempre empezaba el buen tiempo por esas fechas y se prolongaba hasta octubre, incluso primeros de noviembre. Olivia, aunque era de interior, ya estaba familiarizada con el clima pues llevaba unos años en la zona, pero tenía que reconocer que en agosto ya le daban ganas de emigrar a cualquier país donde no hiciera calor, sobre todo los dos últimos años, en los que los veranos no habían tenido piedad con los habitantes del Sur, con un sol abrasador durante el día y sin una gota de brisa que refrescara sus noches. Apenas hablaron durante lo poco que duró el trayecto. Ella, absorta por completo en sus pensamientos, emocionada por cómo había llegado esa nueva oportunidad a su vida, sin buscarla, sin forzarla.

Él parecía concentrado en conducir y en escuchar las noticias por la radio, pero no era así, estaba tan nervioso que simplemente prefirió no hablar. Nunca había sido un *crack* con las mujeres a pesar de su aspecto y, para alguien como él, eso ya era demasiado.

Tal y como pensó, llegaron a Málaga más temprano de la cuenta, así que Alex aparcó en la zona donde tenía el despacho y Olivia se dirigió a dar un paseo y a hacer tiempo para recoger sus cosas. A eso de las nueve, después de haber desayunado en la calle Larios, decidió que ya podría despertar a Clara sin sentirse culpable. Aunque, conociendo a su amiga, no sentirse culpable sería tarea casi imposible.

Cuando Clara abrió la puerta envuelta en una manta y con la nariz roja como un pimiento morrón, Olivia casi se echó a reír, aunque se contuvo porque bastante tenía la pobre ya con el hecho de tener que volver a vivir sola, o sea, volver a cuidar de sí misma, algo que no se le daba demasiado bien. Clara y Olivia se habían conocido en la universidad, cuando ambas estudiaban sus respectivas carreras, pero mientras, al terminar, Olivia se había lanzado frenética al mundo laboral para tener la independencia económica con la que siempre había soñado —y de la cual hasta ese momento solo había disfrutado cuando había conseguido algún trabajo cutre en una de las muchas cadenas de comida rápida que se encontraban estratégicamente repartidas por toda la ciudad o en algún *pub*—, Clara había preferido seguir disfrutando de la sopa boba que le brindaban sus padres. El caso era que desde que se conocieron habían conectado hasta el punto de que Olivia había dejado la habitación que sus padres le habían alquilado en un hostel para estudiantes y se había marchado a vivir con ella al par de meses de conocerla. Su intuición nunca le había fallado y algo le había dicho que esa chica alocada, con exceso de maquillaje, de pelo cortísimo y con las orejas taladradas para lucir varios pares de pendientes iba a ser alguien importante en su vida.

—¿Qué te pasa? ¿Un resfriado?

—Una maldita gripe. Creo que no voy a salir de esta —dijo sonándose la

nariz.

—Anda, no seas exagerada, mujer. Ve a dormir. Solo he venido a por mi maleta.

—¿Y por qué no has abierto con tu llave?

—Ya no vivo aquí. Me daba cosa entrar como si nada.

—Claro, claro, siempre es mejor sacar a esta pobre enferma de su cama. ¡Qué más dará que esté encendida en fiebre y le duelan todos los huesos del cuerpo! —dijo Clara retirándose a su habitación de nuevo.

Olivia la siguió.

—¿Necesitas algo? ¿Te preparo algo para desayunar?

—No quiero ni que me hables —dijo su amiga en tono entre serio y burlón—. Me has dejado más tirada que a una colilla.

—Venga, Clara. No quiero quedarme en la ciudad. Esto es pequeño, al fin y al cabo, todo el mundo se conoce, no me apetece nada encontrarme con él por ahí. Ya lo habíamos hablado.

—¿Y dónde vas a vivir? —preguntó Clara sentándose en su cama y cogiendo un pañuelo de su mesilla de noche.

—Ya he encontrado alojamiento. En realidad, he encontrado trabajo también... y en el mismo sitio.

—¿En la misma ciudad?

—¡En la misma casa! ¿Puedes creértelo?

—Anda, cuenta, que sé que lo estás deseando —dijo la amiga intentando esconder su enorme curiosidad. «¿Dónde habrá encontrado esta trabajo y alojamiento tan pronto?», pensó intentando que la pregunta no traspasara su mirada y no sin un poco de preocupación por si la inocentona de su amiga se había metido en algo extraño.

Olivia la puso al día del cambio que había experimentado su vida en escasas veinticuatro horas y Clara pensó que era algo curioso cómo había sucedido todo. Le pareció incluso precipitado que se hubiera decidido a quedarse a vivir con un hombre al que no conocía de nada. Ni siquiera era propio de la

forma de ser cautelosa y tímida de su amiga.

—¿Y qué harás... cuando oigas cosas... cuando veas cosas? ¿No tendrás miedo?—le preguntó en un tono algo más serio.

—Mucho. Pero no quiero desperdiciar esta oportunidad. Y esas cosas no van a dejar de pasarme solamente porque las ignore... ya lo sabes.

Clara, intentando quitarle importancia al tema, le preguntó:

—¿Me presentarás al tal Alex? ¿Cómo es? Será un callo cuando no me has dicho nada acerca de él.

—Pues está bien bueno, para tu información.

—Bien bueno... ¡Muchacha, vigila esa forma de hablar de tu jefe! —dijo su amiga echándose a reír para después toser como si estuviera a punto de asfixiarse.

—Te dejo ya. Si necesitas algo, llámame.

—Eso. Vete y abandóname aquí, mientras me muero sola.

—¡Venga ya, dama de las camelias! —dijo saliendo al pasillo, cogió su maleta y salió de la casa. Antes de cerrar pudo escuchar la voz de su amiga gritar desde el dormitorio:

—En cuanto me recupere tendrás que presentármelo, no te vas a escapar tan fácilmente.

«No, claro que no. Como si no nos conociéramos».

En lugar de esperar a que su nuevo compañero acabara de trabajar y la llevara de vuelta al mediodía, cogió el primer autobús que pasó por su lado y se plantó en su nueva casa. Deshizo su maleta y colgó su ropa en el armario. Tenía pocas cosas porque había decidido tirar toda su ropa vieja y hacerse un nuevo fondo de armario poco a poco, así que, aparte de unos cuantos vaqueros y jerséis, tres o cuatro camisas, unos botines y unos zapatos, se había deshecho de todo lo demás. Se puso un pantalón de felpa gris, una sudadera azul marino que se había comprado el día anterior y sus zapatillas de deporte, también nuevas. Y, como aún eran las once de la mañana, subió al despacho de la buhardilla preparada para enfrentarse a las docenas de carpetas repletas de

información. Ya le había dicho a Alex que necesitaría un escáner y una fotocopidora nuevos, así que, mientras llegaba el material, pensó que sería una buena idea ir leyendo lo que había en aquellos archivadores. Se acercó a la librería y miró durante unos minutos las carpetas por fuera, buscando la que tuviera la fecha más antigua, pues casi todas tenían una. La más antigua era del siglo XVII, y junto a la carpeta había varios libros que le llamaron la atención por su temática. *Relectiones Theologicae*, de Francisco de Vitoria, *Teófilo y Eutychianus* no le sonaban lo más mínimo, mientras que las dos obras siguientes —*Fausto*, de Goethe y *El hombre que perdió su sombra*, de Adelbert von Chamisso— ya le empezaron a sugerir la temática de los anteriores. Lo primero que hizo fue sacar el contenido del archivador de plástico verde y extenderlo sobre la mesa. Nombres en francés de hombres y mujeres, documentos antiguos de bautizos y matrimonios con los mismos nombres, papeles varios casi ilegibles, y un trozo de papel antiguo plastificado escrito en inglés que aún no se molestó en leer. «Vaya, vaya —pensó—, así que mi jefe es de ascendencia francesa». Se chupó la punta del dedo índice y dibujó una raya en el aire. «Punto para él». Siempre le había gustado trabajar con legajos que parecían salidos de una biblioteca medieval, aunque tenía su parte negativa, principalmente, que casi se deshacían en las manos, además de que la letra apenas se entendía en muchas ocasiones. Lo primero que pensó fue que también necesitaría una plastificadora para proteger todos estos documentos, al menos hasta descubrir de qué podía deshacerse y de qué no. La idea se la dio el extraño trozo de papel que ya estaba protegido por una funda de plástico y que, al fin, se decidió a leer.

«...y por dónde vagará ahora tu alma inmortal, en qué oscuridad se lamentará tu corazón por lo que hiciste...».

Su francés no era tan bueno como a ella le gustaría, aunque sí lo suficiente como para entender lo que había escrito en aquel pedazo de papel marrón. Por el momento, aquella frase no le decía nada.

«...si me hubieras preguntado antes de lanzarte al abismo, Alexandre, ¿cómo

iba yo a querer que cambiaras tu vida por la mía?»).

«Alexandre», uno de los nombres que aparecía en los documentos que había sacado de la carpeta. Rebuscó entre los papeles y encontró el legajo donde aparecía el nombre de Alexandre Blanchier. «Mierda», había dos Alexandre Blanchier. Al parecer, un padre y un hijo, según lo poco que se podía sacar de aquel trozo de papel roto... Era una partida de nacimiento de 1670, o lo que quedaba de ella. Otro de los papeles parecía ser un certificado de matrimonio, del tal Alexandre Blanchier con Jane Davenport... «O sea que estos son los padres del pequeño Alexandre, muy bien, ya tenemos algo». Aparecía también el nombre de otro hijo varón, Adam Blanchier. «Mira, si tenemos un hermanito», sonrió Olivia entusiasmada. Se sentía eufórica por haber sido capaz de distinguir unos cuantos nombres entre toda esta cantidad de tinta borrosa y papeles a punto de desintegrarse. «Ahora solo falta averiguar cuál de ellos se lanzó al abismo y a qué abismo, claro». Siguió revolviendo un rato más entre los papeles y encontró otro nombre de mujer en uno de ellos, Juliette Blanchier. «¿Hija, hermana, esposa...? Vamos, vamos, Juliette, ¿quién eres tú?»).

El sonido de unos pasos al otro lado de la puerta del despacho en el que se encontraba la sobresaltó y la hizo clavar su mirada en la superficie de madera. Cuando por fin se abrió, Olivia relajó cada músculo de su cuerpo que se había tensado ante el ruido de unas pisadas que no tenían por qué escucharse a esas horas, ya que se suponía que estaba sola. Alex saludó sonriendo:

—Imaginaba que estarías aquí. Tenías toda la pinta de ser un ratón de biblioteca.

—Me lo tomaré como un cumplido —contestó ella con un gesto irónico—. ¿Qué haces en casa tan temprano?

—¿Temprano? ¿Pretendes que me quede a dormir en el trabajo?

Olivia miró su reloj:

—¡Las nueve de la noche! —exclamó sorprendida—. Pero... pero si hace un momento eran las doce de la mañana...

—¿Has estado aquí encerrada nueve horas?

—¡Joder, nueve horas! Y no he descubierto nada... Maldita...

La chica se contuvo al darse cuenta de que, además de su compañero de casa, el chico que tenía frente a ella era también su jefe.

—¿Has comido?

—Bueno... sí, desayuné.

Alex la miró con expresión resignada y sugirió:

—¿Vamos al bar de mi amigo Rafa? Está justo aquí al lado.

Olivia, echando un vistazo a su indumentaria, la dio por válida para salir a la calle. Al fin y al cabo, solo se había puesto algo cómodo, no el pijama. Se quitó las gafas y, dejándolas sobre la mesa, siguió a Alex, que ya había empezado a bajar las escaleras.

Una vez en el bar, y bajo la mirada intrigada de Rafa, que no se atrevía a preguntar quién era la chica que lo acompañaba, pidieron dos cervezas y su amigo los obsequió con un plato de ensaladilla rusa y unas aceitunas.

—¿Me estás haciendo la pelota, Rafa? —preguntó Alex riéndose.

—Tú sabrás —contestó su amigo señalando con la barbilla a Olivia.

—Olivia, este es mi amigo Rafa, a quien tengo el gusto de soportar desde los tres años. Rafa, ella es Olivia, mi inquilina y... ¿qué eres, además? —preguntó mirándola a ella directamente.

—Trabajo para él —dijo extendiendo la mano para saludar a Rafa.

—¿Arquitecto también?

—Informática.

Y Rafa decidió que lo mejor sería dar la conversación por zanjada, sobre todo porque la mirada de Alex no dejaba lugar a dudas. Una vez que se hubo marchado a servir otras mesas, Alex por fin le preguntó a Olivia si había encontrado algo útil en su primer día, eso después de reprenderla por haber estado trabajando tantas horas sin parar ni a comer.

—¿Tienes ascendencia francesa? —le preguntó ella intrigada.

—¿Yo? ¡Qué va! Nací en Málaga, mis padres son de aquí también. Que yo

sepa, toda mi familia lo es, y mis abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, etcétera. Nadie ha mencionado nunca a ningún francés en el árbol genealógico. ¿Por?

Olivia le resumió lo que había encontrado aquel día revisando la primera carpeta y Alex le aseguró que no tenía ni idea de quiénes eran esas personas.

—¿Y algo que ver con brujería, pactos con el diablo...?

—¿Qué? ¡Ni de coña! ¡Menudo miedo me dan esas cosas!

«Empezamos bien, mejor no le digo nada de lo que llevo viendo y oyendo toda mi vida...».

Entonces le habló de los libros que había encontrado, todos ellos relacionados con el mismo tema, según había estado investigando en Internet.

—Conozco la historia de *Fausto*, y la del otro, *El hombre que perdió su sombra*. De los otros no había oído hablar, pero tratan el mismo tema por lo poco que he podido leer en Internet, aunque no sé qué tiene que ver con los nombres que aparecen en los documentos. ¿Sabes si tu tío tenía afición por esos temas?

—Sí, sobre todo en los últimos años. Mi tío era... peculiar. Seguramente, podría haberse interesado por eso o por cualquier otra cosa, siempre estuvo fascinado con el conocimiento y le fascinaba aprender de cualquier tema. A medida que se hacía mayor, se preocupaba más por la vida después de la muerte, de hecho, sé que tenía amigas que adivinaban el futuro, y alguna que decía comunicarse con el más allá. ¡Chorradas!

«Estupendo, la cosa va mejorando. Menos mal que no tengo ninguna intención de hablarle de mis encuentros».

—Parece mentira que me haya pasado tantas horas y en realidad no haya conseguido nada.

—Has abierto e investigado uno de los archivadores. Eso es más de lo que hubiera hecho yo en semanas.

—¿Podría ser que tu tío estuviera escribiendo un libro? —preguntó ella con expresión de haber descubierto el motivo de que Jaime hubiera recopilado tanta documentación.

—Que yo sepa, mi tío nunca escribió nada. En la última etapa de su vida estuvo muy obsesionado con el más allá. Ya sé que suena raro, pero era algo de lo que a veces hablaba conmigo. No sé si era porque se estaba haciendo viejo y se negaba a morir sin que su vida tuviera más trascendencia, o si solo era una afición. ¿Leíste la carta que me dejó?

—No. —Y en aquel momento pensó que ni siquiera la había visto.

—Hablaba precisamente de algo relacionado con haber descubierto otros planos de existencia, o algo así, no me acuerdo muy bien, quizás otras vidas... Pero ya te digo que era un poco excéntrico.

Olivia reflexionó unos instantes y finalmente optó por no añadir nada más.

—Mañana me dedicaré a echar un vistazo a los libros. Es curioso que todos traten el mismo tema, y un tema tan escabroso.

—¿Sabes? Me está dando un poco de mala espina este asunto.

«Dímelo a mí», pensó Olivia y de nuevo no dijo nada. Después de un par de cervezas más con algo para picar, se marcharon a casa y dejaron a Rafa con la cabeza llena de todas las preguntas que quería hacerle a Alex sobre su nueva compañera, a la espera de una ocasión a solas con su amigo para saciar su curiosidad. Ya en casa, Alex optó por ver un rato la tele en el salón y Olivia decidió irse a dormir pronto con la intención de salir al día siguiente a correr. No se había movido de la casa en todo el día y eso, unido al hecho de que había estado como inmersa en otro mundo con tantos datos y nombres, le había provocado la sensación de que la única forma de desconectar era mediante un largo y profundo sueño.

No podría decir cuánto rato llevaba dormida cuando en su mente empezaron a aparecer imágenes de personas que no conocía y de una época que, a juzgar por las ropas y los peinados, no era la actual. En una especie de nebulosa vio a un hombre joven arrodillado en el suelo, de espaldas, llevaba un lazo que le recogía el pelo en una pequeña cola y se giró cuando una mano se acercó a él por la espalda. Dio un grito y se levantó del suelo, estaba llorando, gritando, y zarandeaba al dueño de la mano, un hombre más mayor que miraba al joven

con toda la compasión con que se puede mirar a alguien, casi llorando también. De pronto, la asaltó la imagen de una mujer joven que estaba tirada en el suelo cosida a puñaladas, desangrándose, y se despertó aterrorizada. Se sentó en la cama y respiró profundamente tratando de retener en su cabeza las imágenes que acababa de percibir. Sabía que tenía que grabarlas bien en su memoria porque a la mañana siguiente ya habrían perdido toda la nitidez que en ese momento le había causado verdadero pánico. Entonces, cayó en la cuenta de que el rostro del hombre más joven de los dos que habían aparecido en su sueño era el de Alex. Fijó la mirada en el suelo unos instantes tratando de recuperar la imagen que había visto en su sueño. «Sí, era él». Podría ser que todo fuera producto de su investigación y de la sugestión o, por otro lado, que estuviera teniendo uno de esos sueños extraños en los que otras personas querían decirle algo, personas que no estaban ya en este mundo. Pero si de algo estaba segura era de que Alex estaba muy vivo, así que eso no tenía sentido. Se arropó tapándose incluso la cabeza con las mantas, alegrándose muchísimo de que aún hiciera frío por las noches para poder esconderse en aquel refugio como había hecho desde que era niña. En aquellos momentos siempre recordaba los consejos de su abuela y la paz volvía en pocos minutos. Con el tiempo había sabido que su abuela era conocida en su comunidad precisamente por comunicarse con las personas que ya han dejado este mundo. Recordaba las visitas de algunos de los habitantes del pueblo, que iban a hablar con ella y le llevaban ofrendas, pues la mujer jamás había aceptado dinero a cambio de ayudar a esas personas a comunicarse con sus seres queridos una vez que estos habían traspasado el umbral. A pesar de que su abuela siempre le había dicho que no tuviera miedo, que con el tiempo todo se volvería una especie de rutina y, lo más importante, que estos seres ni tenían la intención de hacerle daño, ni podían hacérselo, ella aún lo vivía como una especie de maldición y lo había compartido solamente su mejor amiga, Clara, y con algún amigo íntimo más. Luego, cuando se había marchado a la capital a estudiar, solo su amiga había sabido que aún conservaba aquella habilidad,

pero nunca hablaban de ello, a no ser que Olivia apareciera en el cuarto de Clara, blanca como la leche, diciendo que había visto u oído a alguien que no estaba allí. En aquellos momentos, a pesar de que ella también estaba asustada, se limitaba a hacerle un hueco en su cama y, a menudo, conseguían volver a dormirse, a no ser que la presencia fuera demasiado insistente.

Así había sido cómo su idea de salir a correr al día siguiente se quedó simplemente en eso, una idea. Se despertó sobre las nueve y bajó a la cocina a prepararse algo para desayunar. Se asomó a la ventana, que daba al patio de atrás, y vio que hacía un buen día, así que pensó que, aunque fuera un poco tarde, aún podía salir a andar un buen rato antes de volver a encerrarse con los papeles.

El sol, la brisa del mar y el aire fresco de la mañana renovaron sus energías y sus ganas de trabajar, después de todo, tenía que hacer que Alex notara que iba avanzando en su trabajo. De lo contrario, podría replantearse el contrato y, lo que a ella le molestaría más, el tenerla como inquilina. Con los auriculares en las orejas, escuchando a Ed Sheeran y su *Shape of you*, echó a correr un buen rato, hasta que decidió que tenía que volver para ducharse y empezar su jornada. A la vuelta Rafa la saludó desde el bar recién abierto y ella le correspondió. Parecía buena persona y tenía la impresión de que no había asimilado aún que Alex tuviera a alguien que vivía y trabajaba en casa, a juzgar por su mirada.

Una vez dentro, se duchó, se puso ropa limpia y cómoda, y volvió a la buhardilla a enfrascarse en su tarea.

Conocía de sobra los argumentos de los libros que había encontrado junto al primer archivador que abrió: un hombre que, a cambio de una lujosa vida terrenal o cualquier otro favor, hace un pacto con el Diablo, por el cual le ofrece su alma inmortal a cambio de lo que ansía. Y también sabía que esas cosas pocas veces acababan bien en la literatura. De Fausto sabía que había un personaje real en el que la novela se había basado y que todo había terminado en tragedia. También sabía que en no pocas ocasiones el Diablo era burlado

por el propio personaje que le había vendido su alma, con algún chanchullo, y se demostraba así que no era tan todopoderoso como se pensaba. Y, si la obra era de un período de auge religioso, era la Virgen quien se encargaba de deshacer el pacto, castigar al mismísimo Diablo y, por supuesto, imponer una penitencia al mal cristiano que había osado ceder su don máspreciado al Maligno. Similar era la trama de *El hombre que perdió su sombra*, por lo que Olivia pudo averiguar en Internet, ya que este último no lo había leído, aunque sí había oído hablar de él.

«Podrías ahorrarte esas palabras, pues esto me huele a cocina de bruja, a una época lejana del pasado. ¿No he tenido que entrar en contacto con el mundo? ¿No he tenido que aprender lo que es el vacío y enseñar el vacío? Cuando me parecía hablar razonablemente, la contradicción resonaba con redoblada fuerza; por eso, ante tanta contradicción, tuve que huir hacia la soledad, hacia lo no transitado, y para no estar completamente solo tuve que entregarme al diablo».

¿Había vendido su alma al Diablo uno de los Blanchier? ¿El padre o el hijo? A su mente acudieron las imágenes de su sueño de la noche anterior. Un joven que sufría... Un padre desesperado al ver a su hijo en aquel estado... Una mujer joven muerta... ¿Qué relación tendría todo eso con la información que aparecía en el archivador? Releyó las frases que se distinguían en el trozo de papel plastificado. ¿De quién era el alma perdida, cuál el abismo al que se había precipitado sin el permiso del ser amado? Un leve soplo de aire le puso la carne de gallina. Cerró el archivador de golpe y se puso en pie. Para variar, no había nadie. Miró el reloj, eran ya las dos de la tarde, hora de comer algo y quizás llamar a Clara para invitarla a tomar un café y enseñarle su nuevo alojamiento y, por supuesto, su nuevo trabajo. Respiró hondo y salió del despacho camino de la cocina. Cuando era pequeña corría por el pasillo hasta que llegaba a alguna habitación en la que hubiera alguien –su madre, su padre, quien fuera, pero que fuera real– y sentía como si la persiguiera un ser

invisible que quería atraparla. Con los años se había acostumbrado y ya no salía corriendo porque sabía que nadie iba a atraparla, ni siquiera a rozarla. Bajó las escaleras con toda la tranquilidad que había aprendido a fingir con el paso del tiempo y cogió su móvil de la cocina para enviar un mensaje a su amiga.

Olivia: «¿Te apetece venir a mi nueva casa?».

A los dos segundos más o menos, Clara le contestó.

Clara: «Estoy mejor. Gracias por preguntar».

Olivia se echó a reír. Había previsto esa respuesta y no le había preguntado por su salud aposta para provocarla. Por el mismo motivo que no pensaba repetir la invitación.

Clara: «Sí. ¿A qué hora y dónde?».

Le envió la ubicación de la vivienda y se despidió.

Olivia: «¿A las seis?».

Por toda respuesta recibió un «OK». Así que durante el resto del día podía dedicarse a lo que más le apetecía, no hacer nada. Se preparó una ensalada muy completa para comer y después se tumbó un rato en el sofá a ver la tele. Sin evocarle, Alex apareció en su mente. A ella le parecía guapísimo y muy interesante, pero sobre todo pensaba que era un hombre muy educado y agradable. La bondad le salía por los poros, no como a otros hombres que había conocido. Se conocían desde hacía un par de días, pero se sentía con él como si fueran amigos desde hacía más tiempo. Quería descubrir muchas cosas sobre él, sobre sus amigos, sobre su vida... En realidad, tenía que descubrirlo todo, pero apenas habían tenido tiempo de charlar de cosas triviales. «La próxima vez no se me escapa, toca vino y cenita de agradecimiento». Siguió leyendo un rato más en el sofá hasta que decidió salir a comprar unos pasteles para el café. Cuando regresaba a casa, Clara la estaba esperando en la puerta:

—¿Así que vives aquí? —le dijo con tono medio sorprendido, medio enfadado.

—¿Qué te parece? Tiene buena pinta, ¿eh?

Clara le dio un abrazo y le dijo que le abriera la puerta de una maldita vez, que no podía esperar más. Una vez dentro, Olivia recorrió la casa con su amiga de la mano. A Clara le encantó cada habitación, cada detalle.

—¿Dónde está... tu jefe? —dijo guiñándole un ojo a su amiga.

—Ahora está trabajando. Está en la ciudad. Suele llegar alrededor de las nueve... Bueno, al menos eso es lo que hizo ayer... Tampoco conozco muy bien su rutina.

—Cuenta, cuenta. ¿Qué tal va la cosa?

—¿Qué quieres que te cuente? No nos hemos visto más que un par de horas, creo.

Las dos mujeres se sentaron a tomar un café y a charlar un rato en el jardín de la entrada. Clara estaba totalmente absorta en la visión que tenía enfrente: el mar, los restaurantes a pie de playa, la gente que charlaba animadamente, paseaba, tomaba helados...

—Me encanta este lugar, Oli.

—No me llames Oli. Sabes que no me gusta.

—Pues me encanta este lugar, atontada... —dijo su amiga dándole una palmadita en el hombro a la otra.

Clara miró el reloj.

—Son las siete. ¿Me llevas a dar una vuelta y a comprar lo que necesitas para que ese cuarto parezca habitado?

—¡Venga! Precisamente hay una tienda de decoración en un centro comercial bastante cerca de aquí. Pero tendrás que conducir.

Las dos amigas salieron camino del centro comercial y pasaron allí el resto de la tarde. Olivia compró unas cortinas semitransparentes de rayas de colores y unos alzapaños para sujetarlas, una lamparita también de colores para la mesilla de noche y unos porta velas de cristal, un par de cuadros y una colcha con florecitas de colores a juego con las cortinas. Su cuarto era blanco, con los muebles de madera maciza color nogal, por lo que pensó que ya tenía

suficiente para que pareciera la habitación de una mujer como ella. Sin embargo, Clara añadió un perchero de forja que pensaba colocar detrás de la puerta y un par de plantas artificiales para el cuarto de baño. Clara estaba acostumbrada a tener todo lo que quería. Sus padres estaban muy bien en el terreno económico y ella llevaba años viviendo a su aire con la tarjeta de papá. No se había molestado en buscarse un trabajo porque, según ella, su trabajo era «pasear a Miss Daisy», o sea, a su madre, que siempre andaba medio deprimida –principalmente porque se aburría como una ostra pues todas sus amigas trabajaban– y que solo se sentía bien cuando ella la acompañaba. Clara era hija única, tenía su futuro resuelto y había conseguido que su madre la necesitara lo suficiente como para no permitir que se marchara lejos de ella.

Quid pro quo.

Después de comprar pasearon un rato más por el centro comercial viendo tiendas de ropa y charlando, hasta que Olivia pensó que era hora de volver a casa.

Cuando aparcaron, vieron que la luz estaba encendida, así que dio por hecho que Alex ya había vuelto de su despacho. Entraron y pasaron a la estancia donde se encontraba él tranquilamente sentado mirando su teléfono móvil. En cuanto las vio entrar, se levantó. Olivia se acercó y le presentó a Clara, que intentaba esconder su admiración por lo que para ella era un espécimen perfecto de hombre.

—¡Hola, Clara! ¿Qué tal? —dijo dándole dos besos en la mejilla mientras Clara, que se encontraba frente a su amiga, abría los ojos en un claro gesto de «cómo no me habías dicho que estaba tan bueno». Olivia sonrió.

—¿Queréis tomar algo?—preguntó Alex, un poco extrañado por cómo lo miraba la amiga de su nueva empleada y compañera.

Clara se adelantó a contestar que le encantaría antes de que su amiga inventara algún pretexto para quedarse a solas con Alex, y el joven se dirigió a la cocina a abrir una botella de vino y preparar algo para picar. Mientras, en el salón, Clara ya no pudo reprimirse más:

—¡Pero por qué no me habías dicho lo buenísimo que está!

—¡Quieres hacer el favor de bajar la voz! Te va a oír. Y sí te lo dije. Fue lo primero que vi, ¿o es que crees que estoy ciega? —dijo Olivia algo sorprendida por lo poco que le estaba gustando que Clara hubiera puesto sus ojos en Alex. Después de todo, ella lo había visto primero.

—¡Y esa voz! ¡Madre mía, qué voz! Parece que está susurrando.

Olivia puso los ojos en blanco.

—No me pongas en evidencia. Para ti será un tío bueno, pero es mi jefe y vivo aquí. Así que, si quieres seguir viniendo, compórtate.

Su amiga hizo un mohín de disgusto y cruzándose de brazos se echó contra el sofá y adoptó una postura digna cruzando brazos y piernas. En aquel momento volvió Alex con la bandeja cargada de pequeños platos con lo que había encontrado en el frigorífico: un poco de queso, jamón, unos mejillones, anchoas, patatas y aceitunas.

—Si queréis, podemos pedir una *pizza*. No había demasiado en el frigo.

Esa vez Olivia fue mucho más rápida que su amiga.

—Tranquilo, Clara tiene que marcharse en un rato. ¿Verdad, Clara?

La joven supo que no le quedaba más remedio que asentir. Tras charlar animadamente durante un buen rato y no dejar ni rastro de lo que había preparado Alex, Clara por fin hizo caso a los gestos disimulados de Olivia con los que le pedía que se marchara y dijo que al día siguiente tenía que acompañar a su madre al *spa*. Se levantó y su amiga la acompañó a la puerta.

—Tienes que invitarme otro día.

—Síiiii, pesada.

Clara le dio un beso en la mejilla antes de marcharse, no sin antes advertirle:

—La veda queda abierta. Más te vale que espabiles o me lo llevo a la cama en cuanto tenga ocasión.

Afortunadamente, Olivia aún no sabía cuándo su amiga hablaba en serio o en broma, y en ese momento daba gracias a Dios por ello, pues lo que menos le apetecía era planear cómo conquistar a Alex, que podía tener novia sin que

ella lo supiera.

—Ya es hora de que lo averigüe —se dijo en voz baja.

De regreso al salón, y con todo el tacto que pudo reunir para que su curiosidad no la dejara en evidencia, le preguntó mientras se sentaba a su lado en el sofá doblando una pierna debajo de la otra:

—¿Tienes pareja?

Alex la miró perplejo. Sin duda, no esperaba una pregunta tan directa como aquella sobre un tema tan personal. Además, tampoco venía a cuento en ese momento.

—No... ¿Por qué?

De repente, ella se sintió muy violenta y se arrepintió de haber sido tan atrevida. Y, mientras su rostro pasaba del blanco al rojo en milésimas de segundo y la voz le temblaba de pura vergüenza, intentó remediarlo escogiendo sus siguientes palabras con sumo cuidado.

—Disculpa si te he parecido descarada... Simplemente, me preguntaba si aparecería alguna chica por aquí... o incluso si se sentiría incómoda al saber que compartes casa conmigo.

«Bueno, bueno, parece que no he quedado mal del todo. ¡Dios, por qué me hiciste tan bocazas!».

Alex se aclaró la voz antes de contestar mientras la miraba con los ojos entornados y entre divertido y sorprendido.

—No te preocupes. Las únicas chicas que aparecerán por aquí serán las que vengan contigo. O mi madre, cuando se entere de que vive conmigo una mujer.

Olivia pensó que sería mejor marcharse a dormir antes de que pudiera seguir diciendo algo de lo que pudiera arrepentirse... más aún. Se levantó del sofá y se despidió para irse a su cuarto.

Mientras Alex la veía caminar hacia las escaleras, sonrió. «Le preocupa que tenga novia —se dijo—. Quizás le guste». Y con ese pensamiento y una gran sonrisa en la cara, se fue a dormir.

Alex y Olivia

Unas semanas más tarde, tanto Alex como Olivia se habían adaptado perfectamente a la convivencia. El principal problema había sido la comida, que desaparecía como por arte de magia y que ninguno de los dos volvía a reponer, así que no tuvieron más remedio que fijar un día entre semana por la tarde para salir juntos a hacer la compra y pagarla a medias. No hubo problemas para ponerse de acuerdo en la lista de la compra, pues los dos comían las mismas cosas en general. El fin de semana se repartían las tareas de la casa, cada uno recogía su habitación y su cuarto de baño, la cocina se limpiaba según se usaba, y las zonas comunes las habían repartido de forma que uno de ellos limpiaba el suelo y el polvo de los muebles, y el otro pasaba la fregona. En cuanto al uso de la lavadora y la secadora, cada uno se hacía cargo de su ropa, y lo mismo ocurría con la comida, cada uno se preparaba lo que iba a comer cuando tenía tiempo libre para ello. Mientras se atuvieran a esas reglas, todo iría bien, algo que los dos los quería. Otro cambio importante fue el hecho de que compartieran más rato juntos viendo la tele por la noche, o desayunaran juntos si se habían levantado a la misma hora, cosa que solo solía suceder un par de veces a la semana.

El sábado, después de limpiar la casa, se encontraron los dos delante del frigorífico abierto sin tener ni idea de qué preparar para comer. Alex lo cerró de un portazo y dijo:

—¿Qué te apetecería más, pedir algo para comer o ir al bar de Rafa?

—En realidad, me gustaría salir, pero no tengo ninguna gana de ducharme y cambiarme, si te digo la verdad. ¿Pedimos algo?

—¿Cuál es tu comida favorita?

—Me encanta la comida mejicana. ¿Conoces algún sitio?

—¿Estás de coña? Conozco el mejor restaurante mejicano de toda Málaga, y está en este pueblo. Esta vez invito yo —contestó Alex orgulloso.

—¿Y qué estamos esperando? —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Después de hacer el pedido por teléfono, se sentaron en el sofá a ver la tele un rato mientras llegaba la comida. Se pasaron el mando el uno al otro varias veces pues no encontraban nada que les gustara en ninguno de los canales. Alex se levantó y salió al jardín de atrás sin hablar, mientras su compañera se quedaba delante de la tele protestando por no encontrar algo para ver. Hacía un día precioso de sol y una ligera brisa impedía que hiciera demasiado calor, así que el joven colocó un mantel sobre la mesa del cenador —que estaba cubierto por un toldo blanco recogido a modo de cortinas en cada uno de los lados—, sacó platos, cubiertos y servilletas, dos copas de vino y entró de nuevo al salón.

—¿Te gustaría comer en el patio?

—¡Me encantaría! —dijo ella saltando del sofá.

—Pues ven, he preparado la mesa.

Olivia sonrió al ver lo bonito que había quedado el cenador. El patio trasero era amplio y de césped, con plantas de todo tipo y color alrededor. Alex le retiró la silla para que se sentara y ella lo hizo encantada, como quien acude a una cita.

—¡Qué detalle, Alex, gracias!

—Brindemos por una larga convivencia, ¿te parece? —dijo él llenando las copas de vino.

Ambos levantaron sus copas y brindaron.

—Esta casa es preciosa, Alex. Me encantaría tener una así alguna vez en mi vida. Tiene el tamaño justo, no es pretenciosa y, sin embargo, te sientes en ella

como si vivieras en un palacio.

—¿Quién sabe? Puede que algún día lo consigas. Yo he tardado treinta y dos años.

Ella sonrió dando un sorbo a su copa.

—¿Así que tienes treinta y dos? Te hacía más joven.

—Gracias. Yo también a ti. Cuando rellené los papeles del contrato y vi que tenías treinta, no podía creérmelo. ¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante —contestó ella.

—Tengo mucha curiosidad, espero que no te moleste. Tus rasgos parecen orientales...

Ella no lo dejó terminar la frase, ya estaba más que acostumbrada a que la gente le preguntara por sus rasgos exóticos, de hecho, le encantaba.

—Sí, bueno, lo son. Mi tatarabuela era de Filipinas. Mi tatarabuelo se enamoró perdidamente de ella estando destinado allí y cuando volvió, después de lo del Maine, se casó con ella allí mismo para que pudiera venir con él a España. Toda una historia de amor, por lo visto.

—¿Después de lo del Maine? —preguntó él intrigado.

—El buque americano que explotó en 1898, el principio de la pérdida de las colonias españolas.

—Me parece apasionante que un antepasado tuyo estuviera allí —contestó él boquiabierto.

El timbre de la puerta interrumpió su charla y Alex se levantó a pagar la comida. No tardó ni dos minutos en volver y empezar a abrir los paquetes y servirla. Sacó también dos botellas de Corona bien frías que había pedido, y volvieron a brindar.

—Me alegro de que nos estemos adaptando a vivir juntos, en serio —dijo ella, dejando suavemente la botella de cerveza sobre la mesa.

—Yo también. La convivencia no es fácil, y menos la de dos personas que no se conocen de nada.

—Y en la que una de ellas trabaja para el otro —añadió Olivia con gesto

burlón.

—Y eso también, por supuesto. ¿Alguna novedad al respecto?

—Aparte de que he digitalizado todo lo que había en el archivador, incluidas las partidas de nacimientos, bautismos y bodas, y los trozos de lo que parece ser una carta o frases de algún diario, lo único que puedo decirte es que he encontrado datos de esa familia en una página francesa de Internet. Pero no he hallado nada especial. Solo que eran nobles que vivieron en París y que su descendencia continúa, aunque no tiene nada que ver con tu familia.

—¿Y por qué estaría mi tío interesado en esa familia en especial?

—Ni idea. No he encontrado ninguna relación entre vuestras familias. También he leído los libros que aparecen junto a las carpetas y, aparte de que todos tratan el mismo tema, no hay ningún otro dato.

Alex se quedó un momento pensativo mientras daba cuenta de su burrito.

—¿Podría ser que alguien de esa familia hubiera hecho algún pacto con el Diablo? No es que yo crea mucho en esos temas, pero, ya sabes, eran cosas más habituales que ahora.

—Dos de los libros son posteriores, del siglo XIX. Puede ser que tu tío estuviera investigando sobre esos pactos... No sería descabellado pensar que alguno de los que aparecen en los archivos lo hubiera hecho. La verdad, no sé qué pensar. Desde luego entonces tendrían sentido las frases que aparece en el fragmento del diario: «...y por dónde vagará ahora tu alma inmortal, en qué oscuridad se lamentará tu corazón por lo que hiciste...» y «...si me hubieras preguntado antes de lanzarte al abismo, Alexandre, ¿cómo iba yo a querer que cambiaras tu vida por la mía?». Puede que nuestro Alexandre hiciera un pacto con el Diablo para salvar a esta persona de algo, aunque no sé cuál de ellos, el padre o el hijo. ¿No te parece una historia apasionante?

—Es curioso que haya un Alexandre en esa historia.

Ella cayó de pronto en la cuenta de que él se llamaba Alejandro y se rió a sí misma por no haberse percatado antes.

—Desde luego, curioso sí que es.

—¿Hay alguna posibilidad de saber si la letra de esos fragmentos pertenece a un hombre o a una mujer?

—Bueno, no muchas mujeres sabían escribir en aquella época, pero si estamos hablando de nobles, las posibilidades aumentan exponencialmente. Es difícil de precisar, aunque quizás por el contenido, si pensamos que es una mujer, tenga una explicación más sencilla. Quizás fuera su esposa. Mmmmmm... los nachos están buenísimos —añadió Olivia volviendo a llenar su plato mientras dejaba que su paladar se inundara del sabor del último bocado.

Alex sonrió ante el drástico cambio de tema. No había visto comer a nadie comida mejicana con tanta avidez como la que mostraba en ese momento su compañera.

—Da qué pensar... ¿Y por qué podía interesarle esto a mi tío?

—Ni idea. Me temo que a eso aún no le he dado ninguna explicación. ¿Qué tal lo llevas? Me refiero a su ausencia.

—Lo echo de menos. Era un buen amigo para mí, y eso que yo no venía demasiado, es decir, no nos veíamos mucho, pero siempre me consideró el hijo que nunca tuvo, eso me consta. Y fue muy importante en mi vida. Te hubiera gustado conocerlo.

—No lo dudo —contestó Olivia con una sonrisa nostálgica.

Hubiera querido añadir que no tenía que sentirse mal, que su tío no había desaparecido para siempre en la inmensidad de la nada, pero recordó las sabias palabras de su madre y su abuela respecto a mantener sus «habilidades» en secreto, al menos hasta que tuviera la certeza de que al descubrirse no iba a provocar rechazo entre quienes la rodeaban. Curiosamente, en el pequeño pueblo del que ella provenía, la línea que separaba la vida y la muerte era mucho más difusa que aquí y ahora, y no era en absoluto extraño que alguien acudiera a alguna de las mujeres de su familia para contactar con un ser querido fallecido. Algunas personas de las que iban por aquel entonces a su casa llegaban llorando angustiadas porque sentían que

había alguien junto a ellas, quizás percibían sombras, o escuchaban extraños sonidos, incluso parecidos a voces. A veces creían escuchar su nombre cuando en realidad no había nadie en la habitación, y reconocían la voz como la del padre, el esposo, la madre o la hermana que habían perdido. Su abuela se sentaba a escuchar lo que venían a contarle pacientemente y, cuando la persona en cuestión dejaba por fin de hablar y llorar, ella la tranquilizaba y le decía si en realidad había alguien a su alrededor, algún alma perdida que no quisiera marcharse o que ni siquiera supiera que había muerto. Ahora, en esta nueva era de Internet y de exceso de desinformación, por contradictorio que pudiera parecer, la mayoría de las personas se tomaban todo eso como mera superchería y restos de una cultura pueblerina y analfabeta destinada a desaparecer.

Después de la comida Alex subió a su cuarto y Olivia salió a caminar un buen rato y a disfrutar del maravilloso día que la primavera había decidido brindarles. Sobre las seis decidió ponerse a trabajar un rato, así que subió a la buhardilla y volvió a leer todos los documentos que ahora estaban en una carpeta del ordenador. La conclusión a la que habían llegado durante la comida le parecía bastante acertada y, mirándola a la luz de esa nueva perspectiva, pensaba que ya no encontraría ninguna otra que la convenciera tanto. O quizás fuera que se había enamorado de aquella suposición. «Un hombre que vende su alma al Diablo por una mujer... suena tan romántico». Echó un vistazo al resto de los archivadores, rodeados también de libros y de carpetas que probablemente contenían más información. Su móvil vibró y miró el mensaje.

Clara: «¿Te apetece salir hoy?».

Olivia ni siquiera se había planteado salir, pero de repente le pareció una buena idea. No recordaba la última vez que Clara y ella habían salido juntas.

Olivia: «OK».

Clara: «Díselo a tu jefe».

La sugerencia de Clara iba acompañada con un emoticono que guiñaba un

ojo.

«*And here we go...*». Debería haberse imaginado que esa invitación encerraba algo más.

No supo qué contestar, ni siquiera sabía si sería buena idea decirle que saliera con ellas. Bastante extraña era ya su relación como para añadirle más extras.

Olivia: «¿Hora?».

Clara: «22.00, en la puerta del Cervantes».

Con un «Ok» dio por terminada la conversación y salió disparada para el cuarto de baño a ducharse y arreglarse. Justo al llegar a la planta de los dormitorios, se encontró con Alex, que salía de su cuarto con cara de haber estado durmiendo.

—¿Te apetece salir esta noche? —«Total, no tengo nada que perder», se dijo a sí misma.

—Pues ahora que lo dices... ¿cuál es el plan?

—He quedado con Clara en el Cervantes. Tomaremos unos vinos por la zona y luego iremos viendo.

—¡Me apunto! Me tomo un café y luego me doy una ducha. ¿Quieres uno?

—No, gracias, si quiero salir hoy, será mejor que empiece a arreglarme ya.

Alex puso los ojos en blanco al pensar en lo que aquella frase significaba: Olivia tardaría horas en terminar. Bajó el otro tramo de escaleras en dirección a la cocina para tomarse el café que acabaría de despertarlo y se sentó con la taza frente a la tele en el salón. Eran las ocho, y él no necesitaría más de una hora para ducharse, afeitarse y vestirse. Al día siguiente había quedado con su madre en ir a comer a su casa. Mucho se temía que la mujer estaba intentando instaurar la paella de los domingos para ejercer algo de control sobre la vida de su hijo o, al menos, para que este pasara por allí una vez a la semana. «Que parece que no vivimos en el mismo pueblo», le había dicho la mujer el día anterior por la tarde, cuando lo llamó por teléfono para invitarlo.

Olivia había encontrado gracioso no avisar a Clara de que al final Alex las

acompañaría y lo cierto era que la cara de su amiga al verlos aparecer a los dos juntos no dejó lugar a dudas. Se lanzó a plantarle dos besos primero a él y luego a Olivia, incluyendo un abrazo para decirle al oído: «¿No os habréis enrollado ya?», a lo ella contestó con un simple «Estás como una cabra. ¿Crees que soy tú?». Clara se alegró enormemente de la respuesta porque implicaba que con un poco de suerte ella tendría esa noche la oportunidad de pasarlo en grande y disfrutar de aquel cuerpo perfecto, aquellos labios... Solo de pensarlo se le erizaba el vello. Empezaron tomando unos vinos por la zona del teatro Cervantes, la de más solera de la ciudad, y acabaron al cabo de dos o tres horas bailando en un local del centro. Olivia ni siquiera había pensado que Alex supiera bailar, y sabía, vaya si sabía. Clara no dejaba ni un resquicio a la imaginación sobre sus intenciones para aquella noche. No dejaba de bailar con él, acercándose, provocándolo y, para sorpresa de Olivia, él parecía encontrar siempre la forma de apartarse con delicadeza. Sin embargo, ya bien entrada la madrugada, Clara le pidió a Olivia que dejara que Alex la acompañara a su apartamento.

—Te pago el taxi, porfi, porfi, di que sí —le suplicó a su amiga sin percatarse siquiera de que la sugerencia no le estaba pareciendo nada agradable. Y además, si en una noche había conseguido llevarse a Alex a casa sin apenas conocerse, se había equivocado por completo respecto a él y quizás fuera mejor descartar la posibilidad de intentar ir más allá.

Olivia cogió un taxi al salir del local y pidió al taxista que la dejara en la puerta de la casa. Serían ya las seis de la mañana, pues el cielo estaba empezando a perder la negrura de la noche y se estaba aclarando lentamente hasta un tono azul zafiro que tuvo a Olivia asomada a la ventana del salón durante unos minutos incapaz de resistirse a perderse el espectáculo. No estaba triste, tampoco conocía tanto a Alex, pero sí se sentía muy decepcionada. Se había hecho una idea bastante menos atrevida de él, no le había parecido el chico que se acuesta con la primera que llega, y menos que tuviera el poco tacto de que fuera su amiga, a la que había visto solo una vez

antes de aquella noche. Sí, la palabra era decepcionada. Subió a su cuarto, que ahora por fin parecía la habitación de una mujer, se quitó la ropa y el maquillaje, se puso el pijama y se metió en la cama decidida a no pensar más en ello.

Su sueño se vio de nuevo turbado por imágenes de gente que no conocía, pero que ya había visto en un sueño anterior. Esa vez lo vivió con la nitidez de quien estaba presente, siendo testigo de lo que estaba sucediendo, aunque de nuevo las escenas aparecieron y desaparecieron con una rapidez que le impidió interpretarlas. Volvió a ver al joven de la coleta arrodillado sobre el cuerpo cubierto de sangre de una mujer y pudo oír con claridad sus gritos desgarrados: «¡Juliette! ¡Juliette!». Vio al hombre mayor, a quien el joven se parecía, acercarse a él para abrazarlo y levantarlo del suelo. Vio un carruaje negro tirado por seis caballos negros también, que apareció a toda prisa por un camino boscoso y levantaba a su paso barro y agua, y una especie de pergamino sobre el que caían gotas de sangre de una mano que había recibido un corte, y sintió una malévola presencia que la hizo despertarse de golpe y sentarse en la cama. Olivia conocía bien esos sueños y sabía que no eran normales, eran mensajes, claves que tenía que interpretar. Ya los había vivido antes. Miró a su alrededor y se percató de que tenía la carne de gallina por todo el cuerpo y de que el aire a su alrededor parecía tener una densidad diferente a la normal. Por un momento sintió que todo lo que podía ver estaba cubierto de una especie de neblina, ante sus ojos todo aparecía como cuando se ve el horizonte un día de calor excesivo, como si estuviera a punto de saltar en llamas. Trató de ordenar en su mente todo cuanto había visto y oído, y lo relacionó con la conversación que había tenido con Alex por la mañana. Estaba claro, alguien había pactado con el Diablo, tenía que averiguar quién y con qué fin. Pensando en ello se quedó dormida de nuevo.

Cuando volvió a despertar era ya la una de la tarde. Se estiró y se asomó a la ventana de su cuarto. Hacía buen día otra vez, aunque no tanto como el anterior, que había parecido que casi había llegado el verano por adelantado.

El sol no brillaba con tanta fuerza y las ramas de los árboles bailaban al compás de un poco de aire, más intenso que una simple brisa fresca. Tampoco le importaba demasiado cómo estaría el tiempo fuera, pues no tenía intención de salir a ninguna parte. Dejó su cuarto y fue a la cocina a por un vaso de agua. La habitación de Alex estaba cerrada, no sabía si estaría dentro o no, pero se percató de que no estaban ni las llaves de su coche ni su cartera donde solía dejarlas, en una bandeja de cristal detrás de la puerta de la entrada. Puso un rato la tele para despejarse del todo y así estuvo una media hora, pasando de un canal a otro sin ver nada en realidad, rumiando el sentimiento que se negaba a reconocer como puros celos. Pensó que sería buena idea salir a caminar, pero tenía un poco de frío y no le resultaba muy tentador lanzarse a la calle. «Mejor saldré por la tarde».

La tarde transcurrió lenta y monótona. No le apetecía nada volver a la buhardilla y, además, era fin de semana, no estaba mal descansar del trabajo para variar. Vio una película y luego otra, y finalmente salió a pasear y a respirar un poco de aire, que al esconderse el sol venía congelado. Calculó que la temperatura habría descendido ocho o nueve grados desde el día anterior, tanto que tuvo que ponerse su chaqueta. A la vuelta, a eso de las siete y media, Alex ya estaba en casa, como siempre, en el salón tecleando su móvil.

—Estás muy enganchado a ese trasto —le dijo Olivia mientras entraba al salón.

—No tengo más remedio. Muchos clientes se comunican por aquí conmigo. ¿Has salido a pasear?

—He estado caminando un buen rato. ¿Y tú, qué tal? —preguntó ella intentando ocultar a toda costa su curiosidad y recelo ante lo que había sucedido la noche anterior.

Alex respondió simplemente:

—Bien, bien.

Olivia intuía que acaba de llegar de Málaga, seguramente de casa de su

amiga, pues llevaba la misma ropa –aunque olía a recién duchado– y se sintió bastante incómoda. Por supuesto, no iba a preguntarle nada más. Si él no quería hablar de ello, mejor así. Después de todo, ella era una experta en eso de correr tupidos velos. En otras circunstancias hubiera llamado a su amiga, o Clara la hubiera llamado a ella, pero intuía que esta sabía que esa situación le había parecido un poco rara, aunque solo fuera por el hecho de que él era su jefe y su casero desde hacía un par de semanas, algo que se le antojó precipitado hasta para su amiga. No recordaba la última vez que había ido a degüello con un chico.

La mañana del lunes, en contra de lo que ella había vaticinado, amaneció con nuevos ánimos. Iba a guardar en un baúl todo el papeleo que ya había digitalizado, pues así se lo había pedido Alex, que quería poder utilizar aquel despacho y para ello lo primero que necesitaba era sitio en las estanterías. Lo colocó todo tal y como lo había encontrado y cayó en la cuenta de que un baúl no iba a ser suficiente para meter todo lo demás. Suspiró pensando dónde podría colocarlo.

Echó un vistazo por encima al resto de archivadores y libros de la librería que había detrás de la mesa y resopló. *La sociedad inglesa en la Revolución Industrial*, listados de nombres y lo que parecían ser fábricas o empresas de la época, fotos antiguas de Londres, de niños a la puerta de una fábrica, de mujeres y hombres harapientos y desnutridos, detalles de ciertas calles de la ciudad, busconas, imágenes de la policía y otras ya famosas de prostitutas muertas y destripadas. Libros de Charles Dickens –*Oliver Twist*, *Historia de dos ciudades*, *Grandes esperanzas*–, recortes de periódicos del siglo XIX, fotos de revueltas... Ya podía imaginarse en qué trabajaría durante las próximas semanas. En realidad, la primera estantería, donde estaba recogida la información que había encontrado sobre la familia francesa, no tenía tanta documentación, quizás porque quedaba más lejana en el tiempo. Pero según estaba todo colocado parecía que el tío Jaime había decidido que era la primera de su estudio, de la cual partían todas las demás. Volvió a percibir el

aroma de perfume masculino y miró a su alrededor. No podía soportar tener miedo aún, como si fuera una niña pequeña, pero lo cierto era que esa sensación de estar acompañada sin estarlo la sacaba de quicio. Se levantó del sillón en el que se había sentado para revisar la nueva documentación y se dirigió a la puerta del despacho para bajar a la cocina, donde estaría más cerca de la calle, por si se asustaba demasiado y decidía salir. La puerta se cerró de golpe ante sus narices y dio un respingo con el que se volvió a colocar detrás de la mesa. No había corriente, no había nadie. Solo había una posibilidad.

—Jaime —llamó aterrorizada—, ¿es usted? —Pensó que si alguien le contestaba tendrían que venir los bomberos a recogerla del suelo pues sería la primera vez en su vida que entablaría una conversación con alguno de aquellos entes que presentía. No recibió respuesta, pero seguía asustada, así que volvió a acercarse a la puerta pensando que sería el colmo que, como sucedía en las películas, no se abriera. Afortunadamente para ella, la manivela funcionó a la perfección y pudo abrirla y bajar a la planta inferior donde, sin pensarlo dos veces, cogió su chaqueta y salió como alma que lleva el diablo.

Entró en uno de esos grandes almacenes que tienen un poco de todo y allí logró distraerse mirando los artículos. Compró algunas cosas para la casa, algunos cuadernos y bolígrafos, y una agenda donde apuntar el progreso de su trabajo y cualquier cosa que pudiera llamarle la atención. Pensó un par de veces si volver a meterse en la casa o no, pero sabía que no le quedaba más remedio. «Ya hemos pasado muchas veces por esto, andando». Volvió a la casa y se sentó a escribir en la agenda en el salón. Lo primero sobre lo que reflexionó fue su encuentro con Alex. Pensándolo bien, había sido un poco raro y sobre todo algo acelerado. Estaba hablando con su amiga cuando había recibido la llamada con la oferta de trabajo y en dos días estaba contratada y tenía casa. Una casa un tanto misteriosa, pero casa, al fin y al cabo, y preciosa, además. Y ahora, dos semanas escasas después, se encontraba tan a gusto con él, incluso pensando que podrían llegar a algo más y aparece Clara... «Un

poco raro todo, la verdad». Señaló el día que recibió la llamada, el día que habló con Alex por primera vez, cuando se mudó a su casa y el día que hojeó los documentos. «No pienso anotar la noche que se largó con mi amiga y me dejó tirada».

Al contrario de lo que había hecho hasta ese día, Alex apareció a la hora de comer, cosa que a Olivia le extrañó bastante. Ella estaba en la cocina viendo la tele y tomando un poco de verdura y un succulento filete de ternera, cuando escuchó abrirse la puerta y supo que era él. No podía ser nadie más, al menos eso creía ella. Se alegró sinceramente al verlo aparecer en la cocina y le ofreció de lo que ella estaba comiendo, estaba un poco aburrida de estar sola la mayor parte del tiempo.

—No, tranquila. Voy a prepararme una buena ensalada y a descansar un rato.

—¿Más cansado de lo habitual? —preguntó ella con voz guasona.

Él la miró sin entender muy bien el porqué de la pregunta y del tono, y contestó:

—La verdad es que sí, estoy algo cansado.

—¿No nos sientan bien las juergas? —volvió a preguntar usando el mismo tono.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó Alex un poco extrañado.

—No, no... me refería a lo de salir hasta las tantas, acabar en casa de una chica... En fin... No tienes que contestar, en serio, solo bromeaba.

Alex creyó percibir un ligero rastro de celos en el comentario sobre «la chica» y se negó a dejar pasar la ocasión:

—Clara es una chica muy agradable. ¿Desde cuándo os conocéis?

—Desde la universidad. Sí, es muy agradable —soltó algo exasperada.

—Y tiene un apartamento muy bonito.

Olivia ya no quiso seguir jugando a aquello. No le estaba haciendo la más mínima gracia y ya había cruzado el límite de lo que era capaz de disimular.

—He estado curioseando un poco en los documentos del segundo archivador.

—¡Genial! —dijo Alex divertido, sin poder evitar una sonrisa—. ¿Y?

—Pues que tiene mucha más documentación que el que acabo de terminar. Tardaré un poco más.

—No tenemos prisa, ¿no?

—Yo no.

—Pues ya está.

—¿Y cómo es que hoy has venido a comer?

—Estoy cansado de comer fuera todos los días. Me apetecía venir a casa para variar.

—Yo necesito ir a Málaga... Si vas a volver a la oficina, ¿podrías llevarme?

—Sí, claro. ¿Necesitas que te deje en algún sitio en especial?

—No. Si me dejas por el centro, yo me apañó.

Alex pensó que quizás iría a ver a Clara y que esta echaría a perder su divertido juego al contarle a Olivia que en realidad no había sucedido nada, así que no se molestó en preguntar.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme, y bajo enseguida.

—Tranquila, no tengo prisa. Voy a tumbarme un rato en el sofá.

Mientras el joven acababa con la enorme ensalada que se había preparado, Olivia subió a arreglarse un poco. En realidad, quería dar una vuelta por una enorme librería del centro para echar un vistazo a los libros sobre las épocas que estaba tratando. Si sabía poco del siglo XVII en Francia, menos aún sabía del siglo XIX en Inglaterra, solo lo que más o menos conocía todo el mundo. La historia no había sido nunca lo suyo, ella siempre fue de ciencias, simplemente, no tenía paciencia para sentarse a memorizar datos. Estuvo preparada mucho antes de lo que pensaba y, cuando se asomó al salón y vio que Alex estaba dormido, prefirió subir un rato a la buhardilla. Además, ahora no estaba sola, lo que la hacía sentirse mucho más segura, entre otras cosas porque raras veces esos «seres» se habían intentado comunicar con ella cuando estaba acompañada. Releyó la carta que Jaime había dejado a su sobrino, una de las primeras cosas que les dio una pista de que el tema de la

investigación estaba relacionado con el más allá, y volvió a leer también el par de frases plastificadas que había decidido utilizar como marca páginas. Sentía que aquellas frases que ella había dado por hecho que formaban parte de un diario o de una carta eran del joven que aparecía en sus sueños y que ella había identificado como Alex, o al menos alguien muy parecido a él. Pero si había muerto, tal y como ella veía en su sueño, ¿cuándo las había escrito? «Quizás no murió, se recuperó y luego escribió la carta». Se sentó un rato a trabajar delante del ordenador, buscando alguna información nueva, pero no encontró nada que no hubiera visto ya y acabó aburriéndose. Sin darse cuenta, había pasado ya un buen rato y le pareció escuchar movimiento en el salón. Seguramente, Alex se había despertado y volvía al trabajo, sería mejor apagar y marcharse. Ya seguiría leyendo más tarde.

Tal y como había imaginado, cuando bajó, Alex estaba a punto de preguntarle si estaba lista. Cogieron sus respectivas chaquetas y salieron por la puerta trasera del garaje a buscar el coche del joven.

No hablaron demasiado durante el camino. Alex había puesto un *pendrive* con música de Coldplay, que fueron escuchando en silencio hasta que llegaron a la oficina del muchacho, que estaba en pleno centro.

—¿Te apetece un café? Inés nos ha traído una cafetera nueva a la oficina y hace unos expresos buenísimos.

—Vale, ahora que lo dices, sí que me gustaría.

Subieron juntos en el ascensor y, cuando abrieron la puerta de la oficina, a la primera a la que se encontraron saboreando una aromática taza de café fue a Inés. La mujer, joven también, aunque ya bien entrada en los cuarenta, les ofreció una taza que ellos aceptaron diciendo que precisamente venían a eso. Y allí mismo, en la mesa de recepción, se sentaron los tres a disfrutar de la deliciosa bebida. El teléfono no tardó más de cinco minutos en interrumpirlos. Inés descolgó el auricular y le dijo a Alex que era para él. El joven se levantó y se metió en su despacho para poder hablar tranquilamente con el cliente. Y allí quedaron Inés y Olivia, sin apenas conocerse, mirándose la una a la otra

con cara de no saber qué decir para salir de esa situación tan incómoda. Fue Inés la que rompió el hielo preguntando a Olivia si le iba bien con su nuevo jefe y casero.

—No me puedo quejar, la verdad. No tenía trabajo ni casa, y ahora tengo las dos cosas. No está nada mal en tan poco tiempo.

—Es un buen tío, en serio. No creo que tengas muchos problemas con él.

—¿Cuánto hace que lo conoces? —preguntó Olivia.

—Unos siete años, desde que abrieron el despacho Ramón y él. Desde entonces jamás ha tenido un mal gesto conmigo o una mala palabra. Siempre ha sido muy educado y ha intentado ayudarme cuando lo he necesitado, y créeme que en más de una ocasión me ha demostrado que no eran solamente palabras.

Olivia torció un poco el gesto. Quizás no era el mejor momento para destacar las virtudes del joven, o eso le pareció a Inés a juzgar por la mueca de Olivia, que no fue capaz de interpretar. Ella no podía evitar sentirse un poco decepcionada con él por lo de su amiga Clara y eso se veía a la legua. Inés se percató enseguida de que algo no iba bien. Sin embargo, no quiso incomodar a la joven. Ella, como si le leyera el pensamiento, añadió:

—Bueno, todos tenemos algo bueno y algo malo.

—Es cierto, pero él es bueno de verdad. Y no ha tenido mucha suerte con las mujeres, aunque eso no es algo de lo que yo te vaya a hablar.

Olivia no contestó. Le hubiera dicho lo que estaba pensando en ese mismo momento: que igual se precipitaba un poco en sus elecciones de las mujeres con las que decidía intimar —no porque pensara que su amiga no fuera buena persona, sino porque sabía que no era capaz de nada serio—, pero se le ocurrió que no conocía de nada a esa mujer y que, además, ella parecía tener mucho que agradecer a su jefe. «No me voy a meter en ese berenjenal».

Olivia se despidió amablemente una vez que se hubo tomado su café y se marchó a dar una vuelta por las librerías más grandes de la ciudad para buscar algún libro relacionado con su investigación, algo que pudiera aclararle un

poco por dónde debía seguir. Al cabo de un rato su móvil vibró en su bolso. Era Clara, que le preguntaba si estaba en el pueblo. Ella le respondió que no, que estaba en Málaga, paseando por el centro. Clara, después de soltar alguna que otra maldición contra su amiga por no haberle avisado de que estaba en la ciudad, le dijo que le apetecía ir a verla y quedaron en la calle Larios para tomar algo juntas y charlar, aunque Olivia no estaba muy convencida de que quisiera escuchar las proezas nocturnas de Alex. Ya se había torturado un poco imaginándolos a los dos juntos, desnudos, haciendo el amor. Lo peor era que no sabía si podría disimular su malestar con la situación y su decepción con ambos. Clara la conocía bien, para ella era un libro abierto.

Su amiga no tardó más de media hora en llegar. Se saludaron con un beso, como hacían habitualmente, y se sentaron en una de las terrazas a tomar algo.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Clara—. Te hacía encerrada en tu castillo rodeada de papeles.

—Necesitaba buscar unos libros, pero no he encontrado nada de interés.

—¿Qué tal tu jefe macizo?

—Supongo que estará trabajando —contestó Olivia secamente.

—¿Qué te pasa? ¿Habéis discutido?

—No.

—¿Entonces?

—No me pasa nada, Clara. Es que yo no tengo ni idea de lo que hace con su vida ni me importa.

—Bueno, chica. No te pongas así. Solo era una pregunta de cortesía. Después del corte que me dio la otra noche, no creas que tengo mucho interés en él.

El rostro de Olivia se transformó de repente. Su mueca de mal disimulada indiferencia desapareció y dio paso a un gesto de curiosidad peor disimulada aún.

—¿La otra noche, cuando os fuisteis juntos? ¿Qué pasó?

—Nada. N-A-D-A. ¿Te lo puedes creer? Es la primera vez que me pasa eso,

bueno, más bien, que no me pasa.

—Yo creía...

—Y yo también creía, para qué nos vamos a engañar, si no, ¿por qué me lo iba a llevar a mi casa? Pero, después de intentar que subiera a mi piso, me dijo que tenía que trabajar al día siguiente y que me había acompañado porque me veía un poco «ebria», pero que nada más lejos de su intención que quedarse allí a pasar la noche.

Olivia rompió a reír.

—¡No! —dijo dando una palmada sobre la mesa en señal de asombro—. Te sentirías fatal.

—Como lo oyes. Vamos, que subí a casa más sola que la una, y no estaba bebida ni nada... o sea, no más de lo habitual cuando salgo de juerga. Me hizo un par de cobras y todo —dijo Clara levantando el tono y sintiéndose más humillada a medida que se lo contaba—. Y deja ya de reírte, maldita zorra.

Olivia, intentando volver a adoptar una expresión que no delatara lo orgullosa que se sentía en aquel momento de Alex, no quiso añadir nada más. «¿Y dónde estaría? ¿Estaría en su cuarto y yo no lo vi? Si apareció muy tarde y con la misma ropa de la noche anterior...». Lo único que realmente le fastidió fue que confirmó que Alex le gustaba. ¿Por qué, si no, iba a darle tanta alegría que su amiga le dijera que no había pasado nada entre ellos? Su humor cambió radicalmente y pasó de la apatía al entusiasmo en cuestión de minutos. Después de hablar un rato, Olivia decidió coger el autobús para irse a casa a trabajar un poco. Sin embargo, cuando llegó estaba exultante, nerviosa y no podía estarse quieta. Empezó a recoger cosas, a limpiar su baño y mientras tanto celebraba su recién recuperada confianza en el género masculino. Pensó que tendría que ser más amable con Alex cuando volviera, y ya de paso averiguar dónde había estado todo el domingo. Pero él no apareció. Olivia ni siquiera se fue a su cuarto. Se quedó dormida en el sofá con la tele puesta. No quería arriesgarse a escuchar o a sentir nada extraño, estaba sola y se sentía vulnerable. Cuando amaneció y los primeros destellos de luz entraron por la

ventana a través de la persiana, y dibujaron en su rostro un mosaico imposible de luz, abrió los ojos y permaneció inmóvil mirando al techo unos instantes. Luego se levantó y subió a la planta donde estaban los dormitorios. La puerta del cuarto de Alex estaba abierta, lo cual quería decir que no había pasado allí la noche. «No soy quién para controlarlo, ya aparecerá», se dijo a sí misma intentando convencerse, pero lo cierto era que se moría por saber dónde habría dormido.

Cuando salió de la ducha vio que tenía varias llamadas perdidas en su móvil y que procedían de la oficina de Alex. Se alegró enormemente pensando que por fin tendría una explicación y que era todo un detalle por su parte que él la hubiera llamado. Marcó el número y al otro lado de la línea escuchó la voz de Inés.

—Hola, Olivia, soy Inés —dijo con tono preocupado.

—Hola. Alex me ha llamado un par de veces desde ahí. ¿Puedes pasarme con él?

—No ha sido Alex. Te he llamado yo. Alex... ha tenido un accidente. Un coche chocó con el suyo y se estrelló contra un muro.

De pronto, Olivia sintió que no quería oír nada más. Si hubiera podido, se habría tapado las orejas y se habría puesto a gritar como cuando era niña y no quería escuchar las tonterías que le decía su hermana pequeña. Sintió que las fuerzas la abandonaban y sus brazos y piernas parecieron negarse a sostenerla. Afortunadamente, Inés siguió hablando enseguida y despejó sus dudas sobre si Alex habría sobrevivido al accidente.

—Está en el hospital, bastante grave —añadió la secretaria al recibir el silencio por toda respuesta—. Creí que tenías que saberlo.

—Muchas gracias, Inés. Iré enseguida.

Se repuso como pudo y respiró hondo en un intento por devolverle a su cuerpo la energía que necesitaba para enfrentarse a lo que fuera que la estuviera esperando en el hospital.

Iba a decirle que se había percatado de que no había pasado por casa, pero

que pensaba que sería por motivos de trabajo. No acertó a seguir hablando, así que colgó y subió a vestirse para pasar por el hospital.

Justo antes de entrar y preguntar en el mostrador de recepción, se detuvo un instante. El corazón parecía querer abandonar su pecho. Los latidos retumbaban en su sien como si alguien le estuviera dando martillazos. Tomó aire y dio el primer paso hacia el interior del hospital, donde una de las chicas de detrás del mostrador le informó de la planta en la que se encontraba el paciente. Tomó el ascensor y, cuando llegó a la puerta de la habitación, se sorprendió ante la presencia de un hombre y una mujer que estaban apoyados contra la pared hablando con alguien que sí conocía, Ramón, que se encontraba justo en la pared de enfrente. En cuanto la vio acercarse se dirigió hacia ella.

—Hola. Supongo que Inés por fin ha dado contigo.

—Sí —dijo—. ¿Cómo está?

Ramón la acercó a donde estaban las otras dos personas y los presentó.

—Estos son los padres de Alex, Isabel y Alejandro. Ella es Olivia, la chica que trabaja con Alex.

La mujer le dio dos besos a modo de saludo, pero estaba como ausente. Tenía los ojos enrojecidos por haber estado llorando y el cansancio y el miedo ensombrecían su rostro. Llamó la atención de Olivia el hermoso rostro de la madre de Alex, sobre todo, sus ojos. El hombre le tendió la mano. También tenía aspecto de haber llorado. Olivia sintió que su estómago se retorció y no estaba segura de querer recibir la respuesta a su pregunta. A juzgar por el aspecto de los padres de Alex, la cosa no pintaba bien.

—Lo superará —contestó Ramón, y Olivia dejó escapar todo el aire que sin darse cuenta había estado conteniendo desde que apareció por el pasillo—. Está grave, pero lo superará. Se ha dado una buena hostia. Vamos.

Tomó a Olivia del brazo y la acompañó al interior de la habitación en la que se encontraba Alex aparentemente dormido. Tenía el rostro amoratado, pero respiraba por sí mismo. El vendaje de la cabeza delataba la naturaleza de sus

heridas. Había sufrido un fuerte impacto y habían tenido que operarlo para colocarle unas placas que sustituyeran el hueso del cráneo que se había machacado contra el muro. Por suerte, no había perdido masa encefálica y esperaban que cuando despertara no hubiera sufrido ningún otro daño colateral.

—El cabrón ha parado el golpe con la cabeza —dijo Ramón intentando no llorar mientras miraba a su amigo de la infancia con una compasión infinita—. Y lo único que tiene aparte de eso es un esguince en una pierna. ¿Te lo puedes creer? ¡Un puto esguince!

Olivia se sintió impotente ante la situación. Se sentó un momento en la silla que había junto a la cama —por donde ya habían circulado los familiares del joven intentando infundirle ánimos, aunque estuviera inconsciente, quizás más bien tratando de convencerse a sí mismos de que todo iba a salir bien— y con los dedos le tocó el dorso de la mano. Le daba vergüenza que alguien pudiera darse cuenta, pero en ese instante estaban solos. Ramón los había dejado un momento y ella sintió la necesidad de hacerle saber que estaba allí, con él. Le parecía que tenía el aspecto que solía tener cuando se quedaba dormido descansando en el sofá, con los ojos cerrados plácidamente. De no ser por los moratones y el vendaje, nadie diría que su vida pendía de un hilo. El maldito hilo que ella conocía tan bien, el débil y traicionero hilo que separa la vida de la muerte, apenas una hebra de seda que podía cortarse con un suspiro. Permaneció allí un rato, atreviéndose incluso a tomar su mano entre las suyas y sintiéndose un poco avergonzada por si luego él lo recordaba. Observó que tenía un hematoma entre el hombro y el cuello y pensó que seguramente sería del cinturón de seguridad. Luego, sin pronunciar palabra, agradeció que lo llevara puesto con los ojos cerrados y los labios apretados.

Alexandre y Juliette

—¡Casémonos! —dijo el joven sin poder dejar de rozarle el cuello con sus labios. La mujer sonreía y no paraba de mirarlo.

—Alexandre, estás loco. Lo sabes, ¿verdad?

—Estoy loco por ti, Juliette —le dijo mirándola—. Eres la única mujer que he amado en toda mi vida. ¿Te casarás conmigo?

Ella se cubrió la cara con las manos y contestó sonriendo:

—Sí. Me casaré contigo.

Él sonrió y se lanzó a su cuello de nuevo para seguir besándola. Estaban tumbados en una preciosa cama de madera con dosel y sábanas de algodón egipcio. La chimenea estaba encendida y los destellos que lanzaba el fuego le daban un halo de intimidad a la estancia que, de otro modo, hubiera aparecido enorme y fría debido a los enormes muros de piedra que, aunque cubiertos por blasones y adornados con ventanas de filigranas y cristaleras de colores, no quedaban ocultos del todo. En el suelo justo al lado de la cama, el corsé allí tirado, el vestido de seda y encaje, y los lazos del pelo dejaban entrever una lucha salvaje por poseerse el uno al otro, una lucha que había empezado hacía ya algunos meses, cuando se encontraron en una de las muchas fiestas de palacio. Los dos se habían sentido atraídos y se enamoraron enseguida... y así seguían, totalmente absortos el uno en el otro, compartiendo la ansiedad por estar juntos. Alexandre estaba sobre ella, desnudo, besando su cuello y su rostro, acariciando con sus manos primero, besando después, como hacía

siempre. Su pelo estaba despeinado pues Juliette le había quitado el lazo que lo sujetaba en una cola no muy larga en cuanto entraron en la habitación.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —le susurraba él con cada beso, hasta que ella colocó su índice sobre sus labios para hacerlo callar.

Juliette no quería contenerse más y decidió dejarse llevar. Lo besó, primero con besos suaves, apenas rozando su piel, y luego más apasionadamente. Lo cogió por sorpresa, pero respondió con la misma fuerza que ella había demostrado. En pocos segundos ella se había colocado sobre él y lo estaba besando como si quisiera recuperar los años que había perdido antes de encontrarlo. Le acariciaba el pelo de la nuca mientras él besaba cada esquina de su cuello y los lóbulos de sus orejas como si pensara que podía desaparecer de entre sus brazos de un momento a otro. Juliette notó enseguida los efectos de sus caricias entre sus piernas al notar el sexo de Alexandre contra ella. Ella quería acabar algo que no había empezado ese día ni hacía unos meses, sino hacía mucho tiempo, quizás en otra vida. Se tocaban con ansiedad sin dejar de besarse. Los labios de él no dejaban de rozar cada esquina del cuerpo de ella dejando besos suaves y poniéndole la carne de gallina por donde quiera que pasaba. La olió, la respiró, como si fuera una especie de droga que hacía mucho tiempo que no había probado, acariciando sus hombros, sus pechos y sus caderas, intentando memorizar cada esquina de aquella silueta que había estado ansiando desde que había nacido. Compartieron un abrazo que pareció eterno. Alexandre, que se había colocado sobre ella, la miraba como si le pidiera permiso para invadir su cuerpo y ella, atrayéndolo hacia sí, lo colocó entre sus piernas y, agarrando sus nalgas con fuerza, disfrutó al sentirlo entrar en su interior. Sus manos yacían entrelazadas sobre la almohada, él se mecía lentamente de arriba abajo en un desesperado intento por conservar ese instante para siempre. Los músculos de la espalda de la mujer se tensaron bajo la presión de los dedos de su amante. Cerró los ojos y sintió su respiración y su peso encima de ella. Él la miró un instante hasta que se encontró con sus ojos y le dijo:

—¿Sabes lo que es tener la sensación de haber nacido solo para vivir este momento?

Enterrando su rostro en el cuello de ella, meciéndose con más intensidad, casi la hizo saltar con cada sacudida de su cuerpo. Juliette se movía con él, manteniendo el ritmo lento y preciso, dejándose llevar y perdiéndose en el tacto de su piel contra la de ella, dentro de ella. Alexandre quería disfrutar de su roce, su cuerpo y su aroma. Sintió cómo ella respondía a sus caricias y movimientos cuando lo rodeó con sus piernas y lo apretó con ellas y con sus brazos. Se puso rígido y casi gritó de placer. Él se dio cuenta que estaba llegando al clímax cuando solo pudo oír el susurro de su nombre mientras le mordía el hombro intentando no gritar. Entonces ya no se contuvo más y empezó a moverse más rápidamente y con más fuerza hasta que una ola de placer lo invadió por completo y le hizo casi perder la respiración. Cuando por fin consiguió relajarse, se dejó caer sobre ella y le besó de nuevo el cuello, que estaba ahora inundado por su propia saliva y su sudor, mientras ella lo abrazaba y le acariciaba la espalda. Junto a la cama, unos pantalones, un par de botas altas negras y una chaqueta larga de color burdeos yacían sobre el suelo esperando que su dueño volviera a ponérselas.

El día de la boda todos los miembros de la alta sociedad de 1680 se reunieron en la catedral para acompañar a la feliz pareja, que no podía ocultar lo enamorada que estaba. El sacerdote oraba desde el altar mientras Alexandre y Juliette, arrodillados delante de él, se miraban el uno al otro con una sonrisa en los labios. La luz que se colaba por el rosetón gótico que quedaba justo detrás del sacerdote iluminaba sus rostros. Al mismo tiempo, un coro de frailes cantaba mientras las luces de miles de velas daban al ambiente un aspecto casi irreal y mágico... pero era real. Alexandre, el hijo de uno de los más ricos comerciantes de París, y Juliette, hija de una de las damas de la reina, sellaron su amor para siempre atando sus manos con una cinta de seda blanca como señal de amor eterno. Juliette dejó caer una lágrima de felicidad y Alexandre no podía dejar de mirarla, totalmente hipnotizado por su belleza,

más aún si cabía engalanada con su vestido de novia, de tonos dorados y pedrería, con una capa externa de seda semitransparente que brillaba al ritmo de las llamas de los miles de velas que iluminaban la estancia. Él vestía una túnica de terciopelo azul marino adornada con brocados dorados y piedras preciosas, sujeta en la cintura por un cinturón dorado, el pelo algo largo y suelto le caía sobre los hombros. Los invitados, distribuidos a uno y otro lado del pasillo de la catedral, guardaban silencio absoluto en señal de respeto.

Alex parecía sumido en un sueño profundo y agitado. Movi6 un par de veces la cabeza, y luego volvió a calmarse.

En una enorme estancia de palacio, donde todas las criadas estaban a punto de servir la cena, Juliette tejía al calor de la chimenea acompañada por dos de sus damas, que reían y conversaban mirando el chisporroteo de las llamas.

—Será un chico —dijo la mayor de las dos mujeres—. Y se llamará Alexandre, como su padre.

—Será una chica —dijo Juliette— y sabré su nombre en cuanto la mire a los ojos. —Mientras hablaba se acariciaba el vientre suavemente haciendo círculos sobre él con las palmas de sus manos.

De repente, como de la nada y sin que nadie fuera capaz de detenerlo, un hombre entró en el comedor donde las mujeres estaban tejiendo y se arrojó sobre Juliette blandiendo un enorme cuchillo con el que le asestó varias puñaladas. Las mujeres empezaron a gritar aterrorizadas al ver la sangre saltar hacia las paredes de la estancia y manchar incluso el blasón familiar. Juliette estaba petrificada hasta el punto en que fue incapaz de gritar. Uno de los cortes le abrió la garganta, otro el pecho y dos cortes finales y profundos abrieron su vientre y dejaron sus órganos a la vista. El asesino, una vez que se hubo asegurado de que había hecho lo que había ido a hacer, hundió el cuchillo en su propio pecho y cayó al suelo. Las damas, abrazadas y agazapadas en un rincón, lo vieron morir en lenta agonía y gritaron pidiendo ayuda. El barullo finalmente llegó a oídos de Alexandre, que estaba en su despacho arreglando los negocios de su padre. Salió de allí corriendo todo lo deprisa que le

permitían sus piernas, temiéndose que algo horrible hubiera sucedido. Sin embargo, ni en un millón de años se habría imaginado que encontraría a su Juliette muerta en el suelo, inundada por su propia sangre. Fue a tocarla y sintió que su peor pesadilla, perder a su esposa, se había hecho realidad. Estaba muerta. Les gritó a las mujeres que le contaran qué había sucedido mientras miraba el cuerpo sin vida del hombre que yacía en el centro de la habitación y se dirigía a coger a su mujer. Ellas no paraban de llorar y gritar sin poder moverse de su rincón. Arrodillado, Alexandre levantó la cabeza de su esposa muerta y trató de taponar el vientre abierto y la herida de la garganta con las manos y con su cuerpo después, mientras un llanto desgarrador inundaba la estancia con el sonido de una fiera herida de muerte.

Cuando el padre del joven esposo entró en el salón, encontró a su hijo que, en el suelo, sujetaba el cuerpo de su esposa embarazada, llorando y acariciándole el pelo. Y recordó que una vez él había sentido algo parecido a lo que Alexandre estaba experimentando en ese momento. Su esposa murió dando a luz a su hijo pequeño, y lo dejó solo y confuso para el resto de sus días. Si entonces hubiera sabido lo que sabía hoy... jamás la hubiera dejado marchar. Se acercó al muchacho, le puso la mano en el hombro y le ofreció algo que no sabía si sería su felicidad o su perdición para siempre, pero lo hizo pensando que él hubiera estado eternamente agradecido a cualquiera que le hubiera dado esa información en su momento. Acercándose a la oreja de Alexandre, le susurró:

—Conozco a alguien que puede arreglar esto.

Alexandre levantó sus ojos llenos de lágrimas para mirar a su padre sin poder creer lo que le acababa de decir. Pensó que el pobre hombre se había vuelto loco ante la escena que acababa de contemplar.

—¿Qué? —dijo medio ido y roto por el dolor.

—El precio será duro de pagar, pero volverás a tener a tu esposa y a tu hijo contigo para siempre.

Alexandre no dudó un instante y le pidió que siguiera hablando. Su padre

pidió a las damas que los dejaran solos y, casi teniendo que luchar con el joven, consiguió recoger el cuerpo de su esposa del suelo y colocarlo sobre la enorme mesa en el centro de la habitación. Llamó a uno de sus sirvientes y lo envió con un mensaje en busca de alguien. Tardó un par de horas en regresar, dos horas eternas que Alexandre fue capaz de soportar gracias a la promesa de recuperar a su mujer y a su hijo. Entró primero el mensajero y después un carruaje negro tirado por seis caballos negros también se detuvo en la puerta del palacio. Un hombre completamente vestido de negro, con el pelo también oscuro y largo, se bajó del carruaje y entró en la casa.

A esas alturas, Alexandre dudaba de que alguien pudiera devolverle a su amada. Había oído hablar de la magia y de ritos extraordinarios, pero pensaba que eran leyendas de los habitantes del pueblo, analfabetos e incultos. Cuando el hombre de negro irrumpió en la habitación, el padre del joven fue hacia él y lo llevó junto a la mesa.

El hombre miró el cuerpo de Juliette y luego a Alexandre, y dijo con un suspiro forzado:

—¡Madre mía! Alguien debe odiarte profundamente.

Él no contestó. Tenía los ojos bañados en lágrimas y la mente nublada por el dolor y la desesperación. El hombre se acercó y le puso la mano en el hombro:

—Tranquilo, tranquilo... —susurró—. Puedo arreglar esto... pero, antes, debes sellar un pequeño pacto.

Puso un pergamino sobre la mesa y le dio un cuchillo al muchacho con el que este se hizo un corte en la mano y dejó caer su sangre sobre el papel.

—¿Lo harás sin leerlo?

—Solo quiero que me la devuelvas.

—Lo haré, puedes estar seguro de ello. Pero tendrás que estar preparado para satisfacer ciertas demandas de mi amo. Tendrás que proporcionarle almas cada vez que te las pida. Ella estará siempre junto a ti, pero, si alguna vez te niegas a cumplir con tu promesa, enfermará. Así sabrás que tendrás que volver a matar para sanarla de nuevo. Lo único que tienes que hacer para mantener a

tu esposa sana y viva junto a ti es mantener tu promesa. ¿Lo has entendido? Si no lo haces, ella morirá en una terrible agonía.

—Yo... yo jamás he matado a nadie —dijo Alexandre temblando.

—Mi amo te dará la fuerza y enfriará tu sangre. Puedes escoger tus propias víctimas... y esto perdurará por los siglos de los siglos. No tengo nada más que añadir.

—¿Y qué hay de Juliette? ¿Cuándo volverá conmigo?

El hombre miró a la mujer que seguía sobre la mesa junto a ellos y dijo:

—Creo que ya se está curando... y respira.

Entonces Alexandre vio cómo las heridas de su esposa se cerraban y los cortes desaparecían frente a sus ojos, y la oyó toser luchando por respirar. Se lanzó hacia ella para besarla y confortarla y, cuando levantó de nuevo la vista, su padre y el misterioso hombre vestido de negro habían desaparecido.

El carruaje negro siguió su camino y desapareció en el horizonte hacia aquel lugar que solamente abandonaba cuando alguien estaba lo bastante desesperado como para vender su alma. Alexandre, para entonces, ya había decidido quién sería su primera víctima. Lo invadió un ligero escalofrío seguido de un calor abrasador que lo hizo sentir que su alma quería abandonar su cuerpo a través de sus ojos. Su esposa seguía abrazada a él intentando descubrir lo que había sucedido y totalmente ajena al pacto que su marido había firmado con el mismísimo Diablo para devolverle a ella la vida. Él la levantó entre sus brazos y la llevó hasta el dormitorio, donde con sus propias manos la bañó y le quitó la ropa manchada de sangre sin poder dejar de mirarla, consciente de que estaba viendo un milagro. Se maravillaba al pensar que ella y el fruto de su amor habían estado muertos solamente unos minutos antes. Entonces sonrió, totalmente seguro de haber tomado la mejor decisión de toda su vida, pasara lo que pasara en adelante. La besó en la frente y la meció unos instantes como si de una niña pequeña se tratase y, finalmente, la cubrió con las sábanas y se tumbó a su lado hasta que se quedó dormida.

Una vez que notó la respiración relajada del sueño profundo, se levantó de

la cama y se fue a las caballerizas a buscar su caballo para ir al lugar donde probablemente estaría el cuerpo del hombre que había osado irrumpir en su casa y matar a su mujer. Había sido arrojado a una especie de fosa común sin siquiera permitirle la entrada al camposanto, y desde allí sería quemado o vendido a la ciencia, como era costumbre en la época cuando el cadáver era desconocido. Rebuscó en sus bolsillos, en su ropa y hasta en sus botas, donde por fin encontró una bolsa con dinero adornada con un sello que inmediatamente reconoció. «Pierre —pensó—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?». Aquel hombre siempre había estado enamorado de Juliette, incluso una vez había intentado violarla y Alexandre lo había retado a un duelo... Creyó que había muerto aquel día, recordó haber visto su cuerpo cubierto de sangre en el campo donde el duelo tuvo lugar. ¿Cómo pudo sobrevivir? Fue entonces cuando recordó que la frontera entre la vida y la muerte no era tan insalvable si se conocía a la persona indicada. De nuevo sintió la ira y el calor que lo habían invadido por primera vez cuando se marchó el hombre de negro, como si el mismísimo Demonio quisiera salir a través de sus ojos y su respiración. Y entonces lo supo. Ya no era el hombre joven que acababa de salir de su palacio en busca de venganza. Ahora sentía una sed de sangre que lo empujaba a cumplir su trato y una rabia tan grande que solo podría ser calmada con la muerte de su enemigo. Cabalgó en ese estado hacia la casa de la madre de Pierre, que probablemente sería quien lo había ayudado el día del duelo, y aporreó la puerta del castillo de forma salvaje. Atravesando el umbral en cuanto uno de los sirvientes la entreabrió para ver qué sucedía, irrumpió en el gran salón donde se encontraba Pierre, que durante un año había estado ocultándose protegido por su madre. Estaba justo frente a la chimenea, probablemente imaginando a Alexandre destrozado por el dolor. Aunque no estaba feliz del todo. Para llevar a cabo su venganza había tenido que matar a Juliette y sentía un profundo dolor por lo que había hecho, pero, si no era para él, no sería para nadie. Cuando Alexandre se lanzó sobre él, no tuvo ninguna oportunidad de responder al ataque. Con el cuchillo que usaba cuando salía de

caza con su padre y sus sirvientes, lo abrió en canal y le sacó los órganos del cuerpo en una horrible carnicería, entre gritos que más parecían los rugidos de un animal salvaje que cualquier sonido que pudiera emitir un ser humano. Dejó tirado en el salón el cuerpo sin vida y destrozado del otro hombre, y salió de allí exactamente igual que había entrado. Volvió a subir a su caballo y cabalgó de vuelta a casa solo deteniéndose para beber agua en un arroyo cercano. Por primera vez pudo ver reflejados sus ojos en el agua en calma y se asustó ante su visión: totalmente negros y brillantes, como si un ser sobrenatural lo hubiera poseído. Bebió y bebió hasta que calmó su sed y sintió que su temperatura volvía a la normalidad y que él mismo volvía a su ser. Respiró profundamente y se sentó junto al arroyo sin saber qué hacer. Estaba amaneciendo y la luz del alba le trajo la sensación de que había hecho justicia, aunque hubiera sido lo peor que había hecho en toda su vida. Estuvo a punto de arrepentirse un instante, pero entonces recordó a su amada, dormida entre sus sábanas de seda en su palacio mientras acunaba a su bebé en su seno, y supo que todo había merecido la pena. Todo. El horror y la sangre, los gritos y el sonido de la carne y los huesos que se rompían bajo sus manos y su cuchillo, el terrible olor de la muerte... Supo que haría lo necesario para no volver a perder jamás a Juliette.

¿Y los sueños, sueños son?

Alex permaneció en el hospital durante más de un mes, y finalmente pudo marcharse a su casa con órdenes del médico de reposar hasta que todo volviera a estar en orden. Había tenido mucha suerte en aquel accidente. Podría haber perdido la vida o, lo que sería peor para él, podrían haberle quedado secuelas en el habla, en los movimientos, haberse quedado postrado para siempre en una silla de ruedas. Afortunadamente, se había recuperado muy bien y ahora solo le quedaban los puntos en la cabeza, bajo el pelo que ya estaba creciendo, para recordarle lo que había pasado. Durante el tiempo que permaneció en el hospital, Olivia había ido a visitarlo casi a diario, aunque no se sentía muy cómoda allí, pues entraban y salían familiares y amigos, y sus padres estaban siempre pendientes de él. Ella se sentía escudriñada por quienes pasaban a ver a Alex, todos amigos de siempre o familia. Sabía que en el fondo se preguntarían quién sería aquella chica que no habían visto hasta entonces y que cada día se molestaba en ir a verlo. Clara fue también a visitarlo una tarde y se alegró sinceramente de que hubiera salido de esa. No lo conocía demasiado, pero era un buen chico, joven y sano, con todo un futuro por delante. Olivia no había avanzado en su trabajo, no más allá de releer lo que ya había archivado, esperando encontrar alguna pista, y había estado más ocupada de lo que hubiera deseado sintiendo una energía –aún no sabía cómo llamarlo–, que parecía querer decirle algo. Puertas que se abrían y se cerraban solas, extrañas corrientes de aire que de repente la rodeaban y le helaban la

sangre en las venas, sonidos parecidos a lamentos, otras veces, a voces que susurraban palabras que no lograba descifrar, como si alguien quisiera comunicarse con ella y no consiguiera alcanzarla desde dondequiera que estuviera. Llegó a ver más de una vez una extraña sombra que cruzó delante de ella cuando menos lo esperaba y la hizo saltar del susto. Dormir hubiera sido imposible de no ser por Clara, que decidió acompañarla hasta que Alex volviera a casa. Ella también tenía miedo porque a veces era testigo de los fenómenos que ocurrían a su alrededor, pero pensó que siempre sería mejor que fueran dos personas en vez de una las que se enfrentaran a ello. Jamás había podido comprender cómo Olivia había conseguido vivir con esa sensibilidad especial, por llamarla de alguna manera. Para cuando Alex regresó a la casa, Clara ya se había marchado, no porque pensara que el joven podía sentirse incómodo con su presencia, sino porque sabía que él necesitaría descansar aún un tiempo.

Una tarde, no llevaría el joven más de dos o tres días en casa, se encontraba tumbado en el sofá viendo la tele después de haber tomado un analgésico para el dolor de cabeza que aún se apoderaba de él a menudo, cuando Olivia entró en el salón como alma que llevaba el diablo, como si huyera de algo, mascullando algo entre dientes, y él se sobresaltó.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada, tranquilo. No sabía que estabas aquí. ¿Te encuentras bien?

—Sí, pero me duele mucho la cabeza. Estoy cansado de estar en mi habitación.

Olivia no sabía cómo distraer la atención del joven para que no se diera cuenta de que seguía nerviosa, principalmente porque seguía sintiendo que alguien que no podía ver estaba a su lado, incluso notó cómo le pasaba la mano por el brazo, y los cruzó delante del estómago de repente.

—¿Seguro que estás bien? —insistió el muchacho.

—Sí, no te preocupes. ¿Quieres comer algo? Precisamente, iba a prepararme un sándwich, no tengo mucha hambre.

—No, gracias. Ahora prefiero descansar. Quizás cuando se me pase el dolor.

—¿Puedo traerte algo? —preguntó la joven preocupada.

—No. En un rato se me pasará —dijo él apagando la televisión y se volvió contra el respaldo del sofá para cerrar los ojos y relajarse hasta que el dolor decidiera desaparecer.

Olivia fue a la cocina y se preparó el sándwich, mirando de vez en cuando a uno y otro lado. Creía que lo que aquella entidad quería decirle era que se diera prisa, que trabajara más intensamente en la tarea para la que había sido contratada, pero, si era así, asustarla no era la mejor manera de ayudarla a trabajar. Afortunadamente, pudo comer tranquila y después subió al despacho a ordenar el siguiente archivador para empezar enseguida a trabajar en él, ahora que su compañero había vuelto a casa y no estaría sola durante mucho rato. Una agradable sensación de alivio la hizo tranquilizarse un poco. Pasó un rato allí y, al cabo de un par de horas, volvió al salón a averiguar cómo estaba Alex. Ese día no pasarían sus padres a verlo. Habían estado el día anterior, y ya estaban mucho más tranquilos ante la mejoría que había experimentado, sobre todo en los pocos días que había pasado fuera del hospital. La mujer le había agradecido que cuidara de él y ella le había dicho que no lo estaba haciendo, no más allá de preparar algo para comer o limpiar la casa, y que no era ninguna molestia.

Se asomó al salón y no lo encontró en el sofá, así que pensó que habría ido al baño o a la cocina a comer algo. Ella fue a prepararse un café y, en su camino hacia la cocina, un soplo muy cerca de su nuca fue la gota que colmó el vaso.

—¡Ya está bien! —dijo enfadada al mismo tiempo que temblaba de miedo—. No puedo hacer nada más. Y, si sigues asustándome así, me marcharé. ¿Me has oído? Me iré de la casa y tendrás que buscar a otra que haga mi trabajo.

Alex, que estaba apoyado en el quicio de la puerta del aseo, la miró alucinado.

—¿Con quién hablas?

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—No lo sé. ¡Ojalá lo supiera! Pero estoy harta. Me persigue, abre y cierra las puertas, los cajones, me desordena los papeles... ¡Joder! —dijo llevándose las manos a las caderas.

—¿Quién hace esas cosas? —preguntó el joven sin parpadear.

—Ven conmigo al salón. Tenemos que hablar.

Una vez que se hubieron sentado en el sofá uno al lado del otro mirándose, Olivia suspiró de nuevo, mucho más aliviada, y le confesó:

—Alex... No sé cómo decirte esto. Y, si después de hablar conmigo quieres que me vaya, lo haré.

El joven la miró sin decir nada.

—Desde que era pequeña oigo voces, a veces veo sombras, presiento que a mi lado hay personas que en realidad no están, incluso las veo, aunque no con demasiada nitidez.

Alex arqueó la ceja izquierda.

—Sé que es extraño y por eso no te he dicho nada. Pero durante este mes «esto» se está haciendo muy pesado. No sé si por tu accidente, si porque yo no estoy trabajando mucho en la investigación... No sé por qué, pero no me deja en paz.

El chico se aclaró la garganta antes de hablar.

—No sé qué decir... la verdad... Yo nunca he estado interesado en esos temas... aunque los respeto —dijo como si quisiera disculparse—. ¿Sientes algo ahora mismo?

—No. Al contrario, parece que desde que me he puesto a gritar se ha marchado, hay como una extraña calma en el ambiente... puedo notar su ausencia. —Lo miró de nuevo—. ¿Quieres tomar un café? Venga, vamos a la cocina a prepararlo.

Alex la siguió hasta la cocina rumiando si hablarle del sueño tan extraño y tan real que había tenido en el hospital o no. Ella seguía disculpándose y diciéndole que, si quería que se marchara, lo haría, que no quería asustarlo y

una larga retahíla de frases a las que él ya no estaba prestando atención, totalmente absorto en el recuerdo de su sueño. Podía recordar cada detalle, cada olor, el calor de las lámparas de velas y de la chimenea, la furia que se apoderó del joven mientras apuñalaba al otro hombre, la desesperación ante el cuerpo sin vida de aquella mujer...

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Olivia viendo que parecía distraído.

—¿Crees que podría ser mi tío? —preguntó él, volviendo a la realidad.

—Me alegro de que al menos no hayas puesto en duda lo que te acabo de contar —dijo ella con tono aliviado.

—Ya te he dicho que no me gustan mucho estos temas, si te digo la verdad, me dan mucho miedo. Ni siquiera soy capaz de ver películas de terror porque me provocan pesadillas. Pero no desconfío de ti. No nos conocemos mucho, pero sé que eres buena persona y creo... solo creo, que no estás loca.

Ella sonrió con ironía.

—Podría ser tu tío... o podría ser cualquier otra persona, bueno, ente... no sé ni cómo llamarlos. Solo he hablado de estas cosas con Clara y con mi madre y mi abuela.

Se sentaron junto a la mesa de la cocina a tomar su café recién hecho. Entonces Alex decidió hablarle de su sueño.

—Cuando estaba en el hospital, tuve un sueño extraño.

—¿Un sueño? ¿Sobre qué?

Alex le relató con todo lujo de detalles lo que había soñado aquel día, reviviéndolo con cada palabra, emocionándose al recordarlo. Y finalmente añadió:

—Eras tú, Olivia. Eras tú. Cada vez que cierro los ojos, veo los tuyos.

Olivia dejó la taza de café sobre la mesa y lo cogió de las manos.

—Alex... ahora sí que estamos en una situación extraña. Yo he visto imágenes en mis sueños, lo mismo que tú me estás contando, pero no tan detallado, más bien flashes desordenados.

El hombre la interrumpió:

—¿Estás diciendo en serio que los dos hemos tenido sueños con las mismas personas?

—Parece que sí. Y con lo que tú me has contado, todo cuadra. Ahora tenemos un motivo para un pacto con el Diablo. ¿Quién no habría hecho lo mismo para recuperar al ser amado? —dijo ella con voz dulce—. Sabemos que esas personas existieron de verdad, tenemos documentos. Y otra cosa, el hombre de mis sueños, el que encuentra a su esposa muerta en el suelo... eres tú.

—¿No podría ser una especie de sugestión? —preguntó Alex totalmente fuera de juego por lo que acababa de oír—. No sé, hemos estado leyendo mucho sobre este tema, elucubrando, intentando dar una explicación a todos los documentos que hemos encontrado. Es curioso que en mis sueños aparezcas tú y yo, en los tuyos...

—Si te digo la verdad, yo no creo en la sugestión. Es más cómodo que investigar la verdad, eso es cierto, pero no creo en ella. Esto debe venir de alguna parte... Quiero decir, los documentos son reales, mis sueños coinciden con lo que tú me acabas de contar. No sé qué tendrá que ver con nosotros, o con tu tío, pero tenemos que seguir investigando. Tenemos que dejarnos llevar.

Alex miró las manos de ella entrelazadas con las suyas y tuvo un *flash* en el que recordó cómo las manos de Alexandre y Juliette estuvieron unidas, envueltas en un lazo blanco durante la ceremonia de su boda, en señal de amor eterno. Olivia se sintió un poco violenta y le soltó las manos.

—¡No, por favor! —dijo él—. No quería molestarte. He recordado algo que vi en mi sueño. Me ha encantado que me cogieras las manos.

Olivia se levantó y apoyó un hombro en la pared.

—¿Qué hacemos ahora?

Él no supo qué contestar y simplemente se encogió de hombros.

—Tú eres la experta.

—No soy ninguna experta. Todo lo que he percibido a lo largo de mi vida no me ha llevado a ningún lugar, es decir, no había un caso que resolver, eran

sensaciones aisladas, supongo, y por supuesto jamás las he compartido con nadie. Me refiero a que nadie ha sentido o soñado nada relacionado con algo que yo pudiera haber experimentado. No sé qué hacer.

—Yo tampoco. Nos hemos aprendido de memoria esos papeles y seguimos sin saber qué tienen que ver con nosotros, incluso ahora que sabemos lo que pueden significar; siempre dando por hecho que lo que hemos soñado es cierto.

Volvieron al salón y siguieron hablando un buen rato sobre el tema. Ella le contó algunas de las cosas que había experimentado desde que era niña, luego se centró en los detalles de lo que había sucedido desde que se mudó a vivir con él. Su conversación se vio interrumpida cuando sonó el timbre de la verja. Olivia se levantó a abrir y se encontró con el rostro sonriente de Inés, que traía un paquete en las manos.

—Hola. Vengo a ver al enfermo. Está aquí, ¿no?

—Sí, claro, pasa —dijo abriendo la puerta e invitándola a entrar.

—¿Qué tal se encuentra?

—Bueno, la verdad es que no está mal. Hace un rato le dolía la cabeza, pero ahora está mejor.

Alex, que se había levantado para recibir a su compañera de trabajo, le dio un cálido abrazo y la invitó a unirse a ellos en el sofá.

—Me alegro de verte así de bien. ¡Menudo susto nos diste!

—Lo sé. Lamento que hayáis tenido que pasar por esto.

—A ver, he traído unos pasteles. ¿Tendréis la educación de ponerme vosotros el café?

—Claro. Yo te lo traigo. Nosotros acabamos de tomarlo. Pero no le diré que no a uno de esos pasteles —contestó Alex mientras se dirigía a la cocina.

Una vez que las dos mujeres se quedaron a solas en el salón, Inés se atrevió a decir:

—Tiene buen aspecto.

—Se encuentra bien, excepto por los dolores de cabeza, pero le han dicho

que ahora mismo es normal.

La secretaria se aclaró la garganta:

—Olivia, sé que no nos conocemos demasiado...

«¡Oh-dios-mío! A ver por dónde me sale esta», pensó Olivia, intentado que no se reflejara en su rostro lo que estaba pensando.

—Tengo unos años más que tú... Unos cuantos... y creo... Más bien, intuyo que puede acabar habiendo algo entre Alex y tú.

«Tierra, trágame. Tierra, trágame...», se repitió a sí misma como si de un mantra se tratara mientras intentaba no dejar de sonreír.

—He visto cómo lo miras... y, sobre todo, cómo te mira él a ti... Lo conozco desde hace mucho tiempo. Resumiendo —dijo para interrumpir lo que se estaba convirtiendo en una conversación un poco fuera de lugar para ella también—, creo que es muy buen chico y que lo ha pasado bastante mal. No es hombre de muchas mujeres, de hecho, yo solo le he conocido una con la que haya ido realmente en serio, su novia de toda la vida, por decirlo de algún modo.

«*Ahora compite con eso, guapa*», pensó Olivia, sintiendo como si acabaran de darle un martillazo en la frente.

—No me malinterpretes —siguió Inés, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. A pesar de que estuvo con ella mucho tiempo, no le gustaba a nadie. Al final se dio cuenta de que todos teníamos razón cuando le aconsejábamos sobre ella. En fin, que espero que esta vez tenga más suerte.

Afortunadamente para las dos mujeres, Alex volvió de la cocina con el café para Inés y todos se lanzaron con avidez en busca de un pastel. Charlaron un buen rato de cómo iba todo en la oficina, de la recuperación de Alex, de lo bien que llevaban la convivencia a pesar de no conocerse desde hacía mucho tiempo. Finalmente, al cabo de una hora y media, Inés decidió marcharse. Alex y Olivia tuvieron la misma idea de subir a la buhardilla a echar un vistazo con más detenimiento a los cajones y el resto de las estanterías.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó ella.

—Si conocía bien a mi tío, debe tener algún tipo de registro de sus investigaciones, más datos aparte de los que están en la librería —dijo Alex abriendo y cerrando cajones.

—Yo apenas he curioseado—dijo Olivia—. He estado liada con los documentos.

Alex se acercó a una pequeña repisa que sujetaba varios libros con dos enormes bolas del mundo rodeadas por los signos del zodiaco, una en cada extremo. Fue mirándolos de uno en uno hasta que descubrió una agenda que parecía cualquier cosa menos lo que era, pues la portada era negra y dorada, con un barco en el mar en relieve, por donde el joven pasó las puntas de los dedos antes de exclamar:

—¡Lo sabía!

Olivia se acercó a él para averiguar qué había encontrado y miró la agenda con curiosidad. Alex, que la estaba hojeando rápidamente, vio que había varios nombres anotados en diferentes fechas, direcciones de páginas web, títulos de libros y un sinfín de datos que habría que analizar con detenimiento. Sin embargo, sobre todo en las últimas anotaciones, justo antes de que su tío dejara de escribir, un nombre destacaba sobre todos ellos: Sonia.

Los dos jóvenes se miraron a los ojos.

—¿La conoces? —preguntó Olivia.

—No. Al menos, no por ese nombre. No conozco a ninguna Sonia.

—Pues habrá que averiguar quién es y por qué aparece tantas veces en la agenda de tu tío.

—Es domingo —dijo el joven—. Creo que podríamos llamarla mañana e intentar hablar con ella, preguntarle si conocía a mi tío, no sé... ¿Se te ocurre algo mejor?

—¿Algo como llamarla ahora mismo?

—Es que no me gusta molestar a nadie en fin de semana, es cuando se puede descansar un poco.

—Si la llamamos y podemos hablar con ella, quizás podamos vernos. Igual

sabe algo que nos interesa y, cuanto antes, mejor.

—Pues la llamas tú.

—Venga, vamos abajo, la llamo desde mi móvil.

Una vez de vuelta en el salón, Olivia cogió su móvil y marcó el número de teléfono que aparecía en la agenda. Al otro lado, tras no más de dos o tres señales de llamada, una mujer descolgó.

—¿Sí?

—Hola. —«Vaya, no pensé que fuera a contestar»—. Soy un familiar de Jaime González y...

No tuvo tiempo de decir nada más pues la mujer la interrumpió:

—Sabía que alguien me acabaría llamando de su parte tarde o temprano.

En aquel momento, Olivia supo que su decisión había sido la más acertada. No hablaron mucho más. La mujer la citó al día siguiente para hablar con ella y luego colgó el teléfono sin más. ¿Quién era Sonia? ¿Cuál era su relación con su investigación? Y, sobre todo, ¿por qué aparecía en tantas páginas de la agenda del tío Jaime? Para bien o para mal, todas esas preguntas recibirían respuesta al día siguiente, o eso esperaban ellos.

Sonia

Al día siguiente aparcaron en la puerta del bloque de pisos donde Sonia les había dicho que vivía, sintiendo ambos una enorme curiosidad por esa mujer. Vivía en uno de los áticos y Olivia pensó que tendría vistas privilegiadas a la playa, pues el bloque estaba en segunda línea. Llamaron y ella les abrió la entrada al portal sin decir nada. Al salir del ascensor ya los estaba esperando en la puerta del piso. Alex no se había hecho ninguna idea de cómo sería Sonia, tampoco había escuchado su voz, pero Olivia sí que creía que sería más joven. Por el contrario, una mujer de más de setenta años, bajita y regordeta, con el pelo corto y totalmente blanco por las canas, los saludó y los invitó a entrar a su casa.

Una vez que se acomodaron en la terraza que, tal y como Olivia había imaginado, ofrecía un paisaje maravilloso de la fina línea que separa el mar del cielo a la hora del atardecer, la mujer se dirigió a Alex:

—Así que tú eres el famoso sobrino de Jaime.

El joven sonrió un poco avergonzado. No se le había ocurrido que esa mujer hubiera oído hablar de él con tanta frecuencia como para considerarlo «famoso».

—Tu tío te quería mucho, lo sabes, ¿verdad?

—No me cabe la menor duda. Y yo a él. Y si no fuera porque tengo la sensación de que no se ha ido del todo, lo echaría mucho más de menos.

—¿Crees que no se ha ido? —preguntó Sonia intrigada.

—No... no... Perdona, me refiero al hecho de que estamos trabajando en algo en lo que trabajaba él y es como si lo tuviera cerca.

—Haces bien en pensar eso —dijo ella con tono enigmático—. Es más, te diría que lo estoy viendo justo detrás de ti, pero no quiero asustarte.

Alex sintió cómo un escalofrío bajaba por su espalda y se atrevió a preguntar casi susurrando:

—¿Está aquí?

—Sí. Y dudo mucho que pueda avanzar hasta el siguiente nivel hasta que concluyáis con lo que os ha encomendado.

—¿Cómo está? Quiero decir... ¿lo ves igual que nos ves a nosotros?

—No con tanta nitidez, pero sí, lo veo perfectamente. Ahora mismo me está sacando el dedo corazón. —Ella hizo lo mismo y Olivia soltó una carcajada por la que pidió disculpas. En realidad, no sabía si lo que Sonia les estaba contando era cierto o no, ella no veía nada en aquel momento, pero le pareció que esa mujer sabía cómo hacer que las personas que iban a visitarla no se sintieran incómodas.

—Lo siento, no es que me ría de ti... es que yo he oído cosas a veces, pero jamás he visto nada, y me ha hecho gracia lo del dedo.

—Sí... Jaime es muy particular. A ver, te diría que ya debería haber abandonado este mundo y que no lo ha hecho porque está intentando ayudarte para que acabes lo que él empezó. Yo sabía que vendrías porque su repentina enfermedad no lo dejó terminar esa investigación a la que os referís, y no podrá marcharse hasta que tú sepas todo lo relacionado con ella —dijo Sonia mirando a Alex.

—¿Sigue aquí?

—Sí —dijo Sonia mirando a una silla vacía—. ¿Puedes empezar ya a preguntarme todo lo que has venido a averiguar?

Alex reflexionó un instante y, finalmente, tras resumirle lo que habían averiguado hasta ese momento, le dijo que habían llegado a un punto muerto del que no sabían cómo salir.

—Y aquí es donde entro yo. Aunque deja que te diga algo: si quieres averiguar más sobre este asunto, tendrás que tener una mente muy abierta. No te pido que me creas, sé que es difícil, pero al menos que sí tengas en cuenta todo lo que te voy a contar. En esta vida que tú estás experimentando ahora, por decirlo de algún modo, hay seres cuyas almas son más antiguas que otras. Algunas son jóvenes y tienen mucho camino que recorrer para alcanzar su plenitud y dejar de volver aquí, pero otras, más antiguas, están en su última o penúltima reencarnación. Jaime y yo creemos que tú, Alex, eres una de esas almas antiguas.

—A ver, a ver, a ver... —interrumpió Alex confuso—. ¿Puedes explicarme eso mejor?

—Cada vez que nacemos aprendemos algo a lo largo de esa vida, pero a veces no lo aprendemos todo. No somos perfectos. Por eso tenemos que volver para trabajar en lo que no hemos conseguido dominar, y por eso nacemos de nuevo.

—¿Quiénes tenemos que volver? —preguntó Olivia intrigadísima.

—Todos, cielo. Todos los que aún no hemos conseguido la perfección como para no tener que regresar. Unos tenemos que trabajar la paciencia; otros, el desapego; otros, los celos... No sé, piensa en cada imperfección del ser humano y te harás una idea.

—¿Mi tío volverá a nacer?

—Eso no puedo decírtelo. Tu tío era un alma relativamente joven, por lo que aún tendrá muchas cosas que aprender, pero trabajó mucho en eso antes de dejar este plano. Por ahora lo único que puedo decirte es que no puede avanzar.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Para serte sincera, no tengo ni idea. Solo sé que, en una de las regresiones que hizo tu tío, dijo haber coincidido contigo, y que tenía que saber qué significaba. Solo recordaba haber visto tu rostro.

—¿Tenemos el mismo aspecto en todas esas vidas de las que hablas?

—Creo que no, que es más bien un truco de nuestra mente para reconocernos. Hay almas que están destinadas a volver a encontrarse.

—¿Con qué fin?

—No lo sé. Puede que estén juntas en algo y tengan que seguir juntas en ello, o acabarlo. A ver, yo no soy una experta en esto. Solo tengo la habilidad de ver el alma de algunas personas. Otras quieren llegar a mí y no lo consiguen, otras solo quieren que las ayude a abandonar el lugar en el que se encuentran, entre el mundo de los vivos y ese otro al que tienen que marcharse. Tu tío vio en una de sus regresiones el rostro de un hombre y con el tiempo, a medida que fuiste creciendo, vio que tú te estabas transformando en ese hombre que vio... y se obsesionó.

—¿Hay algo que nosotros podamos hacer para obtener más información? Podemos... —Y antes de acabar la pregunta miró a Olivia y luego a la silla vacía.

—Ahí hace rato que no hay nadie, hijo —dijo Sonia—. ¿Quieres hacer una regresión? ¿Es eso lo que me ibas a pedir?

—¿Es posible? —preguntó Olivia.

—Podemos intentarlo.

Los dos jóvenes se miraron y luego miraron a la mujer, que les dijo:

—Requiere mucho tiempo y mucha concentración alcanzarnos a nosotros mismos en otra vida. Lo que veáis en ella puede haber sucedido o no, dependerá de vosotros cuánto os afecte. Yo no me obsesionaría demasiado. Hay gente a la que le ha servido simplemente como experiencia, pero no han encontrado motivo para repetir, otros no han vuelto porque lo que han visto no ha significado nada para ellos, otros se han obsesionado tanto que he acabado por pedirles que no volvieran más. Como ves, hay de todo también en esta profesión.

—¿Alguna vez has ayudado a alguna de esas almas?

—¡A muchas! —dijo Sonia casi indignada—. Algunos de ellos simplemente permanecen aquí porque no quieren marcharse, otros no quieren ni siquiera

reconocer que han muerto y prefieren creer que de repente todo el mundo los ignora. Lo primero que tengo que hacer en esos casos es convencerlos de su situación. Hay quienes lloran durante días y quienes se niegan a desprenderse de esta vida, otros, por suerte la mayoría, finalmente logran hacerse a la idea y me piden que los lleve a la puerta.

—¿Dónde está esa puerta?

—No es una puerta en realidad. Yo la llamo así porque desaparecen cuando van a aquella zona, como si traspasaran una puerta hacia otro lugar. A veces viene gente a buscarlos.

—¿Quieres decir personas?

—Entes, seres, llámalos como quieras. Tienen nuestro aspecto, si eso es lo que quieres saber, a veces son hombres, a veces, mujeres. ¿Quiénes son? ¿Son ángeles? ¿Son enviados que tienen que ayudar a estas almas a salir de esta realidad? ¡Ojalá lo supiera! Y no vuelvas a preguntarme dónde está porque no te lo voy a decir.

Se hizo un breve silencio en el que cada uno digirió lo que había dicho u oído lo mejor que pudo. Alex fue el siguiente en hablar.

—Estoy un poco apabullado por todo esto.

—¿Nos vamos? —preguntó Olivia.

—Podéis iros, aclarar vuestras ideas y, si lo creéis necesario, volver, yo no me voy a marchar de aquí en mucho tiempo aún... Es broma, en realidad podría morirme en cuanto salgáis.

Los dos la miraron sin saber cómo reaccionar al comentario. Se levantaron y la mujer los acompañó de nuevo a la puerta, donde se despidieron amigablemente pensando que se volverían a ver pronto, aunque ninguno de los tres hubiera acordado reunirse de nuevo.

—¡Cuidado al cerrar, no vayas a aplastar a tu tío con la puerta! —gritó la mujer. Alex se volvió rápidamente para sujetarla y Sonia se echó a reír:

—Un poco de humor de médium, hombre.

«¡Joder con la médium!», pensó Olivia sintiendo que el corazón le saltaba en

el pecho.

Durante el camino de vuelta a casa en el coche, ninguno de los dos dijo ni una palabra, ambos perdidos en el montón de información que acababan de recibir sobre algo que, hasta ese momento y a pesar de verlo desde dos puntos de vista bastante diferentes, no les había preocupado en exceso. Olivia se consideró afortunada por unos instantes al no tener que andar llevando y trayendo almas a ningún sitio. Después de todo, ella solo oía o veía cosas de vez en cuando, nada en comparación con lo que acababa de escuchar. Iba a preguntarle a Sonia si había forma alguna de librarse de aquel... ¿don? Ya lo haría en la próxima ocasión. Dudaba mucho de que esta hubiera sido la única vez que fueran a verse.

Dejaron el coche en el garaje y entraron a la casa. Ya era de noche y Alex tenía aspecto de estar bastante cansado. No parecía el mejor momento para hablar del tema, así que ninguno de los dos mencionó nada. Él subió directamente a su habitación y ella se entretuvo un rato con el móvil, entrando y saliendo de sus redes sociales, mandando emoticonos a Clara, que debía andar muy ocupada con algo pues no habían hablado en unos días. Luego se preparó un bocadillo y sacó una cerveza bien fría del congelador. «No es la mejor hora para esto, pero me lo merezco», se dijo a sí misma mientras le daba el primer bocado al pan con jamón. La cerveza, más que el estómago le refrescó la mente y le ordenó un poco las ideas. ¿Cómo había sido posible que Jaime hubiera visto a un hombre que luego resultara ser su sobrino? ¿Sería su tío una de esas almas que se negaba a abandonar este mundo? ¿Sería su sobrino precisamente el motivo por el que no quería irse o no podía hacerlo? Pensó en poner un rato la tele, pero tenía algo de frío. La maldita primavera no se aclaraba y algunos días hacía frío como si fuera invierno y otros, calor como si por fin se hubiera instalado el verano. Hasta había habido dos tormentas tremendas la semana anterior. Al pasar por el dormitorio de Alex de camino a su cuarto, vio que la puerta estaba entreabierta y se detuvo un instante a mirarlo. Era perfecto y en ese momento, tumbado de lado totalmente

dormido respirando profundamente, le pareció que estaba tan indefenso como un niño. Pensó en la suerte que había tenido al salir vivo de su accidente, y en la que había tenido ella pues aún tendría ocasión de conocerlo mejor y quién sabía si algo más. Si hubiera sabido que no se iba a despertar, se habría quedado mirando un poco más, pero le dio un poco de apuro imaginar que abría los ojos y la veía parada ahí, en el quicio de la puerta, mirándolo sin parpadear. Se dirigió a su cuarto, se colocó su pijama calentito y se escondió bajo el edredón, todo menos la mano derecha, que fue la que utilizó para poner la tele y echar un vistazo a lo que ofrecían los distintos canales. «Lamentable, quinientos canales para que no haya una mierda que ver», se dijo mientras pulsaba el botón de apagado. Empezó a pensar en lo que había hablado con Sonia, en todas las cosas que la mujer les había contado, y concluyó que ya no sería posible conciliar el sueño, sin embargo, sucedió todo lo contrario. Se quedó dormida en cuanto encontró una posición cómoda en su cama.

A la mañana siguiente, el sonido del teléfono fijo la despertó. Estaba a punto de bajar a contestar, pero de repente dejó de sonar y pensó que seguramente Alex ya lo había hecho. Él tenía uno en su cuarto. Y al escuchar el sonido del grifo de la ducha, decidió que lo mejor sería bajar a preparar café. Miró el reloj: las ocho y media. «No está mal, ha sido un buen descanso».

Cuando Alex bajó y entró a la cocina a prepararse su café, ella ya estaba sentada a la mesa, mirando unos catálogos de supermercados que habían cogido hacía un par de días del buzón.

—¡Buenos días, Olivia! ¿Qué tal has dormido?

—Bien. Mejor de lo que esperaba. ¿Y tú?

—También he dormido muy bien. Me he levantado muy despejado.

—He oído el teléfono.

—Sí. Era mi madre. Como el día no tiene suficientes horas, me llama bien temprano para decirme que ha venido un amigo de Francia a verme.

—¡Vaya, qué internacional!

—En realidad, nació en España, pero su familia emigró allí en la época en

que era la mejor opción para conseguir un futuro digno. Es curioso que critiquemos a los inmigrantes, cuando este país ha emigrado durante siglos. Si no hubiera sido por las familias que marcharon a Alemania, Francia, Suiza, etcétera, no se hubiera levantado España.

—Sí, es cierto.

—El caso es que cada vez que aparece por aquí se pasa a verme y, claro, esta vez mi madre le ha comentado lo del accidente, y tiene más ganas que nunca de quedar para charlar. Hoy no me verás el pelo en todo el día.

—Me alegro. Eso significa que te sientes mejor.

—Voy al despacho un rato.

—¿Al despacho?

—Sí. Ya estoy cansado de estar en casa. Cuanto antes retome mi actividad, mejor para mí y para el negocio. Ramón está un poco agobiado.

—Vale, pero procura no estresarte demasiado.

El joven dejó su taza de café en el fregadero y, marchándose, dejó a Olivia tal y como la había encontrado y con muy pocas ganas de cambiar de actividad en un buen rato. «Puesto que voy a estar todo el día sola, lo mejor será empezar con un poco de ejercicio». Subió a colocarse ropa deportiva y salió a disfrutar de la mañana primaveral que había amanecido. Se puso sus auriculares y al ritmo de *The Greatest*, de Sia, empezó a caminar rápidamente en dirección al centro del pueblo. Desde donde ellos estaban no habría más de unos tres kilómetros, así que solo ir y volver ya suponía una buena dosis de aire fresco y movimiento, que era algo que ella andaba necesitando con urgencia. Olivia siempre llevaba una pequeña mochila cuando salía a caminar, con una botella de agua, toallitas húmedas, pañuelos, el móvil y, por supuesto, su monedero, por si necesitaba algo. Y ese día le había venido más que bien, pues una vez en el pueblo se detuvo a desayunar tranquilamente y luego a inspeccionar las tiendas de ropa de la zona. Y tras un buen rato comprando algunas cosas, pensó que su bolsillo hubiera agradecido que se hubiera quedado en casa. Vaqueros, *leggings*, faldas, alguna camisa, un par de

camisetas, unos botines, una chaqueta y un par de cárdigan dejaron su cuenta casi a la mitad, pero a ella le encantaba la ropa y desde que había empezado a trabajar con Alex no había salido a renovar su armario, así que dio el dinero por bien empleado. «Y estos botines *beige* de ante y de tacón alto irán de muerte con mis *leggings* de cuero negro», pensó sin poder evitar sonreír. Y entonces precisamente se encontró con el problema de que le sería difícil llegar caminando a casa cargada de bolsas, así que decidió que lo mejor sería coger un taxi. Cruzó el paso de peatones que conducía a la parada de taxis y se acercó al primero, al mismo tiempo que un chico de más o menos su edad, alto, de pelo castaño y con pinta de extranjero también apoyaba su mano en la puerta del taxi para subirse. Ella se echó atrás enseguida dispuesta a coger otro, pero el joven le pidió disculpas:

—Perdón, cogeré el de detrás —dijo con un acento francés que a Olivia no la dejó indiferente.

—No importa, no tengo prisa.

—Tampoco yo. Estoy de vacaciones.

Olivia pensó inmediatamente en el amigo del que le había hablado Alex esa mañana, pero le pareció que sería demasiada casualidad que se topara con él en un pueblo turístico que ya se estaba empezando a llenar de extranjeros que no se marcharían hasta bien entrado el mes de octubre. Probablemente por primera vez en su vida y llevada por una curiosidad irrefrenable y por el hecho de que en su vida las coincidencias habían dejado de existir, soltó un «¿Jacques?» que dejó al joven con la boca abierta.

—*Mais, oui* —dijo él—. Perdón, sí. Soy yo.

Ella, al verlo tan sorprendido, le tendió la mano a modo de presentación.

—Disculpa. Soy la compañera de casa de tu amigo Alex, si eres el Jacques que creo que eres. Me llamo Olivia.

Se habían retirado de la parada de taxis y estaban hablando frente al paseo marítimo, con un precioso mar turquesa de fondo.

—Oh, encantado —le dijo él dándole dos besos que a ella la cogieron un

poco desprevenida—. ¡Qué casualidad! Precisamente hoy voy a comer con él. ¿Cómo está? Su madre me dijo ayer que había tenido un grave accidente.

—Afortunadamente, ya se ha recuperado casi del todo. Hoy ha decidido incluso pasar por su oficina a ver cómo van los proyectos.

—*Je suis heureux!* ¡Me alegro mucho!... Oh, tendré que empezar a cambiar el chip de los idiomas si no quiero repetir todo dos veces.

Olivia sonrió.

—No es un nombre muy típico... Olivia, quiero decir.

—Bueno, cosas de mi madre. Al parecer, ella y mi abuela eran muy fanáticas de una actriz americana que se llamaba Olivia de Havilland, o algo así, y me tocó en suerte el nombre.

—Me encanta. Olive. Suena mejor aún en francés.

Ella lo miraba tan ensimismada que por un momento pensó que si seguía mirándolo así se daría cuenta de que no le había sido del todo indiferente, por lo que decidió despedirse.

—Me alegro de haberte conocido, Jacques. Tengo que marcharme si quiero trabajar un rato. Aún tengo que prepararme algo para comer.

—*Mais non!* Déjame invitarte a comer... *Oh, mon Dieux, j'n'est pas possible!*

—Ya, ya...no te preocupes. Si vas a estar por aquí, nos veremos en otra ocasión.

—Bien *sûr!* Seguro que saldremos a tomar algo todos juntos —le dijo el joven sin dejar de mirarla a los ojos.

Olivia finalmente subió al taxi que aún no se había movido de allí, metió todas sus bolsas en el asiento de atrás, a su lado, y se despidió de Jacques diciéndole adiós con la mano. En cuanto se encontró a solas consigo misma, como ella solía llamar a los momentos en que quería pensar en algo que no estaba dispuesta a compartir con nadie, se relajó y se rio para sus adentros de las casualidades que a veces se presentaban en la vida. Jacques le había parecido guapísimo y muy educado. Además, la ropa que llevaba, sencilla —un

simple pantalón vaquero y una camisa azul marino—, su pelo algo despeinado y su voz... «¡Qué voz y qué acento!».

Ya en la casa, y una vez que hubo guardado todo lo que había comprado, bajó a la cocina y se preparó un arroz a la cubana para comer. Se sirvió una copa de vino tinto y pensó que debería borrar esa sonrisa de su cara antes de comentarle a Alex su encuentro con su amigo de la infancia. Se le ocurrió que él mismo se lo diría durante la comida. Luego subió un rato a la buhardilla a trabajar.

Curiosamente, desde que se había enfadado con él o ella, el ente que estaba rondándola no había vuelto a manifestarse, y eso la relajaba bastante. No sentía la presión de que estaba haciendo algo mal, o de que se estaba dejando algo en el tintero. Había hojeado un poco el siguiente archivador y lo que más le había llamado la atención eran los recortes de periódico de la época. Por suerte, encontraría bastante más información de esta parte de la investigación. Lo que menos le agradaba mirar eran las noticias sobre los crímenes de Jack el destripador que aparecían en varios de los periódicos. Las imágenes, afortunadamente, no eran muy nítidas, pero también había varios libros sobre el tema en las estanterías, justo al lado del archivador. Una revista del *National Geographic*, que trataba el tema en una monografía, *From hell*, de Alan Moore y Eddie Campbell, *Jack el destripador, cartas desde el infierno*, de Stewart P. Evans y Keith Skinner, *Jack el destripador, capítulo final*, de Paul H. Feldman, y varios más, amén de varios DVD sobre el tema, unos más sangrientos que otros, a juzgar por las portadas. No le hacía ninguna gracia enfrentarse a lo que parecía que se le avecinaba.

A eso de las seis, los dos hombres aparecieron por la casa. Alex iba a enseñarle a su amigo su nueva residencia, donde ya se encontraba como si hubiera vivido allí toda su vida. Ella, al escucharlos entrar, bajó de la buhardilla y entró al salón a saludar.

—¡Hola! ¿Qué tal esa comida familiar?

—Hola, Olivia. Te presentaría a Jacques, pero ya me ha dicho que os habéis

conocido esta mañana.

—Sí —dijo ella acercándose a los hombres—. ¿Cómo van esas vacaciones?

—Mejorando por momentos —contestó el joven francés mirándola directamente a los ojos, sin intentar ocultar el interés que sentía por ella, más bien al contrario.

Olivia sintió el calor que le invadió en ese instante todo el cuerpo y supo que se había puesto roja como una cereza, pero trató de disimularlo como pudo.

—Voy a hacerle un *tour* por la casa. ¿Puedo enseñarle también tu cuarto?

—Por supuesto.

Mientras ellos se lanzaron escaleras arriba, Olivia fue a la cocina a prepararse un café y les preguntó si querían algo. Alex quiso un café y Jacques una infusión que le ayudara a digerir la paella que había preparado la madre de Alex para darle la bienvenida. Al cabo de unos minutos, volvieron abajo y se reunieron con ella en la cocina.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo, Jacques? —preguntó Olivia intentando ocultar su interés.

Alex empezó a sentirse algo incómodo al ver la reacción de ella ante su amigo. Hasta ese momento no había mostrado interés por ningún hombre, al menos, él no lo había notado, pero parecía embobada con su amigo de la infancia, y eso no le estaba gustando nada. Ya había oído a Jacques narrar lo preciosa que le había resultado su nueva compañera, destacar sus rasgos exóticos, nada normales en esa zona del país, y querer saber todo sobre ella. Tampoco era que él supiera demasiado sobre su compañera, no había querido acribillarla a preguntas, así que sabía lo que ella había ido desgranando sobre su vida cuando habían tenido alguna conversación que no tuviera que ver con su investigación, cosa que no sucedía tan a menudo como él quisiera, ahora que caía en la cuenta.

—No lo sé, depende de lo bien que me lo pase mientras estoy aquí. Lo iré decidiendo según surjan las cosas.

«Otra puya», pensó Alex. Su amigo estaba sacando su artillería pesada para intentar dejar claras sus intenciones. Él lo conocía bien, y si algo tenía de bueno era que no engañaba a nadie, ni siquiera a las mujeres con las que se liaba en cuanto tenía oportunidad. Era un juerguista mujeriego, eso era cierto, pero nunca había mentido a ninguna mujer para llevarla a la cama.

Desde su punto de vista, Olivia no se sentía nada incómoda con esa especie de juego, y era precisamente lo que lo tenía perplejo.

—Deberíamos salir juntos una noche. No digo hoy, porque ya he tenido suficiente comida y bebida, pero uno de estos días —sugirió el francés.

—Por mí, encantada, cuando digáis —contestó Olivia emocionada.

—Bueno, creo que sería mejor dejarlo para el fin de semana, ¿no os parece? Quizás el sábado. Total, solo faltan dos días —añadió Alex disimulando bastante mal su mosqueo.

Todos estuvieron de acuerdo y, después de pasar la tarde juntos, charlando, contando anécdotas sobre cuando eran niños e iban juntos al colegio, finalmente, Jacques se fue a su hotel y ellos se quedaron a solas en el salón.

—¿Algo nuevo sobre la investigación? —preguntó Alex intentando desviar la atención de su amigo.

—No, nada. He estado leyendo un rato y lo que he encontrado no me ha gustado mucho, la verdad. Todo parece estar relacionado con el siglo XIX en Londres, o al menos en Inglaterra. Lo bueno es que sobre eso no será difícil encontrar información. ¿Qué tal tu visita al trabajo?

—Me ha venido bien. Ramón está desbordado, así que voy a pedir el alta para empezar el lunes. Me encuentro bien, no tengo más ganas de estar en casa.

—Pero los dolores de cabeza...

—El médico me dijo que tardarían un poco en desaparecer, pero con la medicación no son un problema. Necesito volver a la vida.

—Ya eres mayorcito. Tú sabrás lo que más te conviene.

El tono frío y distante de su voz le molestó. No parecía la misma persona con la que había estado conviviendo hasta entonces. Recordó que en realidad

no hacía mucho que se conocían y concluyó que había dado por sentadas más cosas de las que quizás debería.

Cada uno se escondió del otro en su cuarto y se encerró en sus pensamientos, como habían aprendido a hacer cuando alguna idea extraña vagaba por sus mentes.

Olivia no había querido preguntarle a Alex si había decidido algo sobre lo de la regresión, no era el momento. Y ahora, pensando en ello, se le ocurrió que a ella también le gustaría vivir esa experiencia, y así ser testigo de lo que sucediera. Tenía que pensarlo bien y probablemente decidiría al día siguiente si la visitaba o no.

Un olor nauseabundo la rodeó de repente, como a suciedad, humo y humedad, todo ello mezclado, y escuchó a niños llorar y el sonido de una mujer que intentaba calmarlos... No distinguía las imágenes con claridad, lo que le provocaba aún más angustia. Vio un carruaje tirado por caballos, y un hombre gordo y feo con pinta de rico, que no pudo relacionar con nadie que conociera... y un pañuelo sucio manchado de sangre. Escuchó el sonido de los cascos de los caballos, una tos enfermiza, los llantos de los niños, y sintió un miedo terrible que hizo que se sentara en la cama de golpe. Hacía días que no había experimentado nada, ni había notado ninguna presencia a su alrededor, pero en aquel instante supo que eso estaba a punto de cambiar. Cuando consiguió deshacerse de la horrible sensación que la había rodeado, se duchó, se puso ropa deportiva y salió en dirección al paseo marítimo a reflexionar sobre sus siguientes pasos caminando deprisa al ritmo de la música de One Republic. No había llegado ni a la mitad del recorrido que había pensado hacer cuando se dirigió a la parada del bus y cogió el que la dejaría en la zona donde vivía Sonia. Seguramente, la sacaría de la cama, pero ni siquiera eso le importaba, no quería pasar ni una noche más con la posibilidad de otro sueño aterrador. Cuando llamó al timbre, la puerta se abrió sin que nadie preguntara quién era. Subió en el ascensor y, al salir, allí estaba Sonia esperándola, en pijama y bata, con las zapatillas de casa, con todo el aspecto de acabar de

levantarse, pero sin ningún rastro de sorpresa en su rostro.

—Has tardado más de lo que yo esperaba en aparecer por aquí —le dijo a Olivia guiñándole un ojo y abriendo del todo la puerta la invitó a pasar.

Una vez en el salón, la mujer la dejó allí sentada en el sofá tras ofrecerle un café, y se fue a la cocina a prepararlo. Ella la siguió. Estaba impaciente. Tenía muchas preguntas.

—Sonia, hay muchas cosas que no me quedaron claras el otro día.

—Me alegro por ti, ya somos dos.

—¿Qué tengo yo que ver en todo este follón de Alex y su tío? A ver, me pregunto si todo es una coincidencia: que yo pueda percibir cosas, que Alex y yo nos encontrásemos, que llegáramos a ti...

La mujer, dándole la taza, se dirigió de nuevo al salón haciéndole un gesto con la cabeza para que la siguiera y después la invitó a sentarse junto a la ventana.

—Olivia, si algo he aprendido a lo largo de los cientos de años que mi alma lleva vagando por el mundo es que las casualidades no existen. Siempre hay un motivo para que algo suceda, o una persona que hace que eso suceda.

Olivia la miraba interrogante, pensando aún en la frase de «los cientos de años que mi alma lleva vagando por el mundo...».

—He hecho muchas regresiones, es mi especialidad, esa y ver a los que ya se han marchado y no pueden salir de donde están, y sé que llevo mucho tiempo por aquí y que, probablemente, a juzgar por mi comportamiento en las vidas que he observado, aún me queda mucho por aprender, así que no creo que este sea mi último regreso. Cuando Jaime empezó a venir a verme, hubo un momento en el que se obsesionó con conseguir respuestas, y yo no tengo las respuestas a todas las preguntas. Hay cosas que he experimentado y cosas que doy por ciertas basándome en esas experiencias, pero solo soy una persona. En aquellas regresiones, Jaime veía a la que fue la compañera de vida de su sobrino Alex... Te veía a ti, pero aún no lo sabía.

Olivia dio un respingo, pero no preguntó porque no quería interrumpir la

historia.

—Sí. Empezó a hablar de una joven con aspecto exótico, de pelo largo moreno y enormes ojos rasgados verde esmeralda, como los de una gata. Habló de una piel sedosa y rosada, y unos labios carnosos bajo una nariz pequeña y algo puntiaguda. Yo me había hecho mi propia imagen en mi mente, pero nunca reconocí a nadie que pudiera responder a ella hasta que te vi a ti el otro día. Sin embargo, Jaime sí te había encontrado. No me preguntes cómo ni cuándo, pero un día vino diciendo que sabía quién era la compañera de Alex en esta vida, que la había visto con sus propios ojos entrar en un edificio cuya entreplanta eran oficinas. La había esperado y la había estado observando. No había posibilidad de error. Tú eras ella en su mente. Me dijo que sabía que no podías andar muy lejos si se suponía que tenías que coincidir con Alex en algún momento y yo no quise decirle que, si realmente te había encontrado, había sido porque así estaba escrito. A veces conocemos a personas que vienen de la otra punta del mundo solo para mezclarse en nuestras vidas porque así ha de ser. Podría contarte cientos de casos, pero no es el momento.

—Pero... no entiendo. Si yo soy esa mujer, y Alex y yo nos hemos conocido ya también en esta vida, ¿es que algo va a suceder?

—Me temo que sí. Creo que al encontraros habéis puesto en marcha algún tipo de mecanismo que hará que de algún modo se desencadenen ciertos acontecimientos. Ahora bien, lo que va a suceder no lo sé, pero lo que sucedió en otras épocas sí puedo decírtelo. Quizás eso arroje alguna luz sobre todo esto.

—¿Quieres decir que yo podría hacer una regresión y eso nos ayudaría?

—Quizás. Pero no creo que seas tú, por ahora, la que tenga que hacerlo. Si te das cuenta, Alex es mucho más escéptico que tú acerca de estas experiencias. Él no ha experimentado ninguna, no ha oído voces, no ha visto personas que han muerto. Solo está impactado por un sueño que le pareció muy real, pero que tarde o temprano su mente analítica interpretará de la forma más simple para que lo acepte. Es él quien tiene que convencerse de que todo lo que os

estoy contando, todo lo que Jaime descubrió, es cierto.

Tras un rato más hablando con Sonia, finalmente salió de la casa y decidió volver caminando, esa vez sin sus auriculares, para poder pensar en lo que la mujer les había contado el otro día a los dos y hacía un momento a ella.

«Tengo que convencerlo. Quizás si le hablo de mi visita a Sonia, despierte algo más de interés. Aunque tampoco quiero presionarlo, no sea que piense que estoy loca y acabe despidiéndome. Tengo que encontrar algo que me ayude... algo que le dé un motivo para hacer la regresión».

Con esa única idea que daba vueltas en su cabeza como un pez solitario en una pecera, entró de nuevo en la casa y subió a la buhardilla sin preocuparse de si Alex estaba despierto, dormido o de si estaba siquiera en la casa. Cerró la puerta y se sentó delante del ordenador para observar que el aparato se encendía antes incluso de que ella estuviera colocada delante. «Muy bien, tío Jaime, aquí estoy, a ver qué quieres enseñarme». Empezó a abrir todas las carpetas del ordenador, todos los documentos, descargas e imágenes y finalmente, tras más de dos horas de búsqueda, un dibujo la impactó. Entre las imágenes que Jaime había archivado, una de ellas –que aparecía con el título de «Juliette»– era un dibujo hecho por un lápiz experto... un dibujo de su rostro. Se llevó las manos a la boca y parpadeó un par de veces. Luego amplió un poco más la imagen. Era un dibujo a carboncillo, pero ella habría jurado que alguien lo había copiado de una foto suya. Entonces recordó a los dibujantes de retratos robots de la policía, y pensó que quizás Jaime había acudido a alguien con la descripción que tenía en su mente y la habían dibujado para él. Luego abrió algunas imágenes más y ya no le sorprendió ver fotos de ella: aparecía caminando por la calle, sentada en algún restaurante, e incluso saliendo de su antiguo trabajo. Jaime había atado cabos, por eso estaba seguro de que eran la misma persona, porque tenía una imagen real de la mujer que había visto en sus regresiones. Imprimió el retrato y, con él en la mano, se lanzó a la puerta del dormitorio de Alex y entró sin llamar. El joven salía de la ducha en aquel momento, completamente desnudo, y Olivia,

poniéndose roja como un tomate, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación pidiendo disculpas a medida que avanzaba por el pasillo. Alex ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Lo último que esperaba era encontrarla a ella en su habitación. ¿Y qué narices traía en la mano? Parecía que fuera mostrando una bandera con aquel dibujo en su mano en alto. Se quedó mirando perplejo la puerta unos instantes y luego se vistió para bajar a ver qué sucedía.

Mientras, Olivia había llegado al salón y estaba intentando recuperar el ritmo de su respiración sentada en el sofá. «¡Madre mía, madre mía, madre mía! —se repetía sin poder ordenar sus pensamientos—. ¡Está buenísimo! ¡Parecía otro con el pelo revuelto y como su madre lo trajo al mundo!! ¡Qué vergüenza, Olivia! ¿En qué estabas pensando? ¿Cómo se te ha ocurrido entrar así en su habitación?».

Por un instante se le pasó por la cabeza la que ella habría liado si hubiera sido al revés, si hubiera salido de la ducha y se hubiera encontrado con Alex... Bueno, después de todo, ella no salía al pasillo desnuda... Pero ese era otro tema... No tuvo tiempo de pensar en nada más, pues Alex apareció en el salón con gesto divertido y, más aún, cuando vio lo apurada que ella se encontraba, no pudo contener la risa.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has entrado así en mi cuarto?

Después de pedirle disculpas por enésima vez, ella por fin fue capaz de mostrarle directamente el dibujo.

—Genial. ¿Has ido al paseo a que te pinten un retrato?

Olivia por fin pudo recuperar el aliento.

—No soy yo, Alex, o sí —dijo enfadándose un poco al ver que él no abandonaba su actitud guasona—. O sí... No lo sé... Este dibujo estaba entre las fotos de tu tío, en el ordenador.

El joven dejó de sonreír de golpe y se acercó a coger el folio que ella sujetaba. Lo miró con atención y la miró a ella.

—Juraría que eres tú. ¿Y cómo no lo has encontrado antes?

—Tenía demasiado papeleo que ordenar y registrar en el ordenador como

para ponerme a fisgonear en lo que yo creía que serían fotos personales.

—¿Y por qué has mirado hoy? —preguntó Alex, sin tener aún muy claro de qué iba todo esto.

—He ido a ver a Sonia esta mañana. Y me ha dicho que tu tío Jaime «me había encontrado», por decirlo de alguna manera. Había visto mi rostro en sus regresiones y cuando dio conmigo... Bueno... parece que quiso que alguien dibujara mi cara para él.

Alex parecía algo confuso:

—¿Estás insinuando que tú y yo somos los protagonistas reales de esas vidas?

—Creo que tu tío quería decirte algo. Quizás, a raíz de que nos hemos conocido, algún tipo de fuerza ha puesto en marcha ese mecanismo que nos hace estar juntos en todas nuestras vidas.

El joven permaneció unos instantes en silencio para finalmente proponer:

—¿Y si yo hiciera la regresión? Puede que descubriera el motivo por el que hemos vuelto a coincidir... Suponiendo que no nos estemos dejando llevar por nuestras emociones.

—Son demasiadas coincidencias.

«Menos mal que ha sido idea suya —se dijo—, así, si algo sale mal, no habré tenido nada que ver». Y sonrió para sus adentros.

—Llamemos a Sonia para quedar con ella.

—La llamo yo, no te preocupes. Creo que espera la llamada.

Olivia se retiró a la cocina a hablar por teléfono y Alex se quedó en el salón dándole vueltas al asunto. De toda esa historia que le estaba costando bastante asimilar a su mente escéptica, lo que menos le cuadraba era que a lo largo de los siglos tuvieran los mismos rostros... Quizás Sonia tenía razón y eso solo era una forma del subconsciente de reconocer a quienes han compartido varias vidas, después de todo, si se podía llegar a ellas a través de la regresión, probablemente esos recuerdos estarían guardados en algún lugar de la mente relacionado con la memoria, uno al que no se pudiera acceder. ¿Y su tío

Jaime? ¿Habría compartido también sus vidas? Porque hasta ahora ninguno de los dos lo había visto en sus sueños, y en los documentos archivados no había rastro de él. Quizás simplemente se hubiera dado cuenta por casualidad, o quizás su objetivo en esta vida era descubrir esa historia de Alex y Olivia, y reunirlos para que se volviera a repetir. Olivia interrumpió sus pensamientos cuando entró al salón diciendo que Sonia proponía quedar el domingo, que era el día más tranquilo que tenía. Por supuesto, ella le había dicho que sin problema.

—Nos hemos olvidado de Jacques —dijo Olivia.

«Genial», se dijo Alex.

—Podemos quedar otro día, va a estar por aquí un tiempo —dijo intentando apagar el interés de su amiga.

—¡Oh, vamos, no seas aguafiestas! Tengo ganas de salir, de bailar, de tomar unas copas... y Jacques tiene pinta de entender de eso.

Alex ni siquiera contestó. Cogió su móvil y envió un mensaje a su amigo para proponerle quedar el viernes. De ese modo, si acababan demasiado perjudicados de su noche de fiesta, al menos tendrían el sábado para descansar. El francés no tardó en mandar un emoticono sonriente ante la proposición. Decidido, fiesta el viernes. Olivia, por su parte, invitó a Clara, con la única condición de que no se llevara a Jacques a su casa. Tenía intención de hablar con él y de conocerlo un poco. Clara lo prometió, pero de sobra sabía ella que eso no significaba nada.

La noche del viernes empezó con unos vinos en varias tabernas típicas de la ciudad, que era lo que solían hacer cuando salían. Clara se había vestido bastante discretamente para la ocasión, una falda corta, pero no demasiado, unos botines de tacón, pero sin pasarse, una chaqueta negra de cuero y un jersey de punto largo y suelto, gris oscuro con hilos brillantes. Olivia optó por un vestido corto también, azul eléctrico, medias negras y zapatos de tacón negros también. Para aguantar el fresco de la noche llevaba un abrigo de entretiempo en tono blanco roto y de tejido adamascado que sabía que, si no

dejaba en el coche, lo acabaría perdiendo. Jacques, además de su acento francés y su picardía española, fue ataviado con un pantalón caqui tipo chino y una camisa granate. Traía una americana azul marino con coderas para acentuar el aire de *gentleman* informal que siempre lo acompañaba, por lo poco que Olivia había podido observar.

La noche empezó como empiezan las noches de fiesta: charlando animadamente. En ese caso no faltaron anécdotas de cuando Jacques y Alex eran pequeños e iban juntos al colegio. Como cada año, el francés se puso al día con respecto a los demás chavales que iban a la misma clase. Casi ninguno se había movido de la zona, la mayoría se habían asentado allí y se habían casado. Muchos incluso tenían hijos. De ahí pasaron a comparar sus vidas con las del resto de la gente que conocían y, al tiempo que cambiaban de tema, lo hacían también de local, hasta que sobre las doce y media de la noche acabaron en el que siempre se quedaban hasta bien entrada la madrugada, bailando y tomando unas copas.

Jacques no había dejado ni un momento de mirar a Olivia, de adularla, de mostrar todo su interés por ella, mientras ella se dejaba querer, o al menos no parecía muy disgustada con ello. Alex, sin embargo, estaba molesto y muy concentrado en que no se le notara demasiado. Se había ido apartando de Olivia a lo largo de la noche a medida que Jacques iba lanzando sus redes y ella parecía ir dejándose pescar. Así fue como acabó sentado junto a Clara en una de las mesas de la zona más apartada de la pista, donde al menos se podía hablar gracias a que el ruido no era allí tan atronador. A Clara le encantaba bailar, pero había notado que Alex estaba incómodo y pensó que sería buena idea quedarse con él. Y ya de paso ayudarlo a que se aclarara respecto a Olivia.

—¿Y cuándo piensas decirle a Olivia que estás colado por ella? —soltó sin previo aviso.

Alex reaccionó como si acabara de caerse de un quinto piso y por fin apartó los ojos de la pista de baile, donde los otros dos no paraban de bailar y reír.

—¿Qué? —dijo como si no fuera con él la cosa.

—Conmigo no tienes que disimular. Se te ve al kilómetro que estás hecho polvo por ella. Te gusta casi desde la primera vez que os visteis. Y tú a ella.

—Pues lo disimula bastante bien, ¿no te parece? —dijo señalando a la pareja con la barbilla.

—¿En serio crees que le gusta Jacques? ¡Qué poco conoces a las mujeres!

—Está como embobada desde que lo conoció. No para de hablar de él, y él... bueno... Ya estás viendo que él va a por todas.

—Olivia no es tonta, Alex. No es una niñata al que un guaperas mujeriego puede engañar. A ver, no te digo que no la impresionara un poco al principio. ¡Joder! ¿A quién no le impresiona ese acento, ese aspecto y esa forma de ser? Es como un torbellino. Pero se lo ve venir de lejos. No es de los que se enamoran con facilidad. Puede que esté aprovechando que Jacques esté por aquí para hacerte reaccionar.

—Al menos espero que ella lo vea con tanta claridad como lo ves tú.

—Créeme, lo ve. ¿No te ha contado por qué dejó su anterior trabajo?

Ahora que caía en la cuenta, nunca se había atrevido a preguntarlo, y Olivia tampoco había demostrado ningún interés por contárselo, así que no, no tenía ni idea y negó con la cabeza.

—Su jefe era igualito a tu amigo francés. Guapo, divertido, con el dinero suficiente como para llamar la atención...

—¿La acosó?

—¡Qué va! Olivia no es de las que se dejan acosar. Él quería rollo, ella no, él tenía novia y la novia se enteró de que andaba detrás de Olivia... Imagínate el resto. Pero sin traumas ni cosas raras. La novia del tipo pasaba de vez en cuando por el trabajo para dejar claro quién mandaba, él le dijo a Olivia por activa y por pasiva que la dejaría en cuanto ella dijera que quería tener algo con él... Y Olivia se cansó de tanta historia. Se aburrió. Ella solo quería ir allí a hacer su trabajo y no se encontraba cómoda, así que lo dejó.

Alex pensó que era lo que hubiera esperado de ella. Lo que no esperaba era

que se dejara impresionar tanto por Jacques. Mientras daba un trago a su copa de ron, se le ocurrió que, si lo que estaba esperando Olivia era que le dejara las cosas claras, quizás ese era el mejor momento. Un trago más le dio el empujón que necesitaba para levantarse e ir a la pista de bailarse a unirse a ellos. Pero cuando llegó no los encontró por ninguna parte. Después de inspeccionar la zona, barra y zona de mesas incluidas, volvió a su mesa donde no había nadie, pues Clara se había lanzado a la pista con un grupo de gente a la que conocía. «Supongo que esta vez Clara se equivoca», se dijo a sí mismo mientras se terminaba la copa para luego abandonar el local con gesto derrotado. Salió a dar un paseo por las calles que en aquel momento hervían de gente que charlaba, reía y bebía. No en vano el clima de esta ciudad a esas alturas del año invitaba prácticamente a vivir en la calle, en las terrazas, que estaban también abarrotadas de turistas y gente de toda la provincia. El tiempo tan cálido, con apenas una suave brisa, recordaba que el verano ya estaba llamando a la puerta. Al cabo de un buen rato, tomó un taxi y se fue derecho a casa con la sensación de haber dejado escapar su mejor oportunidad para contarle a Olivia lo que sentía por ella. Lo que más le fastidiaba era que no tenía sueño, se había hecho a la idea de que sería una noche larga de fiesta y ahora le costaría conciliar el sueño. Se sirvió otro ron y salió al cenador a ver las estrellas. No quiso encender las guirnaldas que trepaban a modo de enredaderas por las columnas que llegaban al techo, para poder disfrutar del espectáculo que le ofrecía la naturaleza. No quería pensar. Desplegó una de las tumbonas del jardín y, tumbándose, dejó en el suelo la copa. Allí permaneció un buen rato pensando en cuál sería su siguiente paso, en la cita que tenía con Sonia para llevar a cabo la regresión, que en realidad era una idea que no le agradaba demasiado. Su única motivación, además de lo intrigado que estaba ya, era que su tío esperaba de él que llegara hasta el final, y no podía defraudarlo. Pasó una hora, quizás dos... no le prestó demasiada atención al tiempo, y de repente se encendió la guirnalda que adornaba el cenador. Se sentó sobresaltado, recordando las historias que le

había contado Olivia sobre sus fantasmas y los ruidos extraños y sensaciones que había experimentado desde que estaba en la casa. Al mirar hacia la puerta que comunicaba el jardín con la casa, la vio... Era Olivia, que bajó las escaleras con los zapatos en la mano hasta llegar al centro del cenador, donde él se había colocado a esperarla.

—¿Una noche aburrida, jefe? —le preguntó ella casi susurrando al encontrarse frente a él.

—Francamente, espero que te hayas divertido más que yo —contestó él con gesto molesto.

—No me he divertido mucho —dijo ella—. ¿Cómo es que has vuelto tan pronto?

—En realidad, llevo aquí ya un buen rato. De repente, me quedé solo y decidí venirme para casa.

—Clara y yo te estuvimos buscando —comentó Olivia despreocupadamente.

—¿Clara y tú? ¿Y Jacques? —preguntó él sorprendido.

—Jacques desapareció también.

—¿No estaba contigo?

—Estuvo conmigo un rato, sí, pero después lo perdí de vista. Al final, nos quedamos solas, Clara y yo. Bailamos un rato y nos aburrimos.

—Creí que te habías marchado con él —comentó con cara de niño enfadado.

Olivia frunció el ceño ante el comentario del joven. No sabía muy bien qué decir, pero sí sabía que no era el momento de quedarse en silencio.

—¿Yo? ¿A solas con Jacques? ¡Ni loca!

—Me alegro, en serio —dijo él sinceramente, acercándose a ella un poco más. Apenas los separaba medio metro de distancia.

—Me alegro de que te alegres —contestó ella, dando un par de pasos de forma que ahora casi se rozaban—. Estoy un poco harta de jugar —susurró.

Alex la miró fijamente sin querer romper el silencio que los rodeaba, solo interrumpido por el sonido de algún grillo. Se miraron a los ojos como si hubieran llegado a un destino que habían estado buscando durante mucho

tiempo. Ninguno de los dos lo dudó un instante. Él se atrevió a cogerla por la cintura con sus manos, que casi se unían la una a la otra sin dejar de mirarla, y ella lo atrajo hacia sí colocando sus manos alrededor de su cuello. Si hubiera sabido que iba a ser tan fácil, que solamente rozarlo la iba a hacer sentir como si acabara de regresar a casa, como si hubiera descubierto que había echado tanto de menos algo que juraría que ya había tenido, lo hubiera hecho mucho antes. Sus labios húmedos dulces por el sabor del ron, el ligero aroma a mandarina y canela que desprendía su cuello, su respiración entrecortada por la excitación de un momento que ambos habían estado esperando con muchas más ganas de las que se atrevían a reconocer hubieran sido la excusa perfecta para dejarse llevar, pero Olivia no era de las que se dejaban llevar. Quizás ese fuera su principal defecto, el tratar de hacer todo siguiendo los pasos oportunos, pero siempre había sido así, sosegada, paciente y hasta entonces jamás se había arrepentido. Poco le quedaba al cielo de oscuridad y de estrellas, pues podía vislumbrarse el malva oscuro del amanecer en el horizonte mientras los dos se besaban iluminados por las guirnaldas.

Alexander y Catherine

Cuando llegaron a casa de Sonia aquella tarde, la mujer los estaba esperando y los hizo pasar a una estancia que había al fondo del pasillo y que hasta ese momento nunca habían visto abierta. Tenía un diván que parecía muy cómodo y unas cuantas velas, pero aparte de eso nada hacía pensar que ese cuarto se utilizara para contactar con el más allá, o con otras vidas. «Esperaba otra cosa», pensó Olivia cerrando la puerta tras de sí como le había pedido Sonia.

—Esperabas algo distinto, ¿no? —dijo Sonia como si pudiera leer su mente—. Supongo que debería poner por aquí unos budas, o unas fotos de Cuarto Milenio, no sé por cuál de esas cosas decidirme —añadió y sonrió.

Por su parte, tanto Alex como Olivia estaban tan impresionados que no fueron capaces de pronunciar palabra. Para ellos esa sería su oportunidad de descubrir cuál era el propósito de haberse encontrado de nuevo. Por el camino habían estado hablando de ello, y ambos habían coincidido en que quizás tenían que llevar a cabo algo juntos, continuar con algo que empezó aquella noche en el siglo XVII. La mujer le pidió a Alex que se tumbara en el diván y Olivia se sentó a su lado en una silla. Sonia se colocó también en una silla junto a él y le pidió que cerrara los ojos y simplemente se dejara llevar por su voz. Para ayudarlo a alcanzar el estado mental necesario para el objetivo que querían conseguir, que Alex pudiera contactar con sus otras vidas, Sonia utilizó una técnica muy sencilla, y lo hizo entrar en un estado de semitrance

ayudándolo a relajar cada parte de su cuerpo una a una, a sentirse como si se hundiera poco a poco en una arena fina y blanda. En cuestión de quince minutos el joven estaba preparado para dejarse llevar por la voz de Sonia hacia el lugar en el que su yo pasado quisiera recibirlo esa vez.

—¿Qué ves, Alex? ¿Puedes contárnoslo?

—Es un lugar sucio, huele mal, parece una calle de alguna ciudad antigua.

—¿Puedes distinguir de qué época se trata?

—No lo sé. Pero no es actual. Las calles no tienen asfalto y circulan carruajes y carretas tiradas por animales. Hay mujeres con vestidos largos, pero están sucias y sus ropas también. Me recuerda a una de esas películas basadas en las novelas de Charles Dickens. Hay humo y el suelo desprende humedad y calor... La calle está sucia, hay basura en todos los rincones.

El centro de Londres era una mezcla horrible y nauseabunda de humo y niebla en una época que no era del todo antigua, pero tampoco del todo moderna. Era la época en que viejos artefactos y costumbres chocaban con otros nuevos. Las calles en las que se encontraba estaban sucias y abarrotadas de gente, aparte de los habitantes de aquella zona, que se movían apresurados de un lugar a otro, mujeres sucias con ropajes zurcidos y zapatos desgastados, que se ofrecían sin ningún tipo de miramiento a quienes quisieran pagar sus servicios y así poder conseguir algo para comer. Otros, hombres y mujeres, permanecían tirados en el suelo, hambrientos, mendigando un trozo de pan que llevarse a la boca. Y mientras, el resto del mundo pasaba por su lado ignorándolos por completo. A medida que avanzaba hacia el fondo de la calle, que desembocaba en una plaza más amplia, con el suelo de piedra, pudo observar a mucha más gente que corría de un lado a otro por la mañana temprano para entrar a trabajar en lo que parecían fábricas o talleres antiguos. Allí permanecerían hasta la noche, trabajando duramente en un nuevo estado de cosas en el que lo nuevo había llegado de repente para romper todos los

esquemas. Fábricas que producían piezas del incipiente progreso, que luego eran pulidas y perfeccionadas en los talleres que las rodeaban. Dentro de uno de los talleres, el ritmo de trabajo era agotador, bajo la mirada amenazadora y entrecerrada de los capataces, que eran prácticamente dueños de quienes se encontraban allí, pues su labor era hacerlos trabajar como bestias, imponiendo todo tipo de sanciones, ya fueran económicas –como no pagarles o echarlos a la calle– o físicas –como azotarlos duramente con varas y látigos–. Ese tipo de torturas se extendió en los primeros años de la revolución industrial. Alrededor de las fábricas se construían verdaderos guetos para alojar a los miles de trabajadores que no tenían dónde caerse muertos y que tenían que vivir allí. En habitaciones separadas por tristes cortinas rasgadas y sucias, hombres, mujeres y niños, hacinados como basura, dormían cinco o seis horas por la noche para después trabajar durante todo el día por algo de comida y dinero con el que poder sobrevivir... si era que lo que sus ojos estaban viendo podía llamarse vida. Aparte de los salarios vergonzosamente bajos, las horas de trabajo agotador y la durísima disciplina, otro gran problema eran las casas insalubres donde vivían los trabajadores, que se veían a merced de todo tipo de enfermedades, especialmente de la tuberculosis. Los hombres buscaban algo de consuelo en el alcohol y en las prostitutas mientras que las mujeres averiguaban a muy temprana edad que sus cuerpos podían conseguirles algo de comida y otras cosas que no podían obtener de otro modo.

En una de las nuevas fábricas, una preciosa mujer, en la que los estragos del exceso de trabajo y sacrificio habían hecho mella, contaba los minutos para volver a casa con su marido y su hijo. Se había quedado en casa a su cuidado y sabía que no estaría de muy buen humor, nunca lo estaba últimamente. La época de recolección había sido un completo desastre, y los pocos cultivos que se habían molestado en asomar habían sido tan precarios que no merecía la pena ir al campo a recoger la cosecha. Ella estaba contenta, aunque solo fuera por el hecho de que su marido se había quedado al cuidado de su pequeño Charlie, su hijo de seis años, que estaba muy enfermo y que

empeoraba cada día que pasaba. Todo había empezado con un simple resfriado... ¡Sentía tanto no haberle prestado más atención! Pero ella nunca había pensado que pudiera convertirse en algo más serio. Luego apareció la fiebre alta, la sangre que expulsaba cada vez que tosía, y ella tuvo que asumir que no había nada que pudiera hacer por su pequeño, tan solo acompañarlo en su lenta agonía hasta que pudiera abandonar este mundo. Su marido negaba lo evidente diciéndose a sí mismo que aún era posible un milagro, que cosas más extrañas pasaban cada día y que algo bueno tenía que sucederles a ellos después de tanta miseria y sufrimiento. Y con todo el dolor de su corazón ella abandonaba su casa cada día para ir a trabajar a la fábrica donde se dedicaba a teñir la lana y el algodón que les traían los capataces desde el centro de la ciudad. Sus manos estaban cosidas de cicatrices debido a los nuevos tintes, que permitían que se pudiera tinter más materia prima con la mitad de producto. A veces le dolían tanto que lloraba mientras trabajaba. Sus ojos siempre estaban enrojecidos y rodeados por enormes círculos marrones que oscurecían su otrora angelical rostro. Siempre había sido preciosa y siempre se había maldecido a sí misma por ello, pues su belleza solamente le trajo desgracia a su vida.

Cuando vio acercarse al dueño del taller donde trabajaba, su corazón y su estómago dieron un vuelco simultáneo. Ella sabía lo que sucedería después, ya lo había vivido en otras ocasiones. El apuesto señor Smith sabía que era pobre y que estaba casada con un hombre tan pobre como ella. También sabía que lo único que tenía era una casucha en ruinas en el campo y un niño enfermo que no tardaría en abandonar el mundo de los vivos. Y lo mejor que se le había ocurrido hacer con esa información había sido ofrecerle una buena suma de dinero a cambio de que pasara una noche con él. Eso y la promesa de que al menos así no sería despedida, como sus otras compañeras que se habían negado a sus pretensiones. A ninguna mujer le sería difícil entregarse a alguien como él, alto y atractivo, a pesar de su mirada lasciva y ese brillo en sus ojos cada vez que la miraba, que no dejaba lugar a dudas de lo que quería. Pero

ella era muy inteligente, tenía claro que, si se entregaba a aquel hombre, podían pasar dos cosas, a cuál más terrible: que no tuviera nunca suficiente y no la dejara en paz, o que la arrojara a la calle como a un saco de basura cuando hubiera obtenido lo que tanto ansiaba. Además, por muy pobres que fueran, ella amaba a su marido. Estaban juntos casi desde que tenían uso de razón y había sido el ser más noble, más dulce y más apasionado que jamás había conocido, porque en sus ojos jamás asomó un reproche, una duda o un rastro de maldad. Era su hombre, su marido, su amigo, el padre de su hijo, su alma gemela. Si alguna vez pensó en satisfacer los deseos de aquel tipo fue solamente porque creía que, si conseguía algo de dinero, podría salvar a su hijo. Pero ya había aceptado que eso no era posible, había visto morir a demasiada gente de aquella enfermedad que se había instalado en los suburbios. Sabía que él esperaba una respuesta desde hacía un tiempo y también que tarde o temprano perdería la paciencia, aunque no sería hoy cuando eso sucedería a juzgar por la sus ojos llenos de lujuria y la sonrisa descarada con que la estaba contemplando en aquel instante.

Cuando volvió a casa aquella noche, su marido estaba durmiendo con el niño, que estaba sudando y ardiendo. Ella se acercó al colchón en el suelo que hacía las veces de cama y besó a los dos amores de su vida. El pequeño Charlie desprendía el calor de una ascua y su marido parecía estar teniendo una pesadilla, pues temblaba y repetía: «Ha llegado el momento... Sabrás lo que has de hacer... Nos veremos pronto...». El hombre podía oler el aliento de una criatura infernal, caliente y pegajoso, y no podía dejar de repetir esas palabras. Saltó del colchón sin saber muy bien dónde se encontraba, con la vista completamente perdida en otro mundo, tal vez en otro lugar y otro tiempo. Al fin, vio a su mujer que, sentada en el suelo a su lado, trataba de calmarlo.

—¡Dios, era una pesadilla! —logró murmurar—. Hola, Catherine, amor —dijo besando en los labios a su esposa.

—Hola —susurró ella muy bajito—. ¿Te acuerdas de lo que estabas

soñando?

Él negó con la cabeza, pero mentía, sin embargo, tenía la extraña sensación de que debía guardar aquel secreto, sobre todo de su esposa. Ambos miraron a su hijo sin ninguna esperanza de que hubiera reacción alguna, pues hacía días que no la había.

—¿Alguna mejoría?

—No, ni siquiera ha abierto los ojos.

Olivia tosió y su esposo la miró preocupado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... solo estoy cansada.

Al mirarla a los ojos, su mirada fue mucho más allá de su precioso rostro, como si durante unos instantes pudiera ver su alma. Sintió su dolor y su cansancio físico y mental, y también sintió que su corazón se hallaba atrapado bajo una pesada losa... No sabía lo que era, pero la conocía bien... Le ocultaba algo que la hacía sentir... vergüenza.

—¿De verdad estás bien? —insistió.

—Alexander, estoy bien.

Pero él sabía que estaba mintiendo, de alguna forma podía sentirlo. Catherine evitó su mirada y se acercó a la chimenea a poner un poco de agua a hervir con algo de verdura y un hueso, para preparar algo parecido a un caldo que al menos calentara sus estómagos, ya que sus almas no encontrarían calor jamás. Luego de un buen rato de estar al fuego, al fin sirvió unos cuencos que ella y su marido tomaron agradecidos, aun sabiendo que no era suficiente para reponerlos del duro día que habían vivido y prepararlos para los próximos igualmente crueles que los esperaban. Exhaustos, se fueron a dormir a otro colchón un poco más grande que estaba justo al lado del de su hijo. Había una cortina que podían correr si quisieran, pero Catherine no dejaría de descorrerla durante toda la noche para comprobar si su hijo aún respiraba.

A la mañana siguiente, antes del amanecer como cada día, Alexander acercó a su esposa a la fábrica en un viejo carro tirado por un caballo más viejo aún,

que ni él mismo sabía cómo permanecía todavía en pie. Pero aquel día no se volvió a casa enseguida para cuidar del pequeño Charlie, que no parecía que fuera a cambiar inmediatamente de estado de salud. Se quedó rezagado en una calle cercana desde donde podía divisar la entrada del taller donde trabajaba su mujer y allí permaneció esperando sin saber muy bien qué o a quién. Hasta que aquel hombre alto, moreno y bien vestido apareció en la puerta un rato después seguido por su Catherine que, a juzgar por la expresión de su rostro, se encontraba incómoda y asqueada. Se echó hacia atrás todo lo que pudo mientras el hombre paseaba sus asquerosas manos por su rostro. Una ira incontrollable se apoderó de Alexander, y un deseo irrefrenable de lanzarse hacia él y arrancarle la piel a tiras. Pero era de día y había demasiada gente, no hubiera sido muy inteligente por su parte y habría acabado en la cárcel o en la horca. Respiró profundamente y trató de calmarse. Luego volvió a su vieja casa donde su hijo lo estaba esperando sin el menor rastro de mejoría. Allí esperaba a que ella volviera para cenar su brebaje de agua caliente con verdura y luego dormir juntos. Cuando ambos estaban dormidos, abrazados para poder disfrutar del único momento de paz con el que contaban cada día, la peor pesadilla de Alexander se hizo realidad al escuchar a su mujer toser levemente, y darse cuenta de que había sangre en su hombro, donde ella tenía la cabeza apoyada. Cerró los ojos y dejó escapar dos lágrimas furtivas. Si su mujer y su hijo morían, él no quería vivir. Haría cualquier cosa para marcharse con ellos. Tardó mucho rato en dormirse, pero finalmente el sueño lo venció y la horrible criatura con la que había soñado unos días antes volvió a aparecer en su mente. «El momento ha llegado, Alexander. Recuerda tu promesa», le decía una voz que retumbaba en su cabeza de forma que le era imposible discernir si procedía de fuera o de dentro de su cabeza. Entonces, soñó con un hombre vestido de negro y con una mujer embarazada que flotaba muerta en su propia sangre, y un viejo pergamino donde él mismo dejaba caer gotas de la suya... Todo fue real de repente. Y recordó. No eran sueños. Era su pacto, el mismo que venía arrastrando desde aquella época. Y había llegado el

momento de empezar a cumplirlo. Se despertó de golpe y pensó en el hombre que había estado molestando a su mujer en la fábrica, y lo asaltaron imágenes de ese mismo hombre en un callejón de mala muerte de la ciudad: poseía sin piedad a una joven que era una niña aún y que lloraba en silencio por el dolor y la vergüenza. Y lo supo. La única libertad de la que disfrutaba Alexander en su pacto era la de escoger a su víctima, y esa noche su víctima sería ese hombre. Sabía perfectamente dónde podía encontrarlo, sabía los lugares que a ese tipo de hombres les gustaba frecuentar. Se levantó en mitad de la noche, se vistió y salió en silencio de camino a la ciudad.

Cuando llegó, la calle estaba llena de prostitutas que paseaban sus famélicos cuerpos y sus rostros enjutos, donde destacaban las mandíbulas huesudas y las sonrisas desdentadas. Se vendían a cualquiera que pudiera darles algo de dinero para poder comprar comida para toda su familia. Y, efectivamente, allí estaba aquel ser inmundo paseando sus manos por los cuerpos de las más jóvenes e inocentes, las que habían ido allí porque alguien les había contado que de esa forma podrían conseguir comida para los suyos. En esos días las calles eran un lugar peligroso incluso para ellas. Corría la historia de un hombre que secuestraba prostitutas en las noches más oscuras y las asesinaba de un modo salvaje, desgarrando sus vientres y sacándoles los órganos. Los periódicos ya lo habían mencionado alguna vez y, aunque esas mujeres no sabían leer, los rumores se habían extendido por toda la ciudad. Sin embargo, el hambre y la miseria, propias y de las personas a las que se amaba, eran peores que la peor de las muertes, así que esas mujeres seguían vendiendo sus cuerpos a pesar de saberse perseguidas por aquel a quien llamaban Jack el destripador.

Alexander vio cómo el hombre llevaba a la joven a un callejón aún más angosto y oscuro, y se apostó detrás de unos enormes barriles a esperar el momento de actuar. El tipo le propinó un golpe certero en la cabeza a la chica con un objeto que él no podía distinguir desde su escondite y, sacando una especie de estuche de cuero de sus ropas, lo abrió en el suelo junto a la joven

inconsciente. Miró a contraluz algunos objetos que Alexander identificó finalmente como instrumentos de los que usaban los médicos y sintió cómo la sangre hervía en su interior. En su mente, una única idea: matar al asesino. Su respiración se aceleró y sintió una ola de calor de los pies a la cabeza que lo empujó a salir de donde estaba escondido y, arrebatándole el instrumento, lo usó para abrirle el cuello de un extremo a otro. Los terribles sonidos que el hombre emitió intentando respirar, agarrándose el cuello con ambas manos para poder gritar, se apagaron cuando Alexander le cubrió la nariz y la boca con sus propias manos hasta que por fin su miserable alma abandonó su cuerpo. Huyó de allí antes de que la chica pudiera despertarse y volvió a su casa cuando ya estaba amaneciendo. Por el camino se quitó la camisa manchada de sangre y se detuvo en un pozo para lavarse, a pesar de que el agua estaba fría como el hielo. Al llegar junto a su esposa, tiritando se metió en la cama con ella, buscando un poco de calor que le calentara el cuerpo y le devolviera un poco de paz. Ella, dándose la vuelta, le dio un suave beso en la mejilla aún adormilada y le susurró que el pequeño Charlie había abierto los ojos y había tomado un poco de sopa. Alexander suspiró aliviado y casi sonrió. Y supo que haría lo que acababa de hacer cuantas veces fuera necesario.

Sonia recuperó a Alex poco a poco del mundo en el que lo había sumergido con breves y concisas instrucciones hasta que el joven empezó a volver a su estado consciente. Abrió los ojos despacio y pareció que no sabía dónde se encontraba. Cuando vio a Olivia sentada junto a él, sonrió débilmente, medio adormilado como se encontraba. Poco a poco se fue incorporando hasta que se sentó en el diván.

—¿Y bien? —preguntó mirando a Sonia.

—¿Qué te ha parecido tu viaje?

—Desesperante, frustrante, aterrador... ¿sigo?

—¿Has reconocido a alguien?

Él miró a Olivia sin parpadear antes de decir que era ella la que lo había acompañado en su viaje. La mujer, tomándole la mano, concluyó:

—Creo que ya está claro que tu compañera de vida es Olivia y que probablemente ahora que os habéis conocido la historia vuelva a repetirse, quizás ese sea el propósito de vuestros encuentros en cada reencarnación.

—¿Estás insinuando que me voy a convertir en un asesino? —preguntó él bromeando—. Porque, la verdad, no lo veo.

—Tampoco parecías saberlo en las dos vidas que has visitado... y sucedió. El destino repartió las cartas para que todo acabara como tenía que acabar.

Él cambió el gesto a uno mucho más serio.

—No sé... todo esto me parece tan extraño... tan irreal...

—Lo sé.

—¿Qué opinas tú, Olivia? —preguntó Alex a la chica, que no había pronunciado palabra desde que él había abierto los ojos.

—Creo que habrá que ir viendo cómo se desarrollan los acontecimientos. ¿Si creo que es posible? Sí. Pero tengo muchas preguntas —contestó mirando a Sonia—. ¿Qué tienen que ver las reencarnaciones con la existencia del Diablo tal y como lo conocemos? Quiero decir, en el sentido bíblico.

—El Diablo es el nombre que le damos al mal. Todos sabemos que el bien y el mal existen, y que uno no podría existir sin el otro. Al igual que el hecho de que os hayamos percibido con vuestros rostros, con la misma identidad que tenéis ahora, no tiene por qué ser así, el Diablo puede no ser más que una fuerza que empuja a Alex a transformarse en un asesino en cada una de sus vidas, y tú, Olivia, quizás seas la única razón por la que él lo haría. Me gustaría tener una mejor explicación, pero solo soy un ser humano como vosotros. No creo en el cielo ni en el infierno, pero sí creo que hay un motivo por el que venimos al mundo, en muchos casos una y otra vez. O tenemos que aprender algo o hacer que alguien lo aprenda.

—¿Y qué he aprendido yo a lo largo de estos siglos si sigo repitiendo las

mismas acciones una y otra vez? —preguntó el joven intrigado.

—Esa es una muy buena pregunta. Y te aseguro que la respuesta aparecerá en cualquier momento.

—Yo... Yo no quiero convertirme en eso.

—Puede que ese sea tu objetivo, aprender a no hacerlo.

Los tres permanecieron unos segundos en silencio, cada uno barajando todas las posibilidades que sus mentes eran capaces de arrojar. «Si todo se desencadena cuando empezamos nuestra relación, quizás sería buena idea no hacerlo», se decía Olivia a sí misma. «Debió haberseme ocurrido antes». Alex, por su parte, se encontraba aún algo confuso tras lo que acababa de experimentar y no podía pensar con demasiada claridad. Imágenes de su regresión se mezclaban con las de su sueño durante su estancia en el hospital, y su mente rechazaba que todo eso, tan irracional y tan intangible, pudiera tener alguna posibilidad de ser real. Lo que sí era real era lo que por fin estaba reconociendo que sentía por Olivia. Quizás toda esa historia era simplemente la excusa que el destino les había puesto delante para que se conocieran. Quizás pudieran hacer otras regresiones que cambiaran la percepción que tenían en ese momento de sus otras existencias. Sonia, más acostumbrada a lidiar con asuntos del más allá, temía que en realidad al conocerse hubieran propiciado que la historia empezara a repetirse de nuevo. No obstante, no podía imaginar qué tendría que suceder para que un joven guapo, sin ningún tipo de necesidad económica, con un trabajo estupendo, acabara transformándose en un asesino en esta vida. Probablemente, tendrían que intentar alguna otra regresión para descubrir si había habido algún cambio que pudiera afectarlos en esta realidad.

Intercambiaron sus impresiones, pero de nuevo se detuvieron en un punto muerto en el que ninguno de los tres tenía una explicación completa que ofrecer, así que, al cabo de una hora más o menos, Alex y Olivia volvieron a casa. Durante el camino de vuelta, Olivia no dijo nada. No sabía qué decir que no hubiera hablado ya a lo largo de la tarde, y Alex permaneció inmerso en sus

pensamientos mientras conducía. La miró un par de veces buscando sus ojos, pero ella no le devolvió la mirada. Ya en casa, ella se dirigió a su cuarto alegando que no tenía hambre y él se metió en la cocina a rebuscar en el frigorífico algo que le apeteciera comer. A eso de las diez de la noche, el timbre de la puerta sonó y Alex salió a abrir. Era Jacques, que venía derrochando simpatía y elegancia, como siempre, perfumado y arreglado, listo para salir de fiesta.

—¡Jacques! —dijo sorprendido—. Lo siento, no tengo ganas de salir.

—Tranquilo, *mon ami*, no vengo a buscarte a ti. Vengo a por tu compañera. —sonrió el francés triunfante.

—¿Vais a salir Olivia y tú? ¿Los dos solos? —preguntó Alex extrañado.

—*Mais oui*. Olivia me ha llamado para salir a tomar algo. ¿Puedo pasar o vas a dejarme en esta... ¿cómo se llama esto de madera?

—¿Verja?

—Eso... en esta verja.

Alex apretó el interruptor y abrió la verja para que su amigo pudiera entrar. Olivia le había dicho que iba a leer un rato y a ver la tele en su cuarto porque no tenía ganas de cenar, y en realidad lo había llamado a él para quedar. Ahora sí que estaba totalmente fuera de juego.

Cuando entraron en el recibidor, ella ya bajaba las escaleras, y Alex, que creía que no podría llevarse más sorpresas ese día, descubrió que no era cierto al verla bajar con aquel mini vestido y aquellos zapatos de tacón, incluso con algo de maquillaje y oliendo al perfume que a él tanto le gustaba.

—*Mon Dieu!* —exclamó Jacques sin ocultar su asombro—. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Alex puso los ojos en blanco antes de mirarlo y luego se giró a mirar a Olivia de nuevo.

—Vaya, Olivia... Estás preciosa —dijo tímidamente—. No sabía que fueras a salir.

—La verdad es que yo tampoco, pero de repente me apeteció salir a tomar

algo y a bailar. Y sabía que podía contar con él para eso —dijo sonriendo al amigo de Alex, que no le quitaba ojo.

Cuando ella llegó al fondo de las escaleras, él le ofreció su brazo.

—*Mademoiselle...*

Ella lo tomó y salieron juntos camino del paseo marítimo, en busca de algún lugar donde cenar. Alex no podía salir de su asombro. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no le había dicho a él que quería salir? Quizás se había dejado llevar demasiado por lo de la otra noche y para ella simplemente había sido un beso, no el comienzo de algo especial entre ellos. ¡Pero con Jacques! Sabía de sobra el tipo de hombre que era... él mismo se lo había dicho. Cuando pudo cerrar la boca, volvió dentro y se fue al salón a tumbarse en el sofá y ver una película. No sabía qué pensar, así que decidió que mejor no pensaría en nada, y si había algo para lo que Alex tenía una habilidad especial era para ignorar lo que no le gustaba, aunque esa vez no lo iba a tener nada fácil. Ni las palomitas, ni el refresco, ni la película lograron distraerlo y presintió, a eso de las dos de la madrugada, que ya no iba a poder dormir.

Jacques y Olivia se detuvieron en uno de los restaurantes que había a pie de playa después de pasear y charlar un rato, y pidieron marisco variado y vino blanco para acompañar. A Olivia le encantaban las dos cosas y no dudó en decírselo a su acompañante.

—Otra cosa que tenemos en común —dijo él mientras brindaban—. Si te pregunto algo, ¿me dirás la verdad?

—No veo por qué iba a mentirte. No te conozco lo suficiente —contestó ella sonriendo.

Él sonrió también:

—¿Hay algo entre Alex y tú?

—Vaya, eso no me lo esperaba. En realidad, no.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Pues que no, que solo somos compañeros de casa y bueno, ya sabes, trabajo para él.

—Es todo lo que necesitaba saber.

—Jacques —continuó ella—, no quiero que te sientas mal, pero yo solo he salido contigo para cenar y pasar un rato agradable. No conozco aquí a nadie, y Clara había quedado...

—Fantástico —dijo el francés con tono irónico—. Así que soy tu tercera opción.

—¡No! No me malinterpretes. Ahora ya no sé qué decir.

—Tranquila, Olivia. Estoy contento de que hayas pensado en mí para salir. Si te ha molestado que te preguntara lo de Alex...

—No, tranquilo, no es eso... Es que no quiero que pienses...

—No te preocupes. Yo no pienso.

Olivia sonrió. Estaba claro que de ninguna manera Jacques iba a aceptar que le explicara que no tenía ninguna intención especial con él, solo pasar un buen rato. Quizás esa era su manera de no perder la esperanza del todo.

Lo cierto era que ambos pasaron una velada muy agradable, él, hablándole de su vida en el país vecino, de por qué nunca había pensado en volver a España, de lo enamorado que estaba de Francia. Ella le habló de su anterior trabajo, de cómo había conocido a Alex, de Clara y de sus planes para el futuro, que no se acababan en lo que estaba haciendo en esos momentos. Tenía intención de montar su propia empresa en cuanto terminara su contrato con Alex, quería ser su propia jefa, a pesar de saber lo que ello conllevaba. No acabaron bailando esa vez, sino sentados escuchando *jazz* en vivo en otro de los locales de la playa y tomando mojitos hasta bien entrada la madrugada. Ni siquiera tuvieron que coger el coche, pues no se movieron de la zona que quedaba cerca de la casa de Alex. Sobre las cinco de la madrugada volvieron caminando hasta la casa y se detuvieron en la verja de la entrada. Mientras se despedían, y sin que Olivia supiera cómo había sucedido, Jacques le dio un beso en la mejilla. Ella lo miró sin saber muy bien cómo reaccionar. No había

sido algo malintencionado, quizás él tenía esa costumbre. El caso fue que no le dijo nada, simplemente se separó de él y le dio las buenas noches mientras cerraba la verja tras de sí. Pensó que, como golpe de efecto, lo de salir con Jacques había puesto punto final a lo que fuera que pudieran haber empezado Alex y ella la otra noche. Lo había hecho a propósito, pero no se sentía bien. Alex era un buen hombre, eso se veía de lejos, y no quería hacerle daño, por no mencionar lo mucho que a ella le gustaba. Pero no pensaba entrar en aquel extraño juego en el que el haberse enamorado convirtiera sus vidas en una tragedia. No si podía evitarlo.

Desde su ventana, Alex había sido testigo de la escena y el escurridizo gusano de los celos se deslizó desde su estómago hasta su pecho y luego hasta su garganta, y le provocó un nudo que no recordaba haber sentido jamás. «Quizás es por esto que los hombres matan», se dijo volviendo a la cama a intentar dormir un poco antes de que amaneciera.

A la mañana siguiente, casi a las once, Olivia se despertó y después de prepararse su café matutino salió con él al porche a tomárselo tranquilamente. No tenía prisa. No iba a ir a ningún sitio. En cuanto acabara, subiría al despacho de la buhardilla a trabajar todo el día. Alex seguía durmiendo, había sido una noche dura, aunque ella no lo sospechara siquiera.

Aquel día casi no volvieron a coincidir. Ella estuvo revolviendo en los papeles de la buhardilla y en las distintas carpetas del ordenador, y Alex fue a visitar a sus padres y después a ver a Rafa al bar para tomarse algo y charlar con él. Su amigo, que había tenido oportunidad de observar sus idas y venidas desde su pequeño rincón detrás de la barra, no dudó un instante en advertirlo:

—Anoche vi a Olivia con Jacques... Parecían muy amigos.

—Rafa, por ahí no vas bien —contestó Alex con tono molesto, levantando la mirada.

—Solo quiero avisarte. Si tienes algún interés en Olivia, más vale que te des prisa.

Alex dio un sorbo a su botella de cerveza y masticó tranquilamente una

aceituna.

—Allá tú. Pero ya sabes cómo es Jacques... y por cierto... ¿por qué coño lo llamamos Jacques si ha sido Juan toda la vida?

Alex soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro a Rafa.

—Ahí has estado bien, amigo. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué me gusta Olivia? Pues sí, me gusta, a rabiar, pero ya es mayorcita para andar por ahí con quien quiera.

—Sí, pero él no es cualquiera. No parará hasta que la consiga y luego le dará la patada, como hace con todas.

—Pues lo dicho, ella es mayorcita. Tendrá que apechugar.

Rafa se sirvió también una cerveza que colocó debajo del mostrador.

—Es una mujer muy guapa. Lo raro es que no esté con nadie.

—No le ha ido muy bien, por lo visto.

—Ya sois dos.

—Pues mira, sí. No todos tenemos la suerte de encontrar a nuestra media naranja a los dieciséis, casarnos con ella, que sea guapa y una santa, y que encima nos dé dos hijos preciosos.

Rafa sonrió, se echó vaho en las uñas de los dedos y se los limpió en la camisa como si se sacara brillo.

—A ver, unos triunfamos y otros, no... ¿qué le vamos a hacer?

Alex le lanzó el hueso de la última aceituna que quedaba y le hubiera dado de lleno en la cara si el otro no se hubiera apartado.

—El tiempo pasa más deprisa de lo que queremos reconocer, Alex. Yo no puedo creer que lleve más de quince años con mi mujer, que tengamos dos niños que no paran de crecer, y que me guste estar con ella cada día más. Si te gusta Olivia, díselo.

El camarero tuvo que abandonar la barra para servir un par de mesas que habían acabado de ocuparse y Alex se quedó allí pensativo hasta que acabó su cerveza. Luego dejó el dinero sobre el mostrador y se marchó a su casa sin dejar de pensar en lo que su amigo le acababa de decir. Al entrar, Olivia salía

de la cocina, donde había almorzado un bocadillo rápido para volver enseguida arriba. Era tarde para comer, pero se había levantado muy tarde y hasta ese momento no le había entrado hambre de verdad. Se saludaron amablemente y cada uno siguió su camino, ella hacia la buhardilla y él hacia el salón, a tumbarse un rato en el sofá. Le dolía un poco la cabeza, nada preocupante, pero quería intentar descansar y no tener que tomarse ningún analgésico. Se quedó dormido sin darse cuenta.

En el despacho, Olivia dudaba si abrir próximos archivadores y enfrentarse al resto de la historia que pudieran contener, o simplemente tumbarse un rato en la pequeña terraza a disfrutar un poco del sol, ahora que aún no hacía calor y la brisa fresca y suave hacía soportables sus rayos. Se decidió por eso último y no llevaría más de diez minutos allí tumbada cuando sonó el teléfono. Era Clara quien, al parecer, tenía algo que contarle:

—Así que andamos tonteando a dos bandas, ¿no? —le dijo con voz guasona a Olivia.

—Clara, déjate de gilipolleces. ¿Qué quieres?

—Pues eso, que acabo de hablar con Jacques y me ha dicho que anoche lo pasasteis muy bien juntos.

—No ha perdido el tiempo, por lo que veo.

—Cariño, no tiene ninguna intención de perder el tiempo, de hecho, está convencido de que tarde o temprano tendréis algo. Y digo yo, ¿no podías conformarte con Alex? ¿Acaso las demás no tenemos derecho a echar un polvo de vez en cuando?

—¡Clara!

—¿Qué? —contestó su amiga a medio camino entre la pregunta y el grito.

—No estoy interesada en Jacques.

—Pues deberías dejárselo claro.

—Ya lo he hecho, anoche le dije que no tengo intención de empezar ninguna historia con nadie.

—Pues o no lo oyó o no se lo ha creído. Hemos coincidido en el Wok del

centro y hemos acabado comiendo juntos. ¡Menuda brasa me ha dado con vuestra salida de ayer! Que si Olivia esto, que si Olivia lo otro...

«Joder, y que no voy a aprender nunca... —se decía Olivia a sí misma mientras dejaba de prestar atención a su amiga—. Tendré que hablar otra vez con él... Un momento. ¿Y si eso es lo que quiere, que lo llame? Así tendría una excusa para que nos volviéramos a ver». Al otro lado del teléfono, Clara iba ya por el postre, repitiendo todo lo que había hablado con el francés como un papagayo. Olivia se limitó a emitir unos sonidos para que su amiga supiera que la estaba escuchando y finalmente colgó tras despedirse. Decidió que no lo llamaría, que, si volvían a coincidir y salía el tema, le repetiría que no quería nada con él, pero que llamarlo en ese momento sería como meterse directamente en la boca del lobo, y eso era algo que aún no estaba decidida a hacer. Permaneció otros quince minutos más al sol y luego entró a seguir trabajando un rato más. No sacaría ningún documento nuevo. Acabaría de escanear los que aún le quedaban y luego los guardaría junto a los otros. Esa sería su tarea del día. Si hacía su trabajo demasiado rápido, tendría que buscarse uno nuevo pronto y, lo peor, lo mismo tendría hasta que buscarse otra casa, y allí se encontraba ya totalmente adaptada.

Cuando volvió abajo a tomarse un café, se asomó al salón y vio a Alex tumbado mirando su móvil. Tosió para hacerse notar y le dijo que iba a prepararse algo a la cocina.

—¿Te apetece un café?

Él aceptó de buen grado, la verdad era que se había despertado de mucho mejor humor. Y, sobre todo, se le había quitado por completo el dolor de cabeza. Cuando ella volvió con las dos tazas, le hizo sitio en el sofá y un silencio espeso se apoderó del ambiente hasta que Olivia lo rompió para preguntarle si le apetecía salir más tarde a dar una vuelta. Alex, sin pensarlo un instante, respondió:

—No hay quien te pare. Ayer Jacques, hoy yo... —Antes de terminar la frase ya se había arrepentido, pero no había nada que pudiera hacer para volver

atrás el tiempo y cerrar su boca antes de pronunciarla. Olivia no dijo nada. Dio un sorbo a su café y fue él quien dijo un apenas audible «lo siento».

—No importa, Alex. Es lo que piensas. No tienes por qué disculparte.

Pero sus ojos casi se habían empañado de lágrimas antes de terminar. No quería levantar la mirada de la taza de café para que él no se diera cuenta del daño que le habían hecho sus palabras. Soltó la taza en la mesa y se levantó para marcharse. Alex no se movió. Sin embargo, cuando vio que se dirigía escaleras arriba fue tras ella.

—Olivia, espera. Perdona.

Ella se detuvo cuando llegó a la primera planta y él la alcanzó.

—No sé por qué he dicho eso, de verdad.

—Lo has dicho porque lo sientes.

—Lo he dicho porque... porque me muero de celos —reconoció y dejó a Olivia sin palabras—. Creí que lo de la otra noche... aquel beso... había sido el comienzo de algo entre tú y yo. Supongo que estoy anticuado.

Ella se apoyó en la pared y lo observó un instante. Parecía avergonzado y desde luego arrepentido de lo que le había dicho unos minutos antes.

—Alex, tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—¿Y si es nuestro destino conocernos y enamorarnos para que la historia vuelva a repetirse? ¿Y si es eso lo que hacemos en todas estas vidas que compartimos? Pensé que, si conseguía fijarme en otra persona, a lo mejor esta vez podía evitar que tuvieras que pasar por eso —dijo ella visiblemente afectada, mientras sus ojos se volvían vidriosos por culpa de dos lágrimas incipientes que no quería dejar salir.

—¿Por eso estabas tan rara? —preguntó él sorprendido y al mismo tiempo aliviado al ver que no se había equivocado con ella.

—No estaba rara. No sé qué hacer. Me da la sensación de que soy la causa de que no puedas ser libre en ninguna de tus vidas.

Alex la miró fijamente a los ojos, a esos ojos de gata que en ese instante

reflejaban una angustia y un miedo que él no había visto nunca antes en nadie. Colocó sus manos en el rostro de ella sin dejar de mirarla.

—No me importa, Olivia. Ni siquiera me lo creo del todo.

Ella no supo qué decir y agachó la mirada. Él acercó su nariz a la suya y la rozó, y de nuevo sus ojos se encontraron. Alex la besó, con un beso mucho más apasionado que el de la primera noche, dejándola respirar su aliento fresco y sentir su respiración, y ella le correspondió.

—Estoy enamorado de ti, Olivia, casi desde el momento en que te vi —susurró.

—Yo también, Alex, yo también —dijo ella mientras lo besaba de nuevo, cada vez más agitada.

Él respondió a su beso abriendo aún más los labios y dejando que su lengua recorriese su boca lentamente. No quería que la urgencia de hacerla suya estropeará el momento.

—No me importaría perder mi alma ahora mismo —dijo volviendo a mirarla a los ojos y sus pupilas desprendieron un brillo que a ella le provocó escalofríos. Se apretó contra ella tal y como estaba apoyada contra la pared del pasillo y se fundieron en un beso húmedo, largo y caliente que no hizo sino despertar sus más ocultos deseos. Las manos de él empezaron a desatarse y se movieron lentamente arriba y abajo, de sus caderas a sus brazos y vuelta a empezar el delicioso paseo hasta que se detuvieron en sus senos, redondos, perfectos y duros, más aún bajo el tacto de sus palmas. Después las llevó a su cuello, las paseó por detrás de sus orejas en su camino a su nuca, sin dejar de besarla. Ella deslizaba sus manos por su cuello, por su espalda, hasta llegar a sus nalgas, que agarró con firmeza al tiempo que él se apretaba más contra ella. Eso la excitó aún más y casi gimió mientras él le quitaba la camiseta y le desabrochaba el sujetador para luego lanzarlo al suelo. Bajó lentamente de su boca a su cuello y después a sus hombros y a su escote, hasta que sus labios y su lengua encontraron sus pechos. Sus respiraciones se convirtieron en jadeos ansiosos cuando él bajó desde sus pechos hasta su ombligo, arrodillándose,

sin dejar de acariciarle los pechos con sus manos y con sus dedos. Luego le bajó el pantalón, que solo estaba sujeto por un elástico a su cintura, y, antes de quitarle la ropa interior, subió de nuevo a su altura para besarla y se entretuvo entre sus piernas con sus dedos por encima de la ropa, hasta que fue ella misma quien no pudo soportarlo y decidió liberarse de lo único que le quedaba para ofrecerse a él como una flor que acabara de abrirse. Olivia se deshacía bajo su tacto como si de un trozo de mantequilla se tratara. Su vientre hervía de deseo. Se quitó el pantalón del todo con los tobillos y metió la mano dentro del de él para acariciarlo, para sentirlo del todo. Alex gimió de deseo y se desprendió también de lo que le quedaba de ropa sin que ninguno de los dos dejara de tocarse y de besarse con un ansia irrefrenable que no venía del tiempo que se habían conocido, era un deseo antiguo, un hambre del otro, del que habían estado buscando sin encontrar durante años, a través del tiempo y la distancia. Era la sensación de haber hallado por fin los ojos correctos en los que mirarse, los labios perfectos de los que beber, era como haber llegado a casa después de años de dolorosa búsqueda. Alex dejó que sus dedos se perdieran entre sus zonas más íntimas mientras ella gemía y jadeaba, sin dejar de acariciarlo a él. Y allí, tal y como estaban –desnudos, ella contra la pared y él apretado contra su cuerpo–, por fin se fundieron en uno y encajaron perfectamente. Ella, más pequeña y delgada, abrazó las nalgas de él con sus muslos bien apretados para sentirlo profundamente, él agarró las nalgas de ella moviéndola a voluntad para que ninguno de los dos dejara de gemir y de regocijarse en el estallido de placer que se avecinaba. Los movimientos de ambos se intensificaron, así como sus caricias. Sus bocas abiertas ya no se besaban, se mordían, se suplicaban el fin de aquella terrible y dulce tortura, sus respiraciones jadeantes, preludio de una explosión como ninguno de ellos había sentido en sus vidas, se convirtieron en gritos que intentaron esconder mordiéndose el cuello, los hombros, y acabaron al mismo tiempo gritando en oleadas que iban y venían, sacudiéndose el uno dentro del otro, hasta que tuvieron que dejarse caer al suelo porque sus piernas ya no los sostuvieron.

Durante unos minutos permanecieron allí tirados, él sobre el suelo, recuperando poco a poco la respiración y ella sobre él, preguntándose qué pasaría a partir de ahora.

El fantasma enfurecido

Aquella noche se quedaron dormidos juntos en la habitación de Alex. Había sido un día más que intenso y ambos estaban agotados física y mentalmente. Ya de madrugada Olivia se despertó al oír un sonido que en un principio no pudo identificar, inmersa como estaba en un mundo entre la vigilia y el sueño, donde todo era posible. Lo primero que le vino a la mente fue que se trataba del roce de unos guantes de goma en un cristal. Se sentó en la cama y descubrió que procedía del cuarto de baño de Alex, que dormía plácidamente a su lado. Entonces se levantó para buscar la fuente del ruido. Se acercó despacio hasta la puerta caminando de puntillas y la abrió solo un poco, lo suficiente para meter la mano y apretar el interruptor de la luz. Luego entró y se quedó anonadada al ver que lo que había oído no era sino el sonido de las yemas de unos dedos de alguien que había escrito en el espejo y en la mampara de la ducha varios «NO» con algún producto de aseo, quizás mascarilla del pelo. Según miraba totalmente quieta en el centro del baño, seguía escuchando el sonido chirriante a medida que nuevas negaciones iban apareciendo, unas más grandes, otras más pequeñas. Llamó a Alex intentando no gritar para no alarmarlo y este apareció en unos segundos. Se paró a su lado, boquiabierto, sin poder articular palabra mientras miraba las superficies donde la palabra no había dejado apenas hueco sin adornar. La miró a ella interrogante y Olivia se encogió de hombros. Tras unos segundos, ambos salieron del cuarto de baño y volvieron a la habitación. Se sentaron en la cama con la luz encendida

intentando digerir lo que acababa de suceder. Olivia estaba acostumbrada a percibir cosas, sonidos, puertas que se cerraban de golpe, objetos que cambiaban de sitio sin que nadie los tocara, leves susurros o suaves brisas que la envolvían y le ponían la carne de gallina, incluso alguna bombilla había explotado delante de ella sin motivo aparente. Sin embargo, nunca antes se había materializado nada ante su vista como había sucedido ahora. Alex le preguntó por fin:

—¿Crees que es mi tío?

—No lo sé, pero me parece que sí. Supongo que no está contento con lo que hemos hecho hoy.

—¿Te refieres a...?

—Sí, a eso me refiero. Me da la sensación de que hemos puesto en marcha algo que solo esperaba que nos encontrásemos. Y creo que a tu tío eso no le gusta nada.

—¿Y ahora voy a estar viendo cosas extrañas todo el tiempo? —preguntó el joven más asustado que ella.

—No tengo ni idea. Tenemos que ir a ver a Sonia cuanto antes.

Ella se metió en la cama y se tapó, y él hizo lo mismo. Así permanecieron un rato, boca arriba, mirando la puerta del baño como si esperaran que se repitieran los sonidos, o que alguien saliera de dentro. Al cabo de un rato de total y absoluto silencio, ambos se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, el sonido de varios mensajes en el móvil de Alex lo despertó. «¡Maldita manía de no ponerlo en silencio antes de dormir!». Miró la pantalla y vio que eran mensajes de Jacques, en los que le decía que se pasaría a lo largo de la mañana. Entonces se fijó en que eran más de las diez. Se dio la vuelta y se abrazó a Olivia, que estaba profundamente dormida. Permaneció así unos minutos, hasta que ella se movió y se agarró a sus brazos.

—Buenos días —dijo él—. Siento haberte despertado, pero es un poco tarde.

Ella se giró para mirarlo.

—¿Qué hora es? —preguntó adormilada.

—Las diez y cuarto —le contestó él dándole un beso en la nariz—. Hora de levantarse y llamar a Sonia. Además, Jacques amenaza con aparecer.

Olivia simplemente sonrió, se frotó los ojos y se sentó en el borde de la cama. Alex se levantó y se puso un pantalón de chándal y una camiseta, dispuesto a bajar a la cocina a preparar algo para desayunar. Ella fue a su cuarto a por algo de ropa y bajó a unirse a él. Cuando llegó al pasillo, vio que Alex estaba inmóvil en el umbral de la puerta mirando hacia el interior de la cocina y se acercó. Echó un vistazo en el interior y vio que todos los muebles estaban abiertos, incluidos el frigorífico, el lavavajillas, el microondas y hasta los cajones, que dejaban a la vista las sartenes y las cacerolas. Se miraron un instante y fue ella quien dijo:

—Tenemos que hablar con Sonia.

Fue al salón, cogió su móvil y marcó el número de la mujer, que no pareció nada sorprendida por la llamada, de hecho, dio la sensación de que la estaba esperando, algo que no tardó en aclarar.

—Jaime ha estado pululando por mi piso al amanecer. Me imaginé que algo lo tendría preocupado. Estaba segura de que me llamaríais hoy.

—¿Podemos ir a verte?

—Debéis venir a verme, cariño, quiero poder dormir sin ver esa figura dar vueltas por mi habitación.

Olivia pensó que, si había algo que se lo haría pasar peor que escuchar o sentir cosas raras, sería tener que verlas y suplicó en silencio al aire no tener que pasar nunca por eso.

El día había amanecido con el sol un poco más flojo que los anteriores, con una brisa algo más fresca también —para estar ya casi a mediados de junio—, pero se estaba bien en el cenador a esa hora y ambos dieron cuenta de las tostadas y el café que habían preparado cuando cerraron todos los muebles. Alex dedujo que no debió ser mucho antes de que él bajara cuando todo sucedió, de lo contrario, la alarma del frigorífico los habría alertado. Él sentía

mucha curiosidad por cómo ella podía soportar sentir presencias a su alrededor, y Olivia le dijo que, a pesar del tiempo que había pasado y de saber que su madre y su abuela lo habían vivido siempre con total naturalidad, ella no había logrado acostumbrarse del todo.

A eso de las doce del mediodía se encontraban llamando al timbre del portal de Sonia, que no tardó en abrirles.

Una vez dentro de su piso, en el salón, Olivia le contó lo que había sucedido en la casa de Alex y ella simplemente asintió resignada.

—Ya te he dicho que sabía que algo pasaba. Jaime no me ha dejado en paz desde esta mañana.

—¿Sigue aquí? —preguntó Olivia encogiéndose por el escalofrío que la mera pregunta le había provocado.

—Pues no lo sé. Hace un buen rato que no lo veo. No puedo hablar con él. Aparece y desaparece. Es como si no pudiera comunicarse. Pero tiene pinta de estar preocupado.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Alex.

—Ahora mismo no lo sé. Lo que sí sé es que algo habrá provocado esta reacción —dejó caer Sonia con una sonrisa burlona en los labios.

Los dos jóvenes se ruborizaron como dos tomates y se miraron sin decir nada, confirmando lo que la mujer ya había intuido. No había que ser demasiado listo para darse cuenta de que la actitud de ambos era totalmente distinta a la que habían mostrado en sus otras visitas. Se veían más implicados, más cómplices, y sus miradas gritaban que eran algo más que amigos ya.

—Vale, vale... No voy a meterme donde no me llaman, pero puede que Jaime os esté intentando decir que no es buena idea que seáis más que amigos.

Sonia, que llevaba puesta una chilaba larga y estaba descalza, tenía el pelo apartado de la cara por un elástico ancho del color de su ropa y de sus orejas colgaban dos aros medianos de oro, ofrecía la imagen de una de esas médiums típicas de las películas. Estaban los dos sentados en el sofá de tres plazas y la

mujer se hizo un hueco entre ambos y los tomó de las manos.

—Creo que he tenido una idea. ¿Habéis usado alguna vez una ouija?

La pareja se miró como si de repente alguien les hubiera lanzado un cubo de agua fría antes de negar con la cabeza.

—Pues creo que ya va siendo hora. Voy a buscar la mía.

Salió del salón y Olivia enseguida le dijo a Alex que no le parecía muy buena idea, había visto varias películas y lo de la ouija nunca terminaba bien. Él le sugirió que quizás fuera la única forma de hablar con su tío, que parecía tener más fácil aparecerse y tocar los objetos que comunicarse verbalmente.

—Además, Sonia es experta en estas cosas. Seguro que está más que acostumbrada.

Al momento entró Sonia con la tabla bajo el brazo y la plancha en la mano diciendo:

—La habré usado un par de veces... ¡Qué movidas! —dijo mirando al vacío evocando otros tiempos.

Los dos chicos se miraron algo asustados.

—Pero sabes usarla, ¿verdad? —preguntó Alex.

—Claro que sé usarla —dijo Sonia, con lo que el gesto del joven se relajó unos instantes—. Hasta un niño sabría usarla. ¿No habéis visto pelis de miedo o qué?

Las facciones de Alex volvieron a contraerse.

—Venga, acercaos a la mesa —dijo Sonia apartando el enorme jarrón de flores que adornaba la mesa de su salón para colocar allí la tabla.

Ellos obedecieron y se sentaron enfrente.

—A ver, si no recuerdo mal, hay que poner el dedo aquí —dijo colocando el índice sobre la plancha y pidiéndoles con la mirada que hicieran lo mismo— y concentrarse.

Olivia pensó que había demasiada luz en el salón, pues todo el balcón estaba abierto y el sol iluminaba la estancia. «Creo que he visto demasiadas películas de miedo», se dijo. Al cabo de unos minutos, la mujer preguntó:

—¿Hay algún espíritu aquí que quiera comunicarse con nosotros?

Alex tragó saliva y Olivia miró a su alrededor. Tenía la carne de gallina y no sabía si era por la emoción o porque estaba notando alguna presencia.

Entonces la plancha se movió hacia el «Sí» y los tres se miraron, aunque la única que sonrió triunfante fue Sonia.

—¿Eres Jaime?

De nuevo la plancha se dirigió al «Sí». Alex, que estaba visiblemente nervioso, preguntó:

—¿Qué quieres, tío?

Y Sonia, riéndose, le dijo:

—¿Acaso crees que esto es un teléfono?

El muchacho se ruborizó de nuevo. Sonia continuó:

—¿Estás molesto?

Un tercer «Sí» fue la respuesta recibida. La mujer tosió para aclararse la voz y volvió al ataque:

—¿Te molesta que Alex y Olivia estén juntos?

La tabla salió disparada de la mesa al suelo como si alguien la hubiera lanzado contra él. Los tres gritaron. Alex y Olivia no dejaban de mirarse, ambos estaban asustados. Sonia, sin embargo, se dirigió hacia donde había caído la tabla y dijo:

—No me montes numeritos, Jaime. Si quieres hablar con nosotros, hablemos, pero sin tonterías.

Volvió a colocar la tabla sobre la mesa y pusieron de nuevo los dedos sobre la pequeña plancha. Enseguida empezó a moverse hasta formar la palabra «PERDÓN».

—Eso ya es otra cosa —dijo Sonia, mientras los otros dos no podían creer lo que estaban viendo.

«Una discusión entre un fantasma y una médium. Creo que ya lo he visto todo», pensó Olivia.

—Dinos lo que tengas que decir —invitó la mujer.

La plancha empezó a moverse de una letra a otra bajo las asustadas miradas de los dos testigos más jóvenes y la más curiosa de ella. Y siguió hasta formar:

«NO DEBEN ENAMORARSE. ALEX VOLVERÁ A MATAR».

Y todos pudieron sentir de repente cómo lo que hacía que aquella plancha se moviera se esfumó. Olivia tuvo la sensación de que el esfuerzo había sido demasiado grande para la entidad, pero en realidad no tenía ni idea de lo que había pasado. Sonia llamó a Jaime un par de veces más y, viendo que no conseguía ningún resultado, decidió dar la sesión por terminada. Apartó la tabla a un lado y miró a sus dos sorprendidos invitados.

—Tengo una teoría —dijo Olivia—. A raíz de lo que he soñado, lo que he sentido, creo que el hecho de conocernos y enamorarnos —dijo sonrojándose ante eso último— supone un cambio en nuestro destino.

—¡Venga ya! ¿Estás insinuando que un arquitecto que no puede ni hacerse una analítica porque le da miedo puede convertirse en asesino de la noche a la mañana? ¿Y a quién iba a matar? —Alex no podía estar más sorprendido y alterado.

Sonia lo interrumpió:

—Cuando las cosas tienen que suceder, no hay nada que pueda impedir que así sea. De repente, personas que jamás se han visto, que a veces incluso están en lados opuestos del mundo, se encuentran porque así tenía que ser, o suceden cosas que jamás hubiéramos imaginado que serían posibles porque así debía ser.

Alex la miró incrédulo.

—Lo siento, Sonia. No puedo imaginarme ningún motivo por el que yo pudiera matar a alguien.

La mujer lo miró con una tristeza infinita en sus profundos ojos color miel y, casi en un suspiro, dijo:

—Aún... Para matar, solo hace falta un motivo.

Ninguno de los tres dijo nada más en un buen rato. Olivia miraba la tabla

como si esperase que lo que se había manifestado antes volviera a aparecer, Alex miraba a Olivia y Sonia enrollaba una y otra vez el mantel de la mesa. Finalmente, se levantó para colocar el jarrón en su sitio y volver a guardar la tabla, y los dos jóvenes decidieron que era mejor marcharse.

De camino a casa, Alex preguntó:

—¿En serio crees en todo esto?

—Alex, tienes que dejar de negar lo evidente. Está claro que algo sucede. No digo que vayas a acabar matando gente de un día para otro, pero tu tío quiere decirte algo.

—Hay muchas formas de decir que uno no aprueba tu nueva novia —dijo él bromeando. Ella le dio un manotazo en el hombro.

—¿Comemos algo? —sugirió al fin.

—Venga. Te dejo que me invites.

Se detuvieron en el bar de Rafa y comieron con él. El hombre no pudo sentarse con ellos como le habría gustado pues el bar estaba lleno de gente a pesar de ser un día entre semana. Según les dijo era día de «cerrar negocios» y muchos habían ido allí precisamente a eso. Después de comer, se marcharon a casa con la intención de disfrutar de una buena siesta y quizás repetir lo del día anterior, a pesar de que ambos estaban un poco asustados por lo que pudiera suceder después. Rafa sonrió cuando vio que se alejaban mirándose como dos tontos y sin ser capaces de cogerse de la mano. No había duda, algo había cambiado entre ellos, y él se imaginaba con todo detalle el qué.

—¿Así que me estabas diciendo que ibas a arrancarme la camiseta? —decía ella con voz sugerente mientras lo miraba pestañeando con fingida inocencia.

Alex sonrió pícaramente y le dijo:

—Si sigues por ahí, te arrancaré la camiseta, el sujetador y bajaré poco a poco hasta esos tangas que usas, que apartaré para luego agacharme...

Olivia lo interrumpió con una tos falsa que lo avisaba de que algo sucedía.

Frente a ellos, en la valla de la entrada de la casa de Alex, Jacques los miraba venir con gesto curioso.

«¿Habrás notado algo? Es imposible. Si ni siquiera nos hemos dado la mano», pensó Olivia.

—*Mes amies!* —dijo el francés sonriendo ampliamente y abriendo los brazos para recibirlos—. Justo ahora iba a marcharme. He llamado un par de veces al timbre y no abría nadie.

—Hemos ido a comer al bar de Rafa. ¿Te apetece un café? —Y con esas palabras el deseo de Olivia, que no sabía hacía unos minutos si aguantaría a llegar dentro antes de lanzarse al cuello de Alex, descendió a bajo cero.

Entraron juntos en la casa y Jacques y Olivia se sentaron en el sofá del salón mientras su anfitrión preparaba un café.

—La otra noche —dijo finalmente Jacques— te perdí de vista.

—Sí, bueno, yo no encontraba a nadie y pensé que sería mejor irse. ¿Qué tal, lo pasaste bien?

—*Biensûr!* —dijo sonriendo y mostrando sus dientes, para luego tornar su sonrisa en una mueca triste—. Es mentira. Me despisté con unos amigos del colegio, de cuando vivía aquí, y cuando volví no te encontré. —Jacques alargó sus dedos hasta tocar la mano de ella, que estaba apoyada en el sofá.

Olivia, abrumada, apenas tuvo tiempo de retirarla cuando Alex entró y los sorprendió. Jacques no se molestó en disimular, al contrario, miró a su amigo como si quisiera decirle que haría lo que fuera para llevarse el gato al agua. Él no dijo nada. Dejó los cafés sobre la mesa y se sentó en el sofá más pequeño.

—¿Salimos esta noche? —dijo Jacques intentando cortar un silencio que se había tornado tangible.

—No puedo —dijo Olivia—. Tengo que trabajar. Quizás Alex...

Pero él tampoco estaba por la labor. Jacques creyó captar algo en el ambiente, como si algo entre ellos hubiera cambiado y acabara de darse cuenta. Entonces exclamó:

—¡Os habéis acostado! *Biensûr!* ¡Eso es!

Los otros dos se miraban avergonzados sin saber qué contestar y fue Alex

quien dijo finalmente:

—¡Jacques!

A lo que el otro joven simplemente respondió dándoles un abrazo a ambos.

—*Mais oui!* Se os nota en la cara. Me alegro mucho por vosotros. Perdón si os he molestado en algo... No sabía que... bueno... eso.

En ese momento ninguno de los tres supo cómo reaccionar. Se tomaron los cafés más rápidamente de lo que habían planeado, pues no estaban cómodos, y el francés finalmente se despidió sintiendo que estorbaba entre ellos, a pesar de que su amigo le rogó que se quedara. Olivia llevó la bandeja a la cocina y cuando volvió se sentó sobre las piernas de Alex, que soltó inmediatamente el mando de la tele.

—¿Puedes repetirme eso que me estabas contando que ibas a hacerle a mi tanga? —le susurró ella al oído.

Las manos de Alex subieron despacio la camiseta de Olivia hasta que se la quitó y luego, mientras le besaba el cuello lentamente hasta llegar a su escote, le desabrochó el sujetador. Para entonces ella ya respiraba con dificultad ante lo que sabía que se avecinaba. Se colocó a horcajadas sobre él y dijo sonriendo pícaramente mientras rozaba su entrepierna con la de él.

—Vaya, veo que te alegras de verme.

Y dejó caer sus labios sobre los de él ansiosos, hambrientos, pero sin prisa, recreándose en su humedad y su calidez. Alex se agarró a su cintura y de repente uno de los cuadros de la pared de enfrente cayó al suelo y el marco se hizo añicos, como si alguien lo hubiera estrellado con todas sus fuerzas. Olivia se levantó de golpe. Se había llevado un susto de muerte. Los dos fueron a mirar qué había pasado y tuvieron que limitarse a recoger los trozos.

—Esto es muy raro —dijo Olivia—. ¿Has visto cómo se ha roto?

—Se ha caído. No es tan extraño —contestó el joven tendiéndole la mano para volver a lo que acababan de interrumpir. Ella lo miró pensando que se había conformado con aquella explicación porque deseaba terminar lo que habían empezado, y concluyó que quizás no estaría mal dejar de preocuparse

por una vez. Volvieron al sofá, donde tomó ella la iniciativa y empezó a quitarle la camisa lentamente, botón a botón, mientras se tomaba su tiempo paseando sus labios por detrás de sus orejas y su cuello, y un nuevo estruendo los hizo saltar de donde estaban. Un puñado de libros estaba saliendo disparados de la librería contra la mesa del comedor, de uno en uno, como si alguien los estuviera arrojando. Alex y Olivia se separaron, se acercaron a la librería y se quedaron mirando perplejos. «Esto ya pasa de castaño oscuro», se dijo Olivia.

—Alex, me temo que alguien se está empeñando en que dejemos de consumir —dijo al fin sin saber si reír o llorar.

Se volvieron a poner la ropa y se sentaron a ver la tele sin dejar de mirar a su alrededor a la espera de nueva actividad. Sin embargo, no volvió a suceder nada más. «¡Hay que fastidiarse! Un fantasma anticonceptivo —pensó Olivia—. Si alguien me lo hubiera contado, me habría partido de risa».

Parecía que el tío Jaime quería dejar claro que, mientras él pudiera evitarlo, nadie iba a volver a hacer el amor en su casa. Y aquella noche durmieron juntos de nuevo sin atreverse a dar un paso en falso.

El diablo frente al mar

Una tarde nublada y fresca, lo cual no era muy normal en las fechas en las que estaban, Alex se sentó en un banco del paseo marítimo a disfrutar de las vistas. «Si no viviera aquí —se dijo a sí mismo—, cada vez que viniera me sentaría en un sitio como este a contemplar la grandiosidad de la vida. El mar, que apenas se distingue del cielo salvo por una pequeña línea de un azul un poco más oscuro, las nubes, la brisa...».

«Uno no suele apreciar lo que tiene a su alrededor, tan ajetreados como vivimos hoy en día, cargados con un trabajo que nos permita tener una casa donde dejar caer nuestros huesos al final de la jornada, y todo ese montón de cosas que ocupan nuestro tiempo como si fuéramos a tener más vidas, como si pudiéramos darnos el lujo de menospreciar la que tenemos. Afortunadamente, no nos paramos demasiado a pensar en la futilidad de la vida y en la escasa importancia de la mayoría de las cosas que hacemos a diario, pues, si no fuera así, nos dejaríamos morir en cualquier rincón. ¿Para qué trabajar, estresarse, o cuidarse, si el fin va a ser el mismo?». Su cabeza había empezado a divagar mientras su vista se iba perdiendo poco a poco en el horizonte, y así se encontraba, despierto, pero en otro mundo, cuando aquel hombre se sentó a su lado. Al principio ni siquiera se percató, tan distraído como estaba, pero unos segundos más tarde, al notar que alguien lo miraba, cayó en la cuenta de que no estaba solo.

—Un día precioso, ¿verdad? —dijo el extraño.

—Sí. De vez en cuando, aunque estemos casi en verano, apetece uno de estos días frescos y nublados.

—En mi opinión el verano dura demasiado por esta zona. Y no es que no me guste el calor, pero digamos que lo disfruto durante demasiado tiempo y, cuando quiero descansar, necesito un clima más frío.

Alex lo miró un instante para no parecer maleducado. Era un hombre de lo más normal, de tez morena y enormes ojos verdes. Tenía el pelo negro y brillante, y si algo le extrañó fue su rostro enjuto, con los pómulos excesivamente destacados. Llevaba bigote, fino y bien cuidado, y una perilla también muy bien arreglada. En general tenía un aspecto que podría calificarse de distinguido, pero también como de otro tiempo, como si estuviera fuera de lugar en la escena. Alex no supo qué decir, y empezó a sentirse algo incómodo, así que pensó que lo mejor sería marcharse a casa, eso sí, después de despedirse educadamente. Sin embargo, el hombre lo miró y le dijo, buscando sus ojos:

—¿Cómo va todo por aquí, Alexander?

Por un momento pudo notar cada poro de su piel erizarse, y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. No conocía a ese individuo, pero sabía que no era cualquiera. En su mente empezaron a abrirse imágenes como si se tratara de una pantalla de ordenador que no dejaba de enviar flashes con otros paisajes y otras personas que le fueron siendo familiares a cada segundo que pasaba. Como si acabara de abrir otros archivos que hasta entonces habían permanecido ocultos en el disco duro de su cerebro. Por fin le devolvió la mirada.

—¿No me vas a perdonar la deuda nunca? —dijo con tono seco y algo ronco, mirándolo a los ojos por fin.

—¡Querido amigo! —dijo el hombre dándole una palmada en el hombro y sonriendo ampliamente, como quien se alegra de haber recuperado el contacto con un ser querido a quien no había visto en mucho tiempo—. Bienvenido de nuevo.

Él no contestó. No tenía nada más que decir, nada que preguntar después de haber recordado que había pasado por ese encuentro en otras ocasiones, y que su primera pregunta siempre había sido la misma... y también la respuesta, la que ya ni siquiera le importaba oír.

—Buen chico —dijo el extraño en tono condescendiente—. Ha llegado el momento de retomar nuestro acuerdo, lo sabes. Y ahora que eres consciente de toda tu existencia y de la mía, sabrás qué hacer. Siempre ha sido así y siempre lo será... por los siglos de los siglos. ¿Estás preparado?

—¿Y qué si no lo estoy? No tengo alternativa —dijo el joven con el aspecto de quien acaba de desterrar de su vida cualquier rastro de esperanza.

—No. No la tienes. Pero te recuerdo que fuiste tú quien acudió a mí, Alexander.

Los ojos del hombre brillaron de forma casi sobrenatural, como si los acabaran de enfocar directamente con una luz intensa. Alex no dijo nada más. Repasó durante unos instantes sus otras vidas, sus otras víctimas, las otras posibles ocasiones en las que, de no haber sido por su pacto, hubiera perdido a su amada en siempre trágicas circunstancias. Le dolía física y emocionalmente cada imagen, cada llanto, cada crimen, que no dejaba de serlo por el mero hecho de que su víctima se lo mereciera. Un nudo espantoso sentó plaza en su estómago y durante unos instantes tuvo náuseas. Sintió que el extraño que permanecía a su lado impassible estaba viendo lo mismo que él, como si de alguna manera hubiera entrado en su cerebro, o como si siempre hubiera estado allí, agazapado en algún rincón de su memoria hasta que llegaba el momento de resurgir. Su nombre antiguo, Alexander, resonaba en su cabeza como pronunciado por coros de personas: sus padres, sus madres, sus hermanos y hermanas de otras vidas, su Olivia, que lo llamaba gritando desde un lugar que aún no había podido identificar. Ella, la única persona recurrente en todas sus vidas. Ella, el principio de todo y la única razón de que, vida tras vida, se convirtiera en un monstruo escudado en el papel de justiciero para poder soportar el dolor y la vergüenza de sí mismo. Su cabeza se llenó de

susurros y de rostros, y la angustia se instaló en su mirada. El hombre, que ya estaba familiarizado con esta imagen, le dijo:

—No te lo tomes así, hombre. Piensa que la vida de Olivia está en juego, y que gracias a ti se mantiene viva y al margen de todo esto.

Entonces pensó que, efectivamente, Olivia nunca sabía lo que había hecho, en lo que se había convertido para traerla de vuelta una vez y para evitar que se marchara en otras ocasiones. Olivia era inocente y tenía que seguir siendo así a toda costa.

—En fin —dijo el extraño poniéndose en pie—, no tengo nada más que añadir, solo que me alegro de veras de que por fin todo esté de nuevo en su lugar. Espero que esta vez no me obligues a darte un poco de... «motivación». —Suspiró.

Se marchó paseando grácilmente, como si no acabara de hundir a alguien por completo, como si no le importara haber llenado su mente de muerte y sangre... otra vez. ¿Cuántos más Alexander serían sus esclavos? ¿Cuántas más Olivias habría que proteger de una muerte horrible? Entonces pensó que quizás por eso existía el mal en el mundo, por las deudas contraídas por los seres humanos debido al amor, al poder o al dinero, y por una vez en su vida sintió que tenía la respuesta a la eterna pregunta del hombre.

Su mente, que, aunque él lo ignorase, era ya experta en esas lides, consiguió callar los gritos y apartar las imágenes, de lo contrario pensó que no hubiera podido soportarlo. Se levantó del banco y miró el faro, majestuoso, rodeado de nubes blancas y grises, y azotado por el viento, y se marchó.

En casa, Olivia, atareada entre sus papeles en la buhardilla, no escuchó el susurro que invadió la habitación, acostumbrada como estaba además a ciertos sonidos, pero no tuvo más remedio que percatarse del portazo que la sacó de su ensimismamiento. En aquel momento estaba abriendo otro de los archivadores llenos de documentos que adornaban la librería detrás de la mesa donde trabajaba, pero no le dio tiempo a mirar los papeles que había dejado en ella. Levantó la vista y miró a su alrededor. Quizás había sido el

aire, era un día algo peculiar para estar en verano. Salió un instante a la terraza, volvió dentro y algo la empujó a abrir la puerta y enfrentarse al pasillo que conducía a las escaleras. No había nadie, pero en ese instante se le antojó más largo y más oscuro de lo habitual. Miró a ambos lados. Nadie. Echó a andar cogida al pasamanos, llevada por la extraña sensación de que alguien la estaba llamando a gritos, pero sin poder llegar a ella del todo, como si estuviera detrás de puertas de acero. La sensación que le era tan familiar de no encontrarse sola la invadió por completo mientras seguía bajando las escaleras de madera, que crujían bajo las plantas de sus pies descalzos, cubiertos solo por unos pequeños calcetines. Se atrevió a llamar:

—¿Jaime? —Su voz salió temblorosa, presintiendo que ese encuentro iba a ser distinto a los que recordaba.

Algo parecido a una voz humana le respondió desde el dormitorio de Alex. Siguió caminando por el pasillo, con una extraña sensación de mareo y vértigo, tan fuerte que se agarró a la pared. Varias sombras sin forma concreta desfilaron delante de sus ojos, como si entraran y salieran de las paredes, y dio un grito. Estaba aterrada, pero tenía que abrir la puerta del dormitorio, tenía que saber si realmente alguien quería hablar con ella, aunque eso le costara un infarto. Cuando por fin empujó la puerta con la mano, una bocanada de aire frío la recibió y al fondo, junto a la ventana, distinguió la figura de un hombre entre luces y sombras, como si no pudiera materializarse por completo y lo estuviera intentando con todas sus fuerzas. El miedo había dado paso al asombro más absoluto. Jamás había vivido una experiencia similar, al menos no que ella pudiera recordar. Se acercó lentamente como si temiera que quien quiera que fuera aquel hombre fuera a desaparecer. Su rostro parecía distinguirse unos instantes y borrarse otros, pero ella ya sabía de quién se trataba. Sí, era el tío Jaime, y ahora estaba segura de que todo lo que había vivido en esa casa desde que había llegado había sido cosa de él.

—¿Qué quieres? —se atrevió a preguntar, aunque casi no le salía la voz del cuerpo.

«¡Márchate!», le pareció escuchar la voz del hombre en su mente. «¡Márchate!». El rostro, ahora más definido, del hombre parecía estar diciendo algo más que ella no alcanzaba a escuchar. «¡Deja a Alex! ¡Vete de su vida!».

Olivia no daba crédito a lo que estaba viendo y oyendo.

—¿Por qué? ¡Dime por qué y me marcharé! —gritó ella, consciente de que eso no iba a servir de nada.

La imagen seguía hablando, pero ella no oía nada. Poco a poco empezó a difuminarse. Primero desapareció la luz y, finalmente, la figura por completo. Oliva se sentó en la cama y permaneció allí unos instantes esperando a que apareciera de nuevo, pero sabía que ya se había marchado por la calma que la había invadido a ella y a todo el cuarto de repente. Ya no había nada. Se tumbó en la cama que había empezado a compartir con Alex, adoptó la postura fetal y dejó caer una lágrima sobre la almohada. Tenía miedo de que su presencia en la vida de Alex supusiera el inicio de algo horrible, como ya habían concluido junto con Sonia, aunque no supiera lo que fueran a iniciar. Y no quería dejar a Alex, el único hombre con el que sentía que era capaz de todo, con el que tenía una conexión que, estaba segura, iba más allá del tiempo y el espacio.

Olivia bajó al salón a sentarse e intentar asimilar lo que acababa de suceder. Por primera vez en su vida uno de esos seres que la atormentaban desde que era niña había logrado materializarse delante de ella y, no solamente eso, también había logrado hacerse oír. No había sido tan horrible como hubiera pensado si alguien le hubiera dicho lo que iba a pasar. No fue como una de esas apariciones de las películas de terror, con gente con los rostros podridos, ensangrentados, y los ojos en blanco. Más bien le había parecido una figura humana que estaba en otra dimensión, y que intentaba con todas sus fuerzas llegar a esta usando toda su energía para ello. Estaba pensando en ello cuando sonó la puerta y Alex apareció en el salón.

—Hola, amor —le dijo ella alargando la mano para que él la tocara.

Alex no parecía de muy buen humor, pero aun así le tomó la mano y le dio un

beso en el dorso al tiempo que musitaba un distraído «Hola».

—¿Te encuentras bien?

Durante el paseo de regreso a casa, Alex había reflexionado sobre si debía hablarle a Olivia sobre su encuentro con aquel hombre o no, y finalmente había decidido que aún no le diría nada. Una vez que abriera la caja de Pandora, ya no habría marcha atrás, así que mejor guardar el secreto por el momento. Pero sus ojos lo delataban. Olivia, ahora sentada junto a él mirándolo a los ojos, supo que ese no era el mismo Alex que había salido a dar un paseo. Su mirada reflejaba un abanico de sensaciones que iba desde el más absoluto abandono hasta el desengaño más cruel, como si algo lo hubiera derrotado por el camino. Ella no quiso preguntar, quizás intuyendo que no obtendría la respuesta deseada, y se limitó a seguir allí con la cabeza apoyada en su hombro, dejando que él le acariciase la mano y le besara la sien en el silencio más absoluto.

Alexander e Irina

Había pasado más de un mes sin que ninguno de los dos experimentara nada extraño. Nada de ruidos raros, nada de misteriosas brisas que susurraran al oído, ni siquiera en los momentos íntimos, que unas semanas antes eran impensables. Olivia le había contado a Alex que había contactado con su tío como nunca antes lo había hecho con nadie, y él pensó que, donde quiera que estuviera aquel hombre que tanto lo había querido durante toda su vida, conocía toda su existencia, la verdadera, la que llevaba viviendo desde hacía siglos, y seguramente también sabía lo del pacto, y por eso quería que él y Olivia dejaran de verse, como si creyera que era la única forma posible de que no se desencadenaran los acontecimientos que inevitablemente convertirían a Alex en un monstruo. Nada de eso salió de sus labios, y hasta su mirada había vuelto a ser la que era, una vez que hubo asimilado su pasado. Olivia tampoco sabía que cuando él le tocaba el pelo mientras estaban abrazados en la cama, cuando le daba algún beso descuidado en la mejilla, cuando la miraba mientras hacía cualquier cosa por la casa, ajena por completo a que estaba siendo observada por él, en realidad veía a muchas Olivias, la primera de ellas no tendría más de doce o trece años y, siempre que la recordaba, estaban jugando en el campo y ella llevaba una corona de flores en el pelo. Su sonrisa era la más limpia e inocente de todas las que había vuelto a ver en todas sus vidas y, desde aquellos días de su infancia en que jugaban juntos, había sabido que sería su mujer. A veces, una

conversación o una imagen le traían recuerdos de otros tiempos, de una Olivia joven desnuda entre sus brazos, del olor del incienso de las iglesias y de perfumes que no era capaz de identificar. En aquellos momentos se quedaba embobado por unos instantes, extasiado en el recuerdo y absolutamente seguro de que haría lo que fuera por ella, y luego seguía con lo que fuera que estuviera haciendo, guardando de nuevo en su memoria los recuerdos que no compartían.

Sin embargo, Olivia estaba convencida de que algo había cambiado desde el día en que vio la imagen de Jaime. Ella, por razones obvias, no se sentía igual. Ahora tenía la confirmación de que ese hombre quería evitar a toda costa que la historia volviera a repetirse y, sobre todo, sabía con toda seguridad que la existencia del presente era simplemente una más, aunque no sabía cómo serían las demás y cómo era posible que unos mundos pudieran interactuar con otros, o por qué había personas que lograban comunicarse desde otros planos con este y, sin embargo, para la mayoría era imposible.

Una noche, mientras miraba cómo Alex dormía profundamente a su lado sin haber podido ella conciliar el sueño, pensó que le gustaría experimentar una de las regresiones que él había puesto en práctica en casa de Sonia. Siempre había sido él –excepto por el primer sueño que ella había tenido– quien había podido sentir lo que significaba vivir otra vida, y quería vivir esa experiencia. Sabía que Alex no estaría de acuerdo, aunque no tenía muy claro de qué quería protegerla si ambos sabían ya de qué iba todo ese asunto.

Miró el reloj de su mesilla de noche. La una de la madrugada. Seguramente, Sonia estaría dormida y, además, esas no eran horas de molestar a nadie. Se dio la vuelta y estuvo un buen rato contemplando la tenue luz anaranjada que atravesaba el visillo, que no era otra que la de la de las farolas barrocas que adornaban el paseo marítimo. Sabía que esa noche no iba a dormir, pero, si se levantaba, Alex se despertaría y tenía que trabajar en unas horas. Entonces fue cuando se le ocurrió que, al día siguiente, mientras él estaba en el trabajo, ella iría a ver a Sonia para hablar con ella. Rumió la idea en su mente, tratando de

averiguar lo que encontraría si conseguía contactar con alguna de sus vidas pasadas. ¿Qué épocas? ¿Cuántas vidas? ¿Habría tenido hijos en alguna de ellas? ¿Habría vivido de verdad todas sus vidas con Alex? ¿Cómo sería él en otros tiempos? Planteando una pregunta tras otra, se quedó dormida sin darse cuenta y volvió a despertarse cuando la luz de la mañana se coló por las persianas y le dio directamente en los ojos. El mes de agosto estaba tocando a su fin, y pronto Alex y ella se marcharían de vacaciones. Habían escogido el mes de septiembre para no tener que competir por cualquier cosa con las hordas de turistas que se lanzaban a todas partes durante los dos meses de verano. Aún no habían pensado a dónde irían, pero eso era lo que menos les importaba a los dos, la idea era compartir su tiempo juntos donde quiera que fueran. Y así, mientras su mente ya casi disfrutaba de los días de relax que los esperaban, se quedó dormida sin darse cuenta.

Cuando despertó Alex ya no estaba en la cama y pensó que probablemente sería tarde para ir a ver a Sonia. Sin embargo, el sonido del agua de la ducha la alivió. Alex aún no había salido de casa, así que no serían ni las ocho. Se levantó temiendo volver a quedarse dormida si no lo hacía y bajó a la cocina a preparar un café. Cuando Alex por fin bajó también, ella ya lo esperaba sentada dando el primer sorbo a su taza humeante.

—Buenos días, cielo —dijo él mientras se inclinaba para darle un suave beso en los labios—. ¿Qué haces ya levantada?

—Quiero empezar a examinar el último archivador.

—Ya te dije que no hace falta —dijo Alex disimulando su repentino malestar—. Las manifestaciones extrañas han cesado, lo que significa que todo está bien.

—Eso no lo sabemos, Alex. Puede que simplemente tu tío no pueda llegar hasta nosotros.

Alex dio unos sorbos a su café. Olivia tosió un poco.

—¿Estás bien? —preguntó él alarmado. Desde su encuentro con el dueño de su alma vivía esperando el momento en que ella diera señales de que estaba

enferma para actuar en consecuencia.

—Claro que estoy bien, es que el café ha entrado por donde no debía.

—Bueno, entonces me voy al trabajo —contestó aliviado—. Ramón debe estar esperando ya en el coche.

—Muy bien. Yo me pondré a trabajar en un rato.

Alex terminó su taza y, dándole otro beso en los labios, dejó la casa para ir al trabajo. En cuanto ella escuchó el sonido de la puerta que se cerraba, dejó su taza en el fregadero y se lanzó escaleras arriba camino de la ducha calculando que en una hora más o menos podría estar en casa de Sonia. Cuando salió del baño le envió un mensaje para avisarle, al que la mujer respondió con un simple «OK».

«¡Qué extraño! —pensó Olivia—, ni siquiera me ha preguntado por qué voy a su casa tan temprano».

Sobre las diez de la mañana, Olivia se bajó del autobús que la dejaba justo frente a la casa de Sonia y llamó al portero automático. La puerta se abrió sin que nadie preguntara quién era y ella entró en el ascensor. Cuando salió de él, Sonia ya la esperaba en el rellano con un vestido de andar por casa y en chanclas. Sonriendo, abrió los brazos para acoger a Olivia y darle un beso en la mejilla que ella correspondió. Agarrándola por el hombro, la acompañó hasta el salón, donde ambas se sentaron en el sofá.

—Ya tardabas en venir a verme. ¡Cómo se nota que Jaime os ha dejado en paz!

—Discúlpanos. Es verdad que deberíamos haber aparecido antes por aquí, pero nos costó tanto conseguir un poco de tranquilidad que hemos estado disfrutando de ella sin más.

—Pero si has vuelto, será por algo... —dejó caer la mujer con una sonrisa burlona en los labios.

—Si te digo la verdad, ni siquiera le he dicho a Alex que venía a verte.

—Mmmm, eso es nuevo. ¿Ha pasado algo?

—En realidad, no, pero él ha cambiado. No sabría cómo describirlo. Quizás

es su mirada, o cómo me observa cuando cree que no me doy cuenta, no lo sé, de verdad. Yo le conté que había visto por fin a su tío Jaime y que su mensaje era el mismo, que tenía que salir de la vida de su sobrino. No sé si será por eso, o por el hecho de que todo se haya calmado, pero lo cierto es que lo noto algo extraño. Se me ocurrió que quizás tenga que ver con las regresiones.

—Bueno, supongo que ver las otras vidas que has vivido no deja a nadie indiferente.

—Por eso mismo, Sonia. Para mí, interactuar con aquella figura que vi, con Jaime, supuso un antes y un después en mi percepción de la realidad. ¿Y si para él ese punto de inflexión lo han supuesto sus regresiones?

—Y has pensado que sería una buena idea tener esa experiencia, ¿no?

—Pues sí. Me gustaría saber lo que se siente, pero ahora que está todo tan calmado no quiero meterlo a él en esto. Es como dar un paso atrás y no sé si le va a gustar que remueva todo este asunto de nuevo. ¿Lo harías por mí? — preguntó ella con mirada suplicante tomando la mano de Sonia entre las suyas.

—No veo por qué no. Ya eres mayorcita para saber en qué te metes. Pero primero nos vamos a tomar una infusión relajante, que eso siempre viene bien. Acompáñame.

Las dos mujeres se dirigieron a la cocina, donde Sonia llenó una jarra de agua que metió en el microondas. Después sacó unas curiosas cajitas que parecían más bien de cerillas y que contenían unas bolsitas que desprendían unos aromas deliciosos a frutas del bosque. Una vez que reposaron un rato en el agua caliente, la mujer puso dos vasos altos en la mesa a los que añadió unos cubitos y luego sirvió la bebida. Allí permanecieron un rato charlando sobre todo lo que había sucedido desde la primera vez que se vieron. Por fin volvieron al salón, y Olivia se tumbó en el sofá lista para empezar el proceso de relajación que la haría adentrarse en otro tiempo y en otro lugar. La voz dulce y pausada de Sonia bastaba para que se sintiera flotando.

Se encontró de pronto en un lugar que reconoció enseguida, pues no había ojos que no lo hubieran visto en documentales y noticiarios. Era uno de esos

guetos judíos de la Segunda Guerra Mundial, donde la gente era obligada a trabajar sin comida y en condiciones totalmente insalubres, sufrían torturas y veían cómo morían sus familiares día tras día sin poder hacer nada, bajo la atenta vigilancia de los soldados del Tercer Reich. Muchas familias se limitaban a sobrevivir allí esperando a que llegara «el día»: el día en el que los llevarían a su destino final en un vagón de uno de los muchos trenes que conducían a miles de seres humanos a diario a las cámaras de gas. Era inútil luchar por la propia vida cuando se estaba en manos del diablo.

Desde que Irina había empezado a trabajar allí, había visto la misma historia demasiadas veces. El dolor, los llantos y los gritos de desesperación, hambre y miedo. Recordaba perfectamente el día en que entró en una de las casas para atender a una familia y, cuando regresó al cabo de unos días, todos habían desaparecido. Todos y cada uno de sus miembros habían sido obligados a tomar su último tren a base de golpes. Podía ver en su mente sus cuerpos famélicos y sucios, envueltos en harapos, mientras le suplicaban que hiciera algo por ellos si podía. El día que descubrió que se los habían llevado fue cuando decidió que tenía que haber algo que ella pudiera hacer para contribuir de algún modo a acabar con aquello. Si podía evitar que una sola persona acabara en la cámara de gas, todo habría merecido la pena. Alguien contactó con ella y le contó que otras muchas personas, mujeres en muchos casos, se dedicaban a salvar a todos los que podían en muchas partes del país. Le dijo que los riesgos eran grandes, que podía ser arrestada, torturada e incluso asesinada sin que a nadie le importara absolutamente nada lo que había sido de ella. Aun así, aceptó. Pensó que si la vida la había puesto delante de esta situación era para que hiciera algo por ayudar, o de lo contrario no podría perdonárselo a sí misma jamás. La razón por la que se había hecho enfermera había sido para salvar vidas, y no había mejor oportunidad que esa. Su tarea fue ser asignada a ese gueto y rescatar todos los niños que pudiera para que fueran entregados a familias que los estaban esperando con los brazos abiertos. Esa sería su única posibilidad de sobrevivir. Así que, todos los días,

la enfermera Irina cruzaba la barrera que daba entrada a la zona para atender a quienes los nazis le ordenaran, ya que no la enviaban allí por ningún tipo de caridad, sino para prevenir que sus soldados pudieran contraer alguna infección por culpa de los prisioneros. Ella aprovechaba para conocer a quienes vivían allí, hablar con ellos y, cuando ya tenía su confianza, contarles lo que podía hacer al menos por sus hijos, ya que no por ellos. Uno de esos días en los que salía del gueto, justo cuando estaba delante de la barrera esperando a que la dejaran salir, oyó hablar a dos soldados muy cerca de ella:

—Acabarán con todos nosotros si no hacemos algo antes.

—¿Algo como qué?

—Matarlos a todos, ¿qué otra cosa se puede hacer? Son como las ratas. Acabaran propagando sus enfermedades entre nosotros, puedes jurarlo.

Cuando ella pasó conduciendo su pequeña ambulancia para atravesar la barrera, el oficial la escupió. Ella no hizo nada, sabía que sería lo mejor y no porque no le importara que un criminal malnacido la hubiera escupido... La rabia que sintió fue por todas las familias que estaban muriendo de hambre y enfermedades en aquel maldito lugar. Sobre todo, los niños. El otro oficial la miró avergonzado. Probablemente, pensó que nadie se merecía un insulto así, pero no dijo nada. Aquella mujer era la única con el valor de ir allí siempre que podía y cuidar de todas esas familias y aliviar un poco su miseria, aunque solo fuera para que no murieran como las ratas que el oficial acababa de decir que eran. Irina pensó que era demasiado joven y que poco a poco se iría endureciendo hasta convertirse en lo mismo que los demás porque eso era lo que mejor hacían, entrenar a los hombres hasta convertirlos en soldados sin piedad, implantarles primero un odio irracional hacia los judíos, para luego ir alimentándolo hasta que los vieran como basura que había que eliminar a cualquier precio. Ella estaba asqueada de aquello, no sabía si fuera de Alemania no sabían lo que sucedía o si simplemente no le importaba a nadie. Cuando al fin salió del gueto, se limpió las lágrimas como pudo mientras conducía y su único alivio fue pensar que había dos niños a los que podría

ayudar y por los que volvería en cuanto tuviera ocasión.

Cuando a la mañana siguiente, después de su jornada dentro del gueto, se detuvo delante de la barrera, uno de los oficiales le pidió su identificación. Ella le dijo que llevaba a los chicos a que los atendieran en el hospital y el hombre se echó a reír a carcajadas.

—Puedes reírte hasta que te orines encima, pero, si no me dejas llevármelos de aquí, te contagiarán la fiebre tifoidea, y también hay que tratar a sus familias si no quieres que toda tu compañía coja la enfermedad.

El hombre la miró con asco y levantó la barrera para que pudiera pasar. Ella sonrió cuando la atravesó porque sabía que esos dos chicos eran simplemente los primeros a los que salvaría, porque tenía claro que ayudaría a todos los que pudiera. Irina era uno de los pocos ángeles que habitan la Tierra, dispuesta a dar su vida para salvar las de los demás. Y sabía que no estaba sola, que otras personas estaban haciendo lo mismo que ella teniendo mucho cuidado de no ser descubiertas para que no pusieran fin a su labor. Al principio sacaba a los críos en su ambulancia con excusas parecidas, uno o dos como mucho, pero después averiguó otras formas de sacarlos de allí sin que ni siquiera los vieran. Una vez en un ataúd, otra en algunos contenedores con los restos de quienes no habían superado la situación. La idea de los contenedores fue muy provechosa, pues podía sacar hasta a tres niños, cuatro si eran pequeños, de una vez. Los oficiales no se atrevían a abrirlos y el que lo hacía se encontraba con la imagen nauseabunda de cadáveres enroscados sobre sí mismos y acababan cerrándolos enseguida para no contagiarse. Y estos eran los que acusaban a los judíos de ser ratas cobardes. Algunos no eran capaces ni de abrir la ambulancia. Lo más difícil fue sacar a los bebés en cajas de herramientas. Uno de ellos había nacido sin que ni siquiera los guardias lo supieran. Para evitar que lloraran durante el viaje, les daba un poco de leche con somníferos.

Lo peor era enfrentarse a los rostros de las mujeres cuyos hijos se llevaba. Lo único que podía hacer por ellas era decirles que haría todo lo que pudiera,

incluso dar su vida, para que tuvieran una oportunidad fuera de aquel inmenso mausoleo que era el gueto. «Lo único que puedo jurarte es que, si no los sacas de aquí, morirán». No sabía qué otra cosa decir a aquellas madres que besaban a sus hijos por última vez con los ojos llenos de lágrimas y los labios hinchados y temblorosos. No hubiera podido soportarlo de no ser porque sabía que todo era por el bien de los niños. Y por eso mismo aguantó cada día.

Una mañana, cuando se disponía a salir del gueto con un bebé dormido dentro de un saco donde se suponía que llevaba material médico, el oficial de guardia en la barrera la detuvo. Todos la conocían ya y algunos incluso respetaban lo que hacía, aunque solo fuera porque así prevenía las infecciones. Además, Irina era preciosa y más de uno admiraba en secreto el valor de esta mujer menuda y de aspecto delicado.

—Buenas tardes, señorita —saludó el oficial.

—Buenas tardes, oficial. ¿Algún problema?

—No —dijo mientras se paseaba alrededor de la ambulancia—. Rutina.

Temió que el oficial hubiera oído algún ruido procedente del interior de la ambulancia, porque no paraba de dar vueltas y asomarse a los cristales para ver el interior.

—¿Ha oído eso?

—No he oído nada, oficial —dijo ella mientras sus manos empezaban a humedecer el volante con el sudor.

—He oído algo como un maullido —dijo—. Déjeme echar un vistazo —añadió abriendo la ambulancia.

Otro oficial que estaba detrás, al darse cuenta de que Irina estaba sudando y que casi podía sentir los latidos de su corazón acelerado por un terror intenso, puso su mano sobre el hombro de su compañero y lo detuvo.

—Venga, hombre. ¿Quieres matarnos a todos? No abras ahí —dijo con media sonrisa.

—He oído algo, Alexander.

—¿Es eso cierto, enfermera? ¿Nos está ocultando algo? —preguntó mientras

la miraba de forma que pudiera entender que estaba de su parte.

—Por supuesto que sí, oficial. Me llevo a uno de sus hombres conmigo. ¿Acaso no está permitido? —contestó ella sonriendo.

El joven no pudo evitar estallar en carcajadas ante la ocurrencia.

—¿Qué pasa? ¿No puede una mujer tener sus necesidades?

Entonces tomó a su amigo por los hombros y abrió la barrera. Irina cruzó y sonrió a Alexander pensando que era la primera vez que lo veía, porque era tan guapo que era imposible que no se hubiera fijado en él si lo hubiera visto antes. Le pareció un buen chico, pero no se dejó llevar por el entusiasmo, sabiendo cómo eran los soldados.

Si realmente el bebé que escondía había llorado, ella jamás lo supo pues se lo entregó a una pareja que le había pedido ayuda porque no podían tener hijos y sabían de sus actividades y las de su organización. Era una preciosa niña rubia de ojos enormes y azules, lo que facilitaría enormemente que pasara siempre por uno de ellos.

Dos noches más tarde, la enfermera Irina fue con unos compañeros de trabajo a un bar del centro de la ciudad. Tenían por costumbre no mezclarse con los soldados nazis, pero aquella noche todo fue diferente, como si las estrellas se hubieran aliado para cambiar el destino de la joven. Entraron en aquel lugar y vieron que había algunas parejas que bailaban y una chica cantaba en el escenario con una orquesta. Era un salón muy amplio cubierto por una ligera capa de humo, como si de un velo se tratase, y amueblado con pequeñas mesas redondas rodeadas de sillas y adornadas con una vela dentro de un portavelas de cristal, cada una de un color. También había chicos solos junto a la barra, que charlaban, reían y lucían sus cuerpos esculturales. Era viernes y eso era lo que hacían todos los viernes por la noche: arreglarse y salir a divertirse. En cuanto ella hizo su aparición, uno de ellos oyó un sonido familiar, como la nana que le cantaba su madre cuando se ponía enfermo de pequeño, o quizás un latido conocido, no habría sabido decir muy bien qué, pero algo lo hizo girarse y, mirando hacia la mesa donde el grupo de amigos se

había sentado, clavó sus ojos en la preciosa enfermera que inmediatamente reconoció como la que había visto dos días antes junto a la barrera. Parecía distraída, o quizás incómoda, como si no quisiera estar en aquel lugar, pero era... era preciosa. Ella sintió su mirada y se la devolvió... y le sonrió. El cielo entero se abrió ante los ojos de Alexander al ver su sonrisa dulce y amable. Se acercó a la mesa y ofreció su mano a Olivia, que lo había estado viendo aproximarse hacia ella sintiendo que todo su cuerpo temblaba. ¿Qué era esa sensación? ¡Aquel hombre era un soldado nazi! No había en ese momento criatura en el mundo que ella despreciara más que los soldados que tanto daño estaban causando a su alrededor.

—¿Le gustaría bailar, enfermera Irina? —le preguntó educadamente.

—Solo Irina, por favor —contestó ella y levantándose se dirigió con él a la pista de baile, delante de la orquesta.

Empezaron a bailar, aunque intentando mantener las distancias, pues aún no confiaba demasiado en él. Esa actitud duró apenas unos segundos, justo antes de que sus miradas se encontraran y se perdieran en ellas. En aquel momento dejaron de escuchar la música y sintieron que los latidos de sus corazones se acompañaban. Así no se miraba la gente que no se conocía, así se miraban dos almas que acababan de volver a encontrarse y se habían reconocido. Irina sentía mariposas en el estómago notando sus manos fuertes y grandes rodear su pequeña cintura. Sentía su aliento en su pelo mientras apoyaba la cabeza en su pecho y podía oler su aroma limpio y fresco. Así estuvieron unos minutos en silencio, hasta que ella dijo:

—Gracias por tu ayuda de la otra noche.

—¿Mi ayuda? —preguntó él sorprendido.

—Sí... tu ayuda. Te diste cuenta de que la necesitaba y fue muy amable por tu parte intentar echarme una mano.

—Si te digo una cosa, ¿prometes no tomarme por un loco?

Ella sonrió y lo miró a los ojos:

—Tranquilo, no lo haré.

—Te juro que podía sentir que tu corazón saltaba dentro tu pecho. Nunca antes me había pasado nada igual. Me quedé perplejo, pero supe que fuera lo que fuera lo que te hiciera sentirte así, tenía que ayudarte.

Ella volvió a mirarlo y sonrió ligeramente.

—¡Genial! —añadió él—. Ahora crees que estoy chalado, ¿verdad?

—No... al contrario... Me sentí tan reconfortada cuando te vi... como si supiera que estaba a salvo en tu presencia. ¿Quieres preguntarme algo más?

—No —dijo él ignorando la pregunta, a sabiendas de que ya estaba perdido por completo e involucrado en lo que quiera que ella estuviera haciendo.

—¿No? —dijo ella sorprendida, pues esperaba que quisiera indagar por la razón de su nerviosismo de aquella noche.

—No. Solo quiero bailar contigo.

Y bailaron, hablaron y bebieron hasta el amanecer, cuando Alexander la llevó a su casa, un pequeño apartamento no muy lejos de aquel bar.

Irina siguió con sus actividades clandestinas intentando ayudar a todas las familias judías que pudiera mientras Alexander fingía no saber absolutamente nada acerca del tema. Sin embargo, pasaban cada vez más tiempo juntos y su relación iba más rápido de lo que podían haber imaginado cuando empezó, como si hubieran estado juntos desde siempre, como si se pertenecieran el uno al otro desde el principio de los tiempos. La primera vez que hicieron el amor en el apartamento de Irina, sintió que nunca había amado a nadie como a aquella mujer. Todo empezó después de haber hablado un buen rato justo en el portal del apartamento de ella. Él bromeó y con su sonrisa pícaro, casi maliciosa, advirtió a Irina de que tarde o temprano tendría que dejarlo entrar y ella, coqueteando y con gesto de niña buena, abrió la puerta con una mano mientras con la otra lo empujaba hacia dentro del pequeño salón. Alexander no podía creer lo que la chica acababa de hacer. Empezaron a besarse nada más atravesar el umbral, en cuanto ella cerró la puerta. Al principio, despacio y con calma, sintiendo sus respiraciones y sus labios mientras se acariciaban lentamente. Él dibujaba su figura con sus manos de arriba a abajo. La colocó

delante, con su espalda contra su pecho, y siguió acariciando todo su cuerpo mientras sus labios recorrían su cuello, su nuca y sus orejas, dejándola notar su aliento. La respiración de Irina se convirtió casi en un jadeo inmediatamente al sentir sus manos sobre sus pechos por encima de la ropa y su erección en la parte alta de su espalda. Estaba excitada como nunca antes lo había estado. El calor aumentó de repente dentro del pequeño salón cuando los besos suaves y lentos se convirtieron en labios abiertos y lenguas que exploraban cada uno de los rincones del otro, y a medida que la pasión aumentaba se quitaron la ropa el uno al otro al ritmo que les dictaban sus cuerpos. Alexander miró el de Irina, sus pechos pequeños y redondos, y el deseo inundó por completo su mirada.

—Eres perfecta. ¿Por qué no te habré encontrado antes?

Ella no contestó, no tenía aliento para pronunciar ni una palabra y se sentía tan segura entre aquellos brazos fuertes, tan amada y tan deseada, que lo único que quería era sentirlo tan dentro como fuera posible. Ambos se besaron y acariciaron de camino al dormitorio —únicamente amueblado con una cama y una mesilla de noche— y, una vez en la cama, sus lenguas y sus manos se desataron en un juego insoportable de calor y deseo. Alexander se colocó sobre ella, besando su cuello, lamiendo los lóbulos de sus orejas, luego sus pechos y su ombligo, mientras ella respondía a sus caricias con suaves gemidos de placer y le abría paso a todo él, que se mecía dentro de ella, sudando y sin poder controlar sus gemidos, susurrando su nombre en su balanceo. Luego fue ella la que se colocó sobre él y se movió más salvajemente, sintiendo que iba a hacer explosión de un momento a otro. El deseo había invadido por completo sus miradas, sus mejillas estaban rojas y brillantes debido a la dulce agonía que los envolvía y a la tortura que se negaban a dejar de disfrutar, sus cuerpos se entrelazaron en una coreografía perfecta, con la que habían nacido, pero de la que no habían sido conscientes hasta el mismo instante en que compartieron cuerpo y alma. Respirar era cada vez más difícil por la cercanía del éxtasis, y el sonido de sus propios gemidos

los hizo estallar en un clímax, primero a ella, y luego a él, que podía sentir cómo todo aquel diminuto cuerpo temblaba y se retorció bajo su piel, intentando no gritar su nombre y cubriendo sus labios para apaciguar los jadeos. Y por fin la calma, la paz de cuerpo, alma y corazón, hasta que rendidos y sudorosos se abrazaron y se quedaron dormidos sin darse cuenta. Hubiera sido imposible contar las veces que el amanecer los había sorprendido así, uno en los brazos del otro, como si sus cuerpos hubieran sido moldeados para aquel momento.

Pasaron las semanas y los meses. Irina contaba con la ayuda de Alexander en su lucha particular contra el mal, y él hubiera dado su propia vida para protegerlos a ella y lo que estaba haciendo sin pensarlo ni un instante.

Una de aquellas preciosas mañanas de domingo en las que solían dormir hasta tarde, Alexander se levantó para ir al cuarto de baño. Tenía mucho calor, como si tuviera fiebre, y fue a echarse un poco de agua en la cara. Cuando miró el espejo vio una especie de sombra que lo miraba desde el otro lado con ojos amarillentos. Más que oír sintió lo que le dijo en cada fibra de su cuerpo:

—Ha llegado el momento, Alexander. Cierra los ojos y sabrás lo que tienes que hacer.

Miró a su alrededor aterrado, como intentando despertarse de una horrible pesadilla, y descubrió que no estaba durmiendo. Vio cómo la sombra se iba difuminando en el espejo hasta desaparecer, pero aun así podía escuchar su voz:

—Ha llegado el momento... Haz lo que tienes que hacer o ella morirá.

Un escalofrío recorrió su espalda y todo su cuerpo se erizó. Volvió a mirar al espejo y vio imágenes, aparentemente sin relación alguna, de su Irina, que sonreía, embarazada, y de un hombre vestido de negro, de sangre y soldados alemanes, de niños, niñas, bebés y madres que lloraban, y su mujer que, esposada, era golpeada y pateada por algunos soldados... No pudo soportarlo y gritó llevándose las manos a las sienes y apoyándose contra la pared para no caerse. Irina, asustada, lo llamó desde el dormitorio.

—Alexander, ¿estás bien?

—Sí... —respondió él desde el interior intentando que su voz no delatara lo que acababa de suceder—. Tranquila, estoy bien...

Ahora sabía lo que tenía que hacer para prevenir lo que acababa de ver. Sus ojos en el espejo lo miraban fijamente, como si quisieran preguntarle cómo iba a cumplir esa vez con su pacto. Los cerró justo cuando Irina entraba al baño para ver qué le sucedía.

—¡Alexander! ¡Estás empapado! —Le puso la mano en la frente y exclamó—: ¡Y helado! Ven conmigo, vamos a meterte en la cama, creo que estás incubando algo.

Él abrió los ojos y trató de sonreír.

—No, no... De verdad, estoy bien. Creo que me he mareado. Vamos a preparar algo de desayunar —dijo intentando sonar lo más normal posible.

Unos días más tarde Alexander descubrió que algunos soldados estaban molestando a las chicas del gueto, incluso a las niñas. Estaban en la cantina, riéndose y presumiendo de haber puesto sus sucias manos sobre aquellos cuerpos aún inocentes. Uno de ellos, alto y enjuto, dijo:

—La putita rubia es mía... No te atrevas a tocarla antes que yo. Puedes hacer lo que quieras con las otras dos.

—Ayer tuvo suerte de que no pudiera encontrarla... pero hoy no será tan afortunada. Su piel debe ser como la de un bebé... ¿Cuántos años tendrá, Frank?

—¿A quién coño le importa? Tal vez once o doce. Suficientes para aprender lo que quiere un hombre de verdad. —Y los dos estallaron en carcajadas y bebieron su vaso de un trago.

Alexander sabía que ese tipo de abusos sucedía cada día en toda la nación y que no podía rebelarse ante ello si no quería ser acusado de alta traición y fusilado. Sin embargo, esa vez sintió como si su corazón empezara a arder y su mente se aclaró para decirle que él sí podía hacer algo para evitarlo en esa ocasión. Miró por la ventana. Era de noche. La oscuridad sería su aliada. Si

tenía que matar, nadie mejor para ser sus víctimas que esos dos bastardos lascivos...

Aquella noche, cuando los dos soldados deambulaban por las calles del gueto buscando a las niñas, los siguió para asegurarse de que la conversación que habían mantenido no había sido producto de su embriaguez. Se apostaron detrás de una esquina cerca de la plaza central y, cuando las dos niñas salieron de una de las casas y pasaron por su lado, se abalanzaron sobre ellas, las sujetaron y les taparon la boca de forma que no pudieran gritar. Las niñas intentaron luchar, pero ellos eran altos y fuertes, y ellas jóvenes y demasiado débiles y delgadas debido a la falta de alimentos. De repente, como si apareciera de ningún lugar, como un abruma negra y poderosa capaz de arrastrar consigo cualquier cosa, Alexander, poseído por una fuerza casi sobrenatural, se lanzó sobre los dos hombres que habían empujado a las niñas hasta un callejón y, con el cuchillo que ellos iban a utilizar para doblegar a las chicas, los degolló e hizo saltar la sangre sobre los rostros de las dos, que no sabían si tenían más miedo de los hombres que acababan de morir o de él. Se levantaron del suelo donde las habían arrojado y echaron a correr aterrorizadas, gritando y pidiendo ayuda. Había sangre por todas partes, por las paredes, en el suelo, y la gente empezó a salir de las casas para ver qué había sucedido. Alexander huyó hacia el bosque antes de que pudiera ser descubierto. Corrió y corrió y miraba a uno y otro lado y hacia atrás para ver si alguien lo seguía.

Una voz aterciopelada y familiar lo llamó por su nombre.

—Alexander, despierta, Alexander, es una pesadilla —le decía la dulce voz mientras le daba suaves empujones en el hombro para hacer que se despertara. En la mente de Alexander en ese instante se fundían mil épocas y mil lugares, y lo único que le era familiar entre todas aquellas imágenes era el sonido de su nombre procedente de la única voz que significaba algo para él en el mundo,

la voz de su Olivia. Abrió los ojos y allí estaba, frente a él, con la cabeza apoyada en la almohada, mirándolo con gesto preocupado. Entonces cayó en la cuenta de dónde estaba, del momento y el lugar exactos en los que había abierto los ojos esa vez, y con gesto sorprendido se atrevió a preguntar:

—¿Por qué me has llamado así?

Ella, con la misteriosa y calmada mirada de quien está más allá de toda duda, le contestó:

—Porque ese es tu nombre, es quién eres y sé que tú también lo sabes. ¿No es así?

Alex tragó saliva y bajó la mirada para atreverse a preguntar:

—¿Cómo lo has descubierto?

—No hay que ser muy lista, Alex. Hace días que no eres el mismo. Todo en ti es diferente, tu mirada, tus gestos, tu actitud. Siento como si no estuviera con la persona que conocí. Fui a ver a Sonia y ella me lo confirmó.

—¿Sonia? —preguntó aún más sorprendido—. ¿Cómo?

—Acompañándome en mi primera regresión. Alex —dijo ella sentándose en la cama—. Lo he visto... a él... He visto cómo te ha obligado a cumplir con tu parte del trato. He sentido tu dolor y tu miedo cada vez que has saldado cuentas, y el rechazo que sientes hacia ti mismo cada vez que tienes que hacerlo.

Alex también se había sentado en la cama, con la espalda contra la almohada. La miró avergonzado antes de atreverse a decirle:

—Ha vuelto. Ha venido a decirme que ha llegado el momento... otra vez.

—¿Y no pensabas contármelo? —preguntó Olivia con el rostro empañado por un halo de decepción.

—Nunca lo he hecho, Olivia. Tú nunca lo has sabido, eso era parte del trato. Ahora no sé lo que esto va a provocar en los acontecimientos.

Durante un par de minutos permanecieron en silencio, ambos mirando las sábanas, rumiando sus próximas palabras para no herir al otro al pronunciarlas. Finalmente, Olivia se atrevió a romper el silencio.

—¿Acontecimientos? ¿Así llamas a lo que haces?

—No lo llamo de ninguna manera. No he hablado de ello desde que lo descubrí. Pero lo cierto es que en nuestras existencias anteriores yo me he encargado de todo y ella... tú... no sabías nada.

—No podía decidir, ¿es eso lo que quieres decir? ¿Alguna vez te has preguntado qué hubiera querido ella para ti...? Yo... yo jamás hubiera dejado que sufieras tanto si lo hubiera sabido.

Respiró profundamente antes de continuar:

—Eso ya no importa, Alex. Creo que sé lo que tienes que hacer para acabar con esa esclavitud de siglos.

Alex la miró aterrorizado, adivinando la idea que rondaba por su cabeza porque él también llevaba siglos pensando que esa sería la única forma de acabar con el maldito pacto. Antes de que ella pudiera continuar, le dijo con voz firme:

—¡No!

—Alex... —intentó continuar ella.

—¡No! ¿Sabes lo que me estás pidiendo? —Dio un salto de la cama y salió de la habitación. Olivia lo siguió en su confuso periplo por el pasillo y las escaleras, como si no supiera dónde iba o dónde detenerse. Lo llamó un par de veces, pero no se detuvo hasta que llegó al salón y se sentó en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre sus manos.

—Alex... Esta vez debes hacerlo... —dijo ella sentándose a su lado y apartándole las manos del rostro para buscar su mirada. Cuando por fin sus ojos se encontraron, Olivia lanzó sin dudar—: Esta vez tienes que dejarme morir.

El rostro de Alex reflejaba un dolor infinito, sus ojos empañados por dos lágrimas incipientes que descansaban aún en sus párpados. No pensaba ni por un momento hacer lo que Olivia acababa de decirle. ¿De qué había servido entonces tanto sacrificio en sus otras vidas? ¿Y si lo único que hacía que volvieran a encontrarse una y otra vez era precisamente que tenían que renovar

el pacto? ¿Y si al romperlo no se encontraban nunca más?

Olivia pronunció su nombre tan dulcemente como solo ella sabía hacerlo para sacarlo de los pensamientos en los que se había perdido y él la miró como si acabara de verla por primera vez después de un largo viaje. No había palabras para expresar lo que estaba sintiendo en aquel momento. Le tomó la cara con sus manos.

—No voy a dejarte marchar. —Y acentuó cada palabra a medida que las pronunciaba.

Ella soltó un profundo suspiro. No se le ocurría qué podría hacer para convencerlo.

Ya en la cocina, Alex, apoyado contra la encimera, consiguió que las palabras atravesaran el nudo que se había instalado en su garganta y acertó a decir:

—No puedo perderte, Olivia, nunca he podido, por eso empezó todo, porque la primera y la única vez que supe que no volvería a verte jamás, no pude soportarlo.

Olivia se lanzó a sus brazos y así permanecieron unos instantes meciéndose abrazados delante de la encimera, cada uno haciendo las paces con sus pensamientos.

—No he sido feliz de verdad hasta que te encontré y no estoy dispuesto a verte sufrir, a verte morir, sabiendo que puedo evitarlo —dijo él al fin.

—Alex, en nuestras otras vidas yo nunca sabía la tortura a la que te sometías a ti mismo para mantenerme a tu lado, pero ahora lo sé, y jamás podré ser feliz sabiendo lo que tienes que hacer para cumplir el pacto.

—Son delincuentes, violadores de niños, asesinos —dijo recordando a sus víctimas.

—No por eso dejas de ser tú uno de ellos.

Alex, que obviamente había estado justificando sus actos basándose en esa premisa, de repente no se sintió tan seguro de sí mismo. Era cierto. Al fin y al cabo, él no era más que un asesino.

Miró a Olivia, la besó y, sin más, se marchó escaleras arriba.

Olivia se sentó y removi6 sin cesar una taza de tila que se habfa preparado mientras se preguntaba qu6 podfa hacer. En ese momento hubiera agradecido enormemente que Jaime se hubiera manifestado para darle alguna pista. Entonces record6 la 6ltima vez que lo vio y lo que le pidi6 en aquel momento. Le dijo que se marchara de la vida de Alex y por unos segundos contempl6 la posibilidad. Tal vez si Alex no sabfa nada de ella, no podrfa hacer nada por ella. De pronto, la idea la pareci6 absurda. El Diablo querfa v6ctimas, y encontrarfa la manera de que 6l supiera de ella para que volviera a matar. La 6nica forma de acabar con aquello era que Alex decidiera libremente dejarla marchar, dejar que el destino siguiera su camino, sin interponerse de ninguna manera. Pens6 que si habfa madres que daban a sus hijos a una desconocida para salvarlos de una muerte segura, ella podrfa aceptar su destino y 6l tendrfa que aceptar el suyo, por muy duro que fuera ese sacrificio. Subi6 de nuevo al dormitorio donde Alex ya se habfa vuelto a meter en la cama y permanecfa boca arriba, con los brazos detr6s de la nuca, mirando el techo, y se acurruc6 a su lado. No habl6, no tenfa nada que decir. Le gir6 la cara con su mano y lo bes6 con dulzura. 6l respondi6 a sus labios y cuando pas6 el dorso de sus manos por sus mejillas para secarle las l6grimas, se miraron un instante y se entregaron el uno al otro como si fuera la 6ltima vez.

Dueña de su destino

Quien había decorado la sala de espera de aquella clínica se había esmerado en que pareciera cualquier cosa menos lo que era. Preciosos cuadros con imágenes que representaban el mar y sus trabajos, las playas y los niños que jugaban, y otras con el cielo como protagonista daban a la estancia un aire alegre y fresco, acentuado por las paredes de estuco en color melocotón. En una de las esquinas una pantalla mostraba nombres de especialistas que trabajaban en la clínica para mostrar después vídeos de las habitaciones individuales y las zonas ajardinadas que la rodeaban, sin olvidar las que mostraban el mar justo en la parte de delante del edificio, visible casi desde cualquiera de las habitaciones. Olivia había acudido allí a recoger una analítica que el médico de familia le había prescrito por encontrarse débil y marearse a menudo. Supuso que sería algo de anemia, pero nunca estaba de más un chequeo y, ahora que tenía trabajo, era un buen momento para hacerlo. Al acercarse al mostrador de recepción, en lugar de darle un sobre con los resultados como era habitual, le dijeron que el médico quería hablar un momento con ella, lo cual tampoco le extrañó demasiado. Se sentó en la sala de espera frente a la consulta número uno, tal y como la auxiliar del mostrador le había indicado, y sacó su móvil dispuesta a entretenerse un rato mientras esperaba ser atendida. La puerta no tardó en abrirse y el doctor que apareció en el umbral la llamó amablemente por su nombre. Ella sonrió, asintió y entró después de él en la consulta.

—Siéntese, por favor —invitó el doctor.

Olivia se sentó. El hombre, con gesto preocupado, miró una y otra vez unas hojas grapadas que Olivia dio por hecho que eran los resultados que tenía que entregarle y eso la puso un poco nerviosa.

Por fin el hombre rompió su silencio:

—No hay forma sutil de decir esto, así que, allá voy. A juzgar por los resultados de esta analítica, estamos ante la presencia de algún tipo de tumor.

Olivia parpadeó asombrada y se agarró a la correa de su bolso.

—¿Qué? ¿Dónde? —fue capaz de pronunciar.

Por un momento sintió que había salido de su cuerpo y que estaba siendo testigo de la conversación desde fuera. Era imposible que eso pudiera estar sucediendo. Entonces, su corazón dio un vuelco. No. No lo era. Quizás era el principio del fin.

—Voy a remitirla a un hematólogo que será quien se encargue de su caso en adelante. Los síntomas que aparecen en su historial y los resultados de la analítica coinciden con la leucemia.

—¿Leucemia? Yo... Yo creí que simplemente necesitaba unas vitaminas.

Mientras el médico le pedía disculpas por ser el portador de tan desagradables noticias, por la mente de la joven empezaron a circular todo tipo de imágenes, desde habitaciones de hospital, hasta cabezas desprovistas de pelo por la quimioterapia, pasando por los rostros de sus seres queridos y algún que otro ángel de los que adornan algunas tumbas. Finalmente, Alex también apareció en su cabeza. Pensó un instante en cómo le daría la noticia que tanto tiempo habían estado temiendo y que, aunque pareciera una contradicción, a veces creían que nunca llegaría.

El doctor volvió a pronunciar su nombre:

—Olivia...

—Disculpe —contestó ella—. Me he distraído... Esto es... es algo muy fuerte.

—Lo sé, pero créame cuando le digo que le sorprendería la cifra de tumores

que las personas superan cada año. No trato de quitarle importancia, por supuesto, pero es la verdad. Lo primero es averiguar a qué tipo de leucemia nos enfrentamos. Yo solo soy un médico de familia, no soy un especialista. El hematólogo será quien le prescriba las pruebas necesarias.

El doctor se puso en pie, lo que le indicó a Olivia que allí ya no había nada más que hacer. Se levantó también, estrechó su mano extendida y cogió el sobre con sus resultados para luego abandonar la consulta con la sensación de una levedad absoluta, como si levitara en lugar de caminar. Incluso se pellizcó deseando estar soñando una de esas raras situaciones que acaban al despertar. No. Esa vez estaba despierta.

Se quitó los zapatos para caminar lentamente por la arena de la playa, aunque sin acercarse a la orilla, que se había convertido en un inmenso mar de colores gracias a las sombrillas y toallas que la gente había repartido por doquier. Unos metros más arriba se detuvo en una terraza y pidió una botella de agua fría para sentarse a beberla en uno de los bancos de hierro que había repartidos a lo largo del paseo. No tenía ni idea de cómo iba a darle la noticia a Alex. Lo que sí sabía era cuál iba a ser su reacción. Él sí había estado pensando a menudo en ese momento, aunque solo en alguna ocasión lo había mencionado en voz alta. Se sentiría responsable, pensaría que ya era hora de rendir cuentas a la otra parte del acuerdo para salir airoso de la situación, y ahora era cuando ella tendría que convencerlo de que, si la quería y si realmente la respetaba, tenía que aceptar su decisión de no inmiscuirse. Había estado muy segura de todo ello mientras se había encontrado bien, mientras la enfermedad solo era una posibilidad remota, pero en ese instante lo único que sentía era miedo e incertidumbre. Se sintió confusa y cansada, así que se levantó de allí y se fue a casa. Sabía que Alex no estaría en ella, pues para poder irse de vacaciones en septiembre estaba trabajando duro durante todo el verano y no llegaría hasta que ya hubiera oscurecido. Subió al dormitorio, se tumbó en la cama en posición fetal y miró sin parpadear la ventana abierta y las cortinas levemente empujadas por la brisa cálida que entraba por ella.

Hacía poco que Alex y ella se conocían, pero su sensación era que llevaban juntos toda la vida. Quizás se debiera a las cosas tan extrañas de las que habían sido testigos, o a todo ese estudio en el que el tío Jaime los había metido sin que ninguno de los dos estuviera muy de acuerdo en realidad. El caso era que se enfrentaba a la difícil tarea de darle la noticia a Alex y, por supuesto, a su propia familia. ¿Cómo iba a decirle a sus padres que estaba tan enferma? Llevaba meses sin verlos, desde que se había mudado con Alex. Ellos estarían con su caravana en cualquier rincón de la vieja Europa donde no hiciera frío, que era lo que solían hacer durante el verano. No se le ocurría cómo podría coger el teléfono para decirles que padecía leucemia, cuando lo último que les había contado era que tenía un nuevo trabajo y que le gustaba un chico guapísimo.

Por un instante se le pasó por la cabeza que no había ruido extraños en la casa, ni leves brisas ni portazos. Pensó que quizás estaba demasiado cerca de la otra vida y que por eso no recibía ningún tipo de manifestación. Llamó a Jaime, tal y como estaba, tumbada en la cama, pero nadie respondió. Se acurrucó abrazada a la almohada y se quedó dormida sin darse cuenta.

Alex volvió del trabajo sobre las nueve y se extrañó cuando no vio a Olivia por la casa ni apareció a saludarlo al oírlo entrar. Creyó que no estaría en la casa, o que igual estaba encerrada en la buhardilla trabajando y no lo había oído llegar. Subió al dormitorio dispuesto a darse una buena ducha y se la encontró durmiendo plácidamente. Le pareció un poco tarde para dormir, o un poco pronto, según se mirara. Se acercó casi de puntillas a la cama y se sentó para cubrir su mejilla con leves besos que apenas la rozaron hasta que ella abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué hora es? —dijo sentándose de un salto en la cama.

—Las nueve de la noche. ¿Te encuentras bien?

—¿Acabas de llegar?

—Sí. Voy a darme una ducha. ¿Quieres que salgamos a cenar?

—No —contestó ella mientras se estiraba y se frotaba los ojos—. ¡No me

puedo creer que me haya quedado dormida! Prepararé algo mientras tú te duchas.

—Muy bien. No vemos ahora.

Olivia salió de la habitación sintiéndose como si alguien le hubiera dado una paliza. Estaba agotada y lo que más la agobiaba era que tendría que darle la noticia a Alex tarde o temprano y que no había un momento que fuera adecuado para algo así. Lo hiciera cuando lo hiciera, todo cambiaría entre ellos. Preparó una ensalada y sirvió en distintos cuencos algunas conservas y encurtidos, y finalmente abrió una botella de vino para acompañar. Estaba dando el primer sorbo a su copa cuando Alex entró oliendo a gel de baño y llevando un pantalón corto y una camiseta. Se asombró al ver la cantidad de platos que Olivia había colocado en la mesa.

—¡Guau, menudo festín! ¿Qué celebramos?

Entonces ella fue consciente de que se había distraído llevando y trayendo platos y preparando comida y sí, se había pasado.

—Bueno, son unas conservas y una ensalada, tampoco es para tanto.

—Pues la verdad es que me apetecen mucho.

Mientras cenaban, Alex no paró de hablar de su trabajo, de lo estresante que era ultimar todos los detalles para poder ir de vacaciones cuadrando todos los proyectos que tenían que entregar para entonces.

—¿Y has pensado ya a dónde te gustaría ir? —le preguntó a Olivia.

Ella, que había estado todo el rato intentando disimular su ausencia, aterrizando desde cualquiera sabía qué cielos para centrarse en lo que él le estaba contando, contestó:

—Mis padres están en Niza, ¿te apetece ir?

El joven se quedó perplejo. Desde que se conocían lo único que sabía él de los padres de Olivia era que habían vendido unas cuantas propiedades y se habían comprado una caravana para recorrer Europa. Ella nunca había mencionado que tuvieran intención de pasar por allí, o de que ellos fueran a verlos. De hecho, Alex estaba convencido de que ni siquiera les había dicho

que tenían una relación tan seria, ya que tampoco se lo habían dicho a su propia familia y vivían en el mismo lugar. Superada la sorpresa, tampoco le pareció una idea muy descabellada.

—Si eso es lo que quieres, por mí, vale.

Pero la mente de Olivia ya había dejado atrás esa conversación y estaba dándole vueltas a lo realmente importante que tenía que decir. Al final, llegó a la conclusión de que solo había una forma de hacerlo.

—Alex —se atrevió por fin a pronunciar—, tengo que decirte algo.

«Jamás una buena noticia empezó con esas palabras», fue lo primero que a él le vino a la mente.

—He ido hoy al médico a por los resultados de mis análisis.

Una voz interior le susurró a Alex que no quería oír lo que venía a continuación.

—Tengo cita con un especialista en un par de días.

Él se levantó y se arrodilló delante de ella.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Parece que según los resultados hay algún tipo de tumor en la sangre.

—Olivia... —fue todo lo que él pudo pronunciar mientras sentía cómo todo su ser se derrumbaba hasta el punto en que creyó que, si hubiera estado de pie, se habría caído al suelo.

—Tranquilo, Alex —dijo ella acogiendo su cabeza en su regazo y besándole la sien—. Tenemos que esperar a ver qué pasa.

—Ya sabemos lo que va a pasar, Olivia —dijo él sin atreverse a mirarla.

—No lo sabemos. Será la primera vez que nos enfrentemos a esto sin hacer nada y no conocemos las consecuencias que eso tendrá.

—Vamos, Olivia... —dijo él sentándose en uno de los escalones que daba acceso al patio.

—Me lo prometiste, Alex —añadió ella con la voz entrecortada. Él no contestó. Diez minutos antes casi había olvidado quién era y cuántas vidas lo habían llevado hasta allí, y en ese momento ya no era dueño de su destino ni

del de la mujer que amaba.

—No. No te prometí nada. ¿Qué harías tú si la situación fuera al revés?

—Respetaría tu decisión. Alex, déjame resolver esto a mi manera, o morir en el intento si no hay solución, pero no nos condenes otra vez a una vida entera de incertidumbre y dolor, o quién sabe a cuántas más. Si el doctor tiene razón, pronto tendré que empezar con el tratamiento.

No estaba en su mente echarse a llorar como una niña pequeña y abrazarse a Alex como si no fuera a volver a verlo, pero de repente el miedo la invadió, un miedo antiguo. En el fondo no esperaba que la muerte fuera a buscarla después de una larga enfermedad y una terrible agonía. En su interior había imaginado que sería algo rápido, un atropello, un asalto, cualquier cosa menos meses de dolor y esperanza perdida. Lo más duro no era la lucha, sino saber de antemano que se ha perdido la batalla. Alex se echó a llorar también con la misma congoja de un niño que se siente abandonado.

—Olivia...

—¿Harás algo por mí? Antes de que todo esto empiece, ¿me llevarás a cenar y a bailar como si no pasara nada? Te necesito a mi lado... ¿estarás aquí? — Sus ojos derramaban ríos de lágrimas silenciosas.

—Estaré contigo —fue todo lo que él pudo decir antes de volver a abrazarla.

Aquella noche durmieron el uno en brazos del otro acariciados por la brisa de la madrugada que entraba por la ventana. Ya casi al alba, Alex se despertó sin motivo alguno. Dejó caer la cabeza de Olivia, que estaba apoyada en su pecho, sobre la almohada y bajó a la cocina a por un vaso de agua. Al cerrar el frigorífico vio reflejada en la puerta de aluminio la figura alargada y oscura de aquel con quien tenía un trato eterno. Se giró y allí estaba, apoyado en el quicio de la puerta, mirándolo con absoluta tranquilidad, como quien espera el autobús, acariciándose la perilla con la mano izquierda.

—Vaya, vaya, vaya... Alexander. Me tienes completamente despistado. No eres el que yo recordaba.

—No voy a cumplir el pacto esta vez —dijo desafiante.

—Eso he oído. Pero déjame decirte que eso no te llevará a ningún sitio. Perderás a Olivia y vivirás una horrorosa y larga existencia sin ella, sin esperanza, sin ilusión. ¿Es eso lo que quieres?

—Eso es lo que ella quiere.

—¡Ah, tremendo error dejar que ella lo sepa! ¿Cómo te las has arreglado, chaval?

Alex no contestó. Era plenamente consciente de que aquel hombre estaba jugando con él para volver a llevarlo a su terreno.

—Bien. Pues si esa es tu decisión, no se hable más. Al menos no podrás decir que no te avisé... Alexander. Déjame decirte, de todos modos, que seguiré estando ahí, a tu lado, solo tienes que llamarme cuando no puedas soportarlo.

Su nombre sonó como una amenaza antes de que la figura desapareciera delante de sus ojos. El pacto seguía en pie, aún podía cambiar lo que estaba sucediendo. Solo tenía que salir a la calle y encontrar a algún desgraciado que no mereciera el aire que respiraba y seguramente el médico le acabaría comunicando a Olivia que lo del tumor había sido un error de diagnóstico. Volvió a la cama temblando, no porque tuviera miedo del oscuro personaje que lo atormentaba, sino porque tenía la certeza de que lo que les esperaba iba a ser una auténtica tortura. Se colocó detrás de Olivia y olió su pelo. Ya no logró dormir en toda la noche. ¿Cómo iba a ser capaz de soportar lo que estaba por venir sin hacer nada, sabiendo que el alivio a su dolor estaba tan cerca? Él lo había dicho, podía acudir en su búsqueda en cuanto lo necesitara, renovar el pacto, hacer lo que siempre había hecho para proteger a la mujer que amaba y a sí mismo. Pero Olivia se lo había implorado, quería ser libre, quería tener derecho a que se cumpliera su fatal destino sin que ninguna fuerza sobrenatural interviniera. Y nada era más importante para él que ella. Ahora solo le quedaba demostrar que su amor era tan fuerte como para no intervenir.

La noche siguiente fue mágica para los dos. Alex había reservado una mesa en una de las terrazas más famosas de la ciudad y salieron a cenar engalanados

para la ocasión. Olivia estaba radiante en aquel precioso vestido tornasolado ajustado, que dejaba al aire toda su espalda. Incluso se maquilló un poco y usó el perfume favorito de Alex. Él, por su parte, vestía una camisa blanca de lino de cuello *mao*, que contrastaba con su piel dorada por el sol del verano, y un pantalón azul marino también de lino. Ni siquiera usaron su propio coche para ir a la ciudad, cogieron un taxi a sabiendas de que beberían y brindarían como si estuvieran celebrando su compromiso, porque eso era en realidad lo que suponía aquella noche, un compromiso y una despedida. Cenaron, tomaron vino y brindaron con champán para después bailar durante buena parte de la noche. Luego fueron a la habitación del hotel que Alex había reservado para los dos sin que Olivia lo supiera y se amaron como solo sus dos almas sabían hacerlo pues era lo único que habían hecho desde que empezaran su caminar por el mundo de los vivos. Aquella velada no hubo dolor ni enfermedad ni miedo, solo ellos con toda la vida por delante, como cuando uno es ajeno a su destino.

Adiós, mi amor

Jamás hubiera imaginado Alex, ni en sus peores pesadillas, las veces que voluntariamente hubiera salido a la calle de noche a acabar con la vida de cualquiera con tal de no verla sufrir así. Sentía la sombra alargada del diablo a su alrededor, aunque no podía verla. Sabía que estaba junto a él, acechando, esperando el momento en el que por fin decidiera rendirse para volver a tenderle la mano que lo había esclavizado durante tanto tiempo. Hasta ahora se las había arreglado para resistirse.

Los días en el hospital eran horribles, pero al menos recibían visitas que conseguían distraerlo unos instantes de la situación. Los padres de ambos, los amigos, algunos familiares peregrinaban por el hospital a diario, cada día más seguros de que Olivia no iba a mejorar. Sí, los días en el hospital eran muy duros... Pero las noches... las noches eran una negra eternidad de silencio y desesperación, donde el tiempo parecía detenerse y los segundos tardaban horas en sucederse. Alex se había negado a ser relevado por el resto de la familia y nadie había logrado convencerlo de que abandonara el hospital a no ser que fuera para comer y, al principio de los ingresos, para trabajar. Y era por las noches, cuando más solo, deprimido y en silencio se encontraba, cuando podía sentir con más intensidad una fuerza que quería arrastrarlo a que pusiera fin a esa situación como había hecho durante siglos. Entonces acercaba una silla a la cama y cogía la mano de Olivia con mucho cuidado de no despertarla, y así permanecía hasta que el sueño lograba vencerlo y las ganas

de acabar con todo eso se apaciguaban. Se lo había prometido y lo cumpliría, a cualquier precio.

En tres meses Olivia había perdido su preciosa melena negra y cubría su cabeza con una bandana azul marino. Sin embargo, su delgadez extrema y la palidez de su rostro no podían ocultarse de ninguna manera, así como el cansancio de su mirada, que parecía gritar que ya no podía más. Los médicos estaban haciendo todo lo posible, pero sus esperanzas se agotaban. El cáncer había estado en su cuerpo bastante antes de que fuera detectado en aquella analítica y no fue posible llegar a tiempo de que no se extendiera a otros órganos vitales, lo único que se podía hacer era proporcionarle el tratamiento necesario para frenar su avance y el dolor físico. Durante un par de meses estuvo en casa, yendo al hospital solamente para las sesiones de quimioterapia, pero con el tiempo sus efectos fueron tan duros que ya no podía soportarlos fuera del hospital. Los vómitos, los mareos, la debilidad, en definitiva, la enfermedad se había asentado en su cuerpo para no abandonarlo a no ser que fuera llevándose consigo. Por eso decidieron ambos que lo mejor sería permanecer en el hospital, al menos hasta que su estado mejorase, algo que los dos sabían que ya no iba a suceder. Aun así, ella jamás le mencionó el pacto, y él tampoco lo nombró, decididos como estaban a que esa vez el que siempre fue dueño de sus destinos no se saliera con la suya.

Una mañana, varios meses después de su primer ingreso en el hospital, el equipo de doctores que trataba a Olivia convocó a sus padres a una reunión, algo que ellos habían estado temiendo desde hacía semanas, viendo que el estado de su hija no paraba de empeorar. Fueron ellos quienes le pidieron a Alex que los acompañara, como si creyeran que él tendría más fuerzas para soportar la noticia, cuando en realidad tenía mucho más miedo que ellos por la certeza de que eso era el principio del fin. «Tienes que ser fuerte, tienes que ser fuerte», se repetía Alex mientras caminaba por el pasillo del hospital con los puños apretados, en dirección al despacho en el que le habían indicado que tendría lugar la reunión. Él ya sabía lo que los doctores le iban a decir.

Una voz le susurraba que no había necesidad de pasar por eso, que aún estaba a tiempo de evitarlo, que de hecho podría incluso arreglarlo, aunque ella ya hubiera dejado de respirar, como había hecho cuatrocientos años atrás. Entonces se repetía a sí mismo que tenía que ser fuerte porque Olivia así lo quería, y la voz a veces desaparecía y a veces no.

Mientras el médico les comunicaba que ya no había nada más que se pudiera hacer por ella, Alex, negándose a escuchar algo que ya sabía, fijó su atención en la madre de su amada. Olivia se parecía a ella, las dos conservaban los rasgos orientales que su bisabuelo les aseguró cuando se casó con aquella belleza filipina que trajo después de que España perdiera las islas. Ojos verdes rasgados, piel blanca como la porcelana y cabello negro como el azabache. La edad había hecho mella en la belleza de la mujer, pero no tanto como el sufrimiento por la enfermedad de su hija. Tampoco fue una novedad para ella lo que los médicos acababan de comunicarle, a juzgar por su gesto, que no era más que el de la aceptación de algo que se había sabido por largo tiempo.

Mientras ellos volvían a la habitación de su hija, Alex le pidió al médico permiso para sacar a Olivia del hospital por última vez antes del fatal desenlace. El doctor no estaba muy seguro de que fuera buena idea, pero sabía que esa sería la última oportunidad que tendría de salir de allí y aceptó.

Al día siguiente, con una elevada dosis de vitaminas y calmantes en su cuerpo, Alex llevó a casa a Olivia en su silla de ruedas, pues la agotaba demasiado caminar.

—Cierra los ojos —le dijo Alex.

—¿En serio? ¿Has preparado una sorpresa?

—Por supuesto. ¿Qué pensabas, que te había traído aquí para que siguieras trabajando?

Olivia sonrió débilmente y cerró los ojos. Oyó que alguien abría la puerta desde dentro y notó cómo Alex empujaba la silla al interior. Entonces recibió permiso para abrir los ojos y al hacerlo vio cómo docenas de globos de

colores llovían del techo y los rostros de sus amigos, que reían y aplaudían. Había música, que el propio Rafa se encargaba de controlar, y bebida. Luego supo también que la deliciosa comida de la fiesta también había sido cosa suya. Inés fue la primera en acercarse a ella y darle un gran abrazo, a pesar de que la había visto hacía solo un par de días en el hospital. Ramón fue junto a Alex a ofrecerle la primera copa de vino y brindar con él. El rostro de Alex era pura desolación mientras miraba a su amigo acercarse con la copa.

—Alex... —Iba a decirle que tenía que ser fuerte, pero se lo había dicho tantas veces que esas palabras ya habían perdido todo su significado. Simplemente le dio la copa y chocó la suya—. Bebamos.

La primera entró casi de un trago, y ver que la gente actuaba como si fueran felices, como si estuvieran celebrando que todo se había arreglado y que los dos volvían por fin a casa después de meses en el hospital, hizo el resto. Olivia hablaba con todos los que se acercaban a ella y se llevó las manos a la boca de asombro cuando vio aparecer a Jacques entre los demás. Se arrodilló ante la silla y la tomó de las manos.

—*Tu est très jolie, ma chérie, très jolie...* —le susurró al oído antes de abrazarla con fuerza y conseguir disimular su sorpresa y su tristeza ante el deterioro de la mujer de la que una vez pensó que podría enamorarse. Olivia lo abrazó con todo el cariño del mundo, pues se alegraba enormemente de verlo allí. Clara se unió a ellos con su copa de vino en la mano dispuesta a poner su granito de arena para alegrar ese día para su mejor amiga.

—¿No piensas levantarte de esa silla, vaga?

Olivia rio a carcajadas.

—Lo que tienes es envidia porque tienes que ir andando a todas partes. — Los tres rieron.

Fue una tarde intensa, las emociones los envolvían a todos y eso podía sentirse flotando en el ambiente. La música, los choques de cristal al brindar y las risas no pudieron amortiguar del todo un cierto halo de tristeza que cubría la estancia. Cuando por fin oscureció, todos empezaron a despedirse y lo

hicieron con la misma alegría y calidez que habían sido capaces de mantener durante toda la tarde. Una vez que se quedaron solos en el salón, Olivia miró a Alex sonriendo pícaramente y le dijo:

—No me has sacado a bailar. Tener novio para esto...

Él sonrió levemente y fue hacia ella, la levantó en sus brazos de la silla de la que solo se había movido dos o tres veces a lo largo de la tarde y la llevó al jardín trasero, en el que tantas veces habían charlado, cenado y reído no mucho tiempo atrás. La dejó en una de las sillas de forja blanca para encender las guirnaldas y buscar una canción en su móvil. Entre su lista de música se detuvo en una de Kyla La Grange que a ella le encantaba, *Catalyst*, y le dio al *play* antes de volver a tomarla en sus brazos. Era tan ligera como una pluma y eso le hizo sentir un terrible pellizco en el estómago, pero esa era su noche y todo lo que tenía en mente era bailar con ella. Puso los pies de Olivia con mucho cuidado sobre los suyos y apoyó su cuerpo contra el de él porque tenía miedo de que se desplomara si no la sujetaba con fuerza. Y así comenzaron a bailar dulce y lentamente, y se besaron como tantas veces habían hecho antes. Ella apoyó su cabeza en su pecho y sonrió. Podría morir en este mismo instante y habría valido la pena si con ello conseguía salvar el alma del único hombre que había amado en toda su vida. Él dejó caer su barbilla sobre su frente y se preguntó con el corazón encogido como un papel arrugado cómo iba a ser capaz de seguir viviendo cuando ella ya no estuviera. Bailaron hasta que la canción acabó y empezó la siguiente, y Alex notó que Olivia estaba agotada, así que decidió que lo mejor sería llevarla a la cama, a su cama, donde dormiría con ella por última vez.

A la mañana siguiente la llevó al hospital de nuevo. Él sabía algo que ella ignoraba, aunque tal vez lo presentía, ese día o el siguiente a más tardar tendrían que sedarla para que su cuerpo pudiera soportar el trance final sin retorcerse por el dolor. Era lo único que quedaba por hacer. Le quitó la ropa con sumo cuidado y le puso un camisón. Era invierno, pero el tiempo, como siempre en esa parte del país, estaba siendo cálido. La colocó sobre la cama y,

mirándola a los ojos dulcemente, le preguntó:

—¿Qué tal te encuentras? Ha sido demasiado ¿verdad?

—¡Oh, no sabes cómo ha merecido la pena, Alex, ni te lo imaginas! Estoy bien, no siento ningún dolor. Solo estoy muy cansada... muy cansada. —Su voz era casi un susurro.

—Estaré aquí sentado junto a la cama por si te despiertas, ¿de acuerdo, amor? —Alex luchaba por no llorar pensando en que no volvería a verla despierta, pero no quería que sus ojos llenos de lágrimas fueran la última imagen de él que Olivia guardara en su recuerdo. Le acarició el rostro con dulzura, le besó las mejillas, los párpados y por fin los labios. Ella abrió los ojos un instante.

—Alex, por favor, no dejes que todo este dolor y sufrimiento sea en vano. Cuando llegue el momento, déjame marchar. ¿Me lo prometes?

Alex se llevó la mano de Olivia a los labios y le besó los dedos y el dorso. Cerró los ojos y asintió lentamente sin poder ya contener las lágrimas.

Esa fue la última vez que habló con ella y la vio despierta. Sus amigos y su familia fueron al hospital para acompañarlo a diario para que no se encontrara solo cuando el terrible momento llegara. Lo vieron deambular por los pasillos del hospital con las manos en los bolsillos, golpearse la frente contra la pared de la habitación tratando de contenerse para no echar a correr quién sabía hacia dónde, y dormir sobre su pecho a ratos para sentir que aún estaba con él.

Un día, Alex se despertó con el sonido más atronador que jamás había escuchado... el sonido del silencio. Había apoyado su cabeza sobre el pecho de ella como solía hacer cuando quería sentirla cerca y escuchar el latido débil de su corazón, que parecía repetirle que todo estaba bien, que así era como debía ser, y se dormía. Ese sonido había desaparecido. El suyo se detuvo un instante antes de dar un grito y pulsar el botón que avisaría a las enfermeras. Ramón estaba fuera, apoyado contra la pared del pasillo, cuando oyó aquella especie de aullido desgarrado y entró justo detrás de ellas. Tuvo que separarlo a tirones del cuerpo ya sin vida de Olivia y sacarlo al pasillo

para que los médicos pudieran certificar su muerte, y allí permaneció arrodillado abrazado a su mejor amigo ofreciéndole lo único que ahora podría servirle de consuelo, si era que acaso el dolor podía calmarse alguna vez.

Mientras los padres de Olivia tramitaban el papeleo necesario para sacarla del hospital y enterrarla en el panteón familiar, Alex, que se movía solo por impulsos, como si fuera un zombi, fue al baño a vomitar su dolor. Ojalá pudiera exorcizarlo con cada esfuerzo, derramarlo en cada bilis, y no tener que sentirse como si alguien le hubiera clavado una daga envenenada en los intestinos y la retorciera a cada rato. Una de las veces en que por fin pudo ponerse en pie se dirigió al lavabo a lavarse la cara y las manos y, mientras estaba en ello, una voz que le era muy familiar lo llamó.

—Alexander, Alexander... ¡Cuánto me disgusta verte así!

Cuando se giró reconoció inmediatamente a quien le hablaba, era el Diablo, que quizás había venido a regodearse en su dolor. Con la poca fuerza que aún conservaba se lanzó hacia él, pero para cuando consiguió alcanzarlo ya se había movido como por arte de magia, desapareciendo de un rincón y apareciendo en otro.

—Mal, mal, mal... —dijo de nuevo el Diablo—. ¿Sabes? Aún no la han sacado de la morgue... ¿No has oído esas historias espeluznantes en que una persona es dada por muerta y despierta dentro de la cámara frigorífica donde guardan los cadáveres, y golpea y grita hasta que alguien viene y descubre que aún sigue vivo? Seguro que sí. ¿No te gustaría que la sacara de ahí, que se recuperase y no tener que acudir a su entierro? ¿Sabes lo doloroso que es el entierro de la única persona a la que quieres en este mundo?

Alex había permanecido sentado en el suelo, apoyado contra la pared, mientras lo escuchaba y se levantó como pudo, con los ojos llenos de lágrimas, pero viendo en su mente como si de una película se tratara lo que el otro le acababa de decir, y recordando al mismo tiempo el rostro de Olivia cuando le pidió que la dejara descansar en paz esa vez. Se fue acercando hasta donde la figura estaba apoyada de lado contra la pared esperando su respuesta

y vio cómo simplemente pasó de largo delante de sus narices, con los puños cerrados con tanta fuerza que estaban blanquecinos por la falta de sangre.

La vida sin ella

El día que Ramón acompañó a Alex al aeropuerto para que cogiera el avión que lo llevaría a la nueva aventura en la que se había embarcado, no pudo disimular que aún seguía enfadado con él. Tras el entierro de Olivia había desaparecido durante días, sin que nadie tuviera noticias de su paradero. Todos eran conscientes del dolor que había sufrido durante la enfermedad de su amada, y sabían que era más terrible aún enfrentarse a la vida sin ella. Inés le había dicho que tendría que pasar un año para que su mente asumiera lo que le había sucedido. Un año con su viento, sus lluvias y su calor, con sus fiestas y sus cumpleaños y sus reuniones familiares. Tendría que pasar por su cumpleaños, por el aniversario del día en que se conocieron, por la fecha en la que se besaron y por aquella en la que se entregaron el uno al otro como si lo hubieran hecho siempre. Tendría que revivir el día en que le dijo que estaba enferma, y el que la sacó del hospital para celebrar una fiesta para ella, y sentir cómo se abrían las heridas del día en que por fin tuvo que dejar que la sedaran para que no sintiera dolor, y cómo le hicieron explosión las entrañas el momento en que supo que todo había terminado. Un año sin ella cada maldito día. Los padres de Alex y sus amigos habían dado por hecho que tarde o temprano volvería a la normalidad. Ramón lo había obligado pronto a volver al trabajo para que no estuviera encerrado en casa todo el tiempo. No quería ni imaginar lo que su amigo estaba sufriendo y, si seguía trabajando con él, podría estar al tanto de cómo se sentía cada instante. No habían pasado ni

seis meses de la muerte de Olivia cuando llegó al estudio diciendo que había cursado una solicitud para irse a Latinoamérica con una ONG que se dedicaba a levantar zonas que habían sido arrasadas por catástrofes naturales. Inés, que fue la primera a quien dio la noticia durante el desayuno, no pudo parpadear durante unos segundos.

—Alex —le dijo—, sé lo que estás pasando...

—No lo sabes —interrumpió él bruscamente.

—Tienes razón, no lo sé, ni quiero saberlo. Pero no creo que dejar tu vida, tu casa, tu familia, todo lo que siempre te ha hecho feliz sea la solución. La idea me parece maravillosa, muy altruista y no dudo que uno debe sentirse bien sabiendo que dedica su vida al bienestar de quienes más lo necesitan. Sin embargo, me parece que deberías centrarte en recuperarte, eres muy joven aún, tienes que rehacer tu vida.

—Inés, si oigo a alguien más decirme que tengo que rehacer mi vida... —No quiso continuar la frase—. Hace solamente seis meses que perdí a Olivia y no pienso ni por un momento volver a estar con ninguna otra mujer.

Inés no supo qué decir. Sabía que eso era imposible, o al menos lo creía. Ningún hombre joven, guapo y con un buen trabajo como él iba a estar solo demasiado tiempo. Ella había intentado que saliera alguna que otra noche, hasta Clara lo había intentado, para que conociera gente, o al menos para que no pasara la mayor parte del tiempo inmerso en sus recuerdos. Aún no lo habían conseguido.

El siguiente a quien le dio la noticia fue a Ramón, quien tampoco se mostró muy contento con la decisión, pero si algo sabía de su amigo era que ya no habría quién se lo quitara de la cabeza. Tendría que hacerlo para demostrarse a sí mismo que era capaz. La idea de tener que contratar a otro arquitecto para su estudio, con el que no tenía la complicidad y la afinidad que siempre había tenido con su amigo, no le resultaba agradable en absoluto. Lo único que le compensaba el disgusto era que Alex por fin tenía un objetivo. Después de conocer al amor de su vida y perderlo, su brújula había dejado de marcarle el

rumbo y ahora, de nuevo, tenía una ilusión que seguramente lo llevaría a todo lo demás. Por ese único motivo no puso ninguna objeción a su idea y por eso aquel día lo acompañó al aeropuerto para despedirse de él y rogarle que no se olvidara de quienes siempre habían sido los suyos. Alex no le demostró lo duro que fue soltarse de su abrazo antes de acceder a la puerta de embarque con un macuto al hombro como único equipaje, junto al grupo con el que viajaría.

—Esto no es un adiós, Ramón. Yo no me muero, solo voy a viajar a otro continente.

Ramón no sonrió, no le hizo gracia la ocurrencia.

Desde que Olivia había muerto, Alex la había estado buscando por todas partes. Después de todo, ella siempre había escuchado y visto cosas que los demás no podían ver, así que trató de sentirla, la llamó, la soñó mil veces, pero no volvió a verla. Ni siquiera Sonia accedió a contactar con ella cuando él se lo pidió, aunque sí lo había intentado en secreto sin resultado alguno. No había podido comunicarse ni con Jaime ni con ella desde que falleció. Tampoco le extrañaba demasiado, no era la primera vez que le pasaba.

—No soy ninguna experta, Alex —le había dicho al joven aquella noche en que fue a verla desesperado porque quería volver a oír la voz de Olivia—. Esto no es una ciencia exacta, a veces se puede hablar con ellos y a veces no, y créeme, este no es el momento de buscar a Olivia.

Al principio, ni en sueños pudo volver a verla, más tarde sí soñó con ella, aunque siempre cosas que no tenían ningún sentido, imágenes aisladas que no le decían lo que él quería saber: que estaba en algún lugar esperándolo. Tampoco volvió a sentir la presencia de aquel con quien una vez tuvo un pacto y se conformó con la idea de que lo había vencido y había liberado su alma y la de Olivia de sus fatales cadenas. En aquellos días fue cuando decidió que lo único que volvería a darle sentido a su vida sería dedicarla a algo que perviviera una vez que él se hubiera ido, no solo la obra, sino los sentimientos, la gratitud de las personas a quienes hubiera ayudado. Quizás,

solo quizás, podría así redimirse un poco de los pecados cometidos en sus otras vidas, por llamarlo de alguna manera, y recuperar también las riendas de su destino.

Durante aquel vuelo a lo desconocido durmió como hacía meses que no había conseguido dormir, ni siquiera soñó, lo que supuso un gran alivio.

Transcurrió aquel primer año horrible que se suponía iba a llevarse toda su pena, pero no fue así, si acaso, se acostumbró al dolor y a la soledad. Su vida nómada lo ayudó a no comprometerse con ninguna otra mujer. Y pasaron muchos años más donde el amor verdadero, el que había conocido con Olivia, se negó a volver a aparecer, y para él era un sacrilegio compartir su vida con alguien por quien no sintiera lo mismo que aún sentía por ella. El trabajo y su dedicación a los demás consiguieron devolverle la paz de mirar cada noche al horizonte con la sensación de estar haciendo lo correcto. Cuando se encontró cansado y echó de menos sus raíces, ya entrado en años, volvió a España y vivió en casa de su tío Jaime, rodeado de sus amigos y de un perro y dos gatos que había recogido de la calle. El fin de sus días lo sorprendió una mañana, muchos años después, cuando al levantarse de la cama se sintió ligeramente mareado y volvió a echarse para no volverse a despertar.

Epílogo

Más allá de la muerte

El sol entraba a raudales por el enorme ventanal del pasillo de la clínica donde aquella mujer permanecía sentada hojeando una revista sin demasiado interés y mirando de vez en cuando a su hija, una niña con dos coletas que jugaba tranquila con su muñeca en uno de los asientos vacíos de la zona de espera de pediatría. La había traído porque llevaba algunos días con fiebre y se negaba a comer. No se percató de la llegada de otra mujer que se había sentado justo en el asiento junto al que jugaba la niña, pero al escucharla hablar con ella, levantó la cabeza.

—¡Qué muñeca más bonita! ¿Tiene nombre?

La niña sonrió ampliamente, lo que iluminó su rostro a pesar de su palidez.

—Se llama Paula, como mi médico. ¿Ves? Lleva una bata, es doctora.

La mujer cogió la muñeca y la miró antes de dirigirse a un crío que bebía agua del depósito que había junto a la puerta.

—¿Quieres venir aquí y dejar eso?

El niño tiró el vaso de plástico obedientemente a la papelera y fue junto a su madre. Las miradas de las dos mujeres se cruzaron.

—En cuanto vamos a algún sitio donde hay uno de esos —dijo la madre del crío señalando el depósito— tiene que probarla. No conozco a ningún niño que beba tanta agua como él.

La otra mujer sonrió y añadió:

—Eso es bueno.

El niño se había acercado a la niña, que seguía jugando con su muñeca, y ambos parecían estar hablando. Las dos mujeres siguieron hablando y acabaron descubriendo que vivían muy cerca una de otra y hasta que los niños iban a ir a la misma escuela el curso siguiente, cuando acabara el verano. La madre del niño dijo que se habían mudado al pueblo porque ella se había separado y había pedido traslado, y la otra le habló de las virtudes de vivir en un pueblo maravilloso junto al mar y tan cerca de la capital. Charlaron un buen rato mientras los niños jugaban y, de repente, la niña de las coletas vino protestando hasta su madre.

—¿Qué te pasa, cariño? —le dijo ella abriendo sus brazos para acurrucarla.

—Él me ha tirado de la coleta —dijo la niña, señalando al crío que la miraba avergonzado desde el asiento junto a su madre.

La madre del niño lo miró y le preguntó:

—¿Es eso cierto? ¿Le has tirado de las coletas, Alejandro?

El chiquillo, que tendría unos seis o siete años, contestó:

—Ha sido sin querer, se me ha enganchado la pulsera. —Y señaló una de esas pulseras antimosquitos que llevaba en la muñeca.

—Bueno, anda, ven. Pídele disculpas a... ¿Cómo te llamas? —dijo la mujer cayendo en la cuenta de que no le había preguntado a la niña su nombre.

—Olivia —contestó más conforme.

—Alejandro, ven. Pídele disculpas a Olivia y ten más cuidado.

La madre de la niña sonrió al ver al chico acercarse a ella y pronunciar un leve «lo siento», y no pudo evitar sentir un escalofrío cuando ella levantó la mirada y los dos se miraron tan fijamente durante unos segundos que parecía que habían caído en la cuenta de que no era la primera vez que se veían. En efecto, nunca recordarían debido a su corta edad que aquel día sus dos almas supieron que volvían a estar juntas y que todo, absolutamente todo lo que habían tenido que sufrir para liberarse del maldito pacto, había merecido la pena.

FIN

Si te ha gustado

Hasta que nos volvamos a encontrar

te recomendamos comenzar a leer

El sucesor

de *Concha Álvarez*



UN DÍA CUALQUIERA

César Dávila haría todo lo posible para evitar que lo encontrasen, incluso trabajar bajo las órdenes de un incompetente como el señor Alcázar.

Durante un instante, pensó en pagar las clases de judo con el último billete de cincuenta euros de su cartera, pero al final se apuntó a las clases de boxeo. Le ayudaban a no pensar demasiado en todo lo que había dejado atrás. Había huido de su hogar, sin nada en los bolsillos, y con una maleta cargada de venganza.

—¡César!

—Sí, señor Alcázar —dijo sin que se notara la falta de respeto en la voz.

El encargado del supermercado era un cuarentón, barbudo y con el diámetro de un oso polar. Poseía un carácter agrio que compaginaba con un olor a agua de colonia de barbero que usaba para peinar su barba.

—¿Cuántas veces tengo que explicarte que los cartones de leche desnatada se colocan a la derecha y los de leche entera a la izquierda?

César masculló una maldición y se tragó su orgullo. Contó hasta diez para contener una palabra soez y agachó la cabeza. Necesitaba ese empleo, si no quería usar las tarjetas de crédito y que descubrieran que se ocultaba en aquel supermercado.

—Ayer me ordenó lo contrario.

—Un error más, ¿me has oído? —aseguró, señalándolo con el dedo, alzando la cabeza para mirar el rostro de su empleado—, y vas a la puta calle.

—No volverá a suceder, se lo prometo.

César se dirigió a la sección de aseo femenino después de reponer los cartones de leche por segunda vez. Cerca de las estanterías de maquillaje,

varias chicas curioseaban los pintalabios. Una de ellas sería el sueño de cualquier hombre entre los trece y los noventa años. Se ajustó las gafas y la miró de nuevo con disimulo. Organizó varias bolsas de algodones, mientras escuchaba las risas de las muchachas.

—¿Irás esta noche?

La voz de la chica que formuló la pregunta sonó suave y débil en comparación con la de las otras. Vestía unos vaqueros desgastados, con una camiseta negra y descolorida que en nada la favorecía. Sujetaba el cabello en una estirada coleta en la nuca; el sencillo peinado marcaba sus facciones, todavía infantiles y sin una pizca de maquillaje. Su estatura menuda aumentaba la imagen infantil en contraposición con la mundana y cosmopolita de sus dos amigas.

—No seas estúpida. Claro que iré, Mancia —afirmó la rubia espectacular.

César se preguntó qué significaría ese nombre.

—Ni siquiera has tratado a ninguno de ellos...

—¿Y qué importa? —la interrumpió su amiga con desdén—. Son *cool*.

César esbozó una sonrisa que le torció los labios en un gesto grotesco. Conocía muy bien a esa clase de mujeres que se rodeaban de tipos cuyas carteras atesoraban más de mil euros al final del día. A punto estuvo de casarse con una de ellas y, gracias a la intervención de su «samaritano padre», nunca se celebró la boda.

—No es buena idea —insistió la tal Mancia.

—¿Te chivarás a mi padre?

—Sabes que no.

—Vanesa, que nos acompañe —sugirió la otra rubia con voz chillona, mirándola como a un insecto al tiempo que se atusaba la larga melena.

—Ellos no me han invitado.

—Si vienes conmigo, te aceptarán.

Las chicas giraron la cabeza y observaron a César. Mancia fijó la vista en el hombre cuya mandíbula ancha contraía los labios en un claro gesto

despreciativo. A pesar de ello, su expresión neutral al mirarlas le otorgaba un aspecto misterioso. Quizás anduviese por la treintena o tuviera más edad, pero su pelo oscuro y sus ojos verdes de un color aceitinado le daban un aspecto atractivo, que enrojeció sus mejillas al comprobar que él había advertido que lo contemplaba igual que un pastel en un escaparate de una confitería. Mancia, tras unos segundos, se obligó a reanudar la conversación para desviar la vista de él.

—¿Podemos marcharnos ya?

—Espera —le pidió la tal Vanesa, y se acercó con pasos firmes a César—. ¡Deja ya de comerme con los ojos! —dijo con un gesto chulesco. César guardó silencio y, aún más enfadada por aquella nota de indiferencia, añadió—: ¿Acaso crees que no me he dado cuenta?

—Señorita, se equivoca.

Desde que había abandonado la casa familiar, no salía con ninguna mujer, pero no se comportaba como un célibe; si alguna lo atraía, intentaba llevarla a la cama. El apellido *Dávila* le concedió la posibilidad de muchas noches de sexo con rubias como esa tal Vanesa aunque, después de lo sucedido, se preguntaba cuántas hubieran accedido solo por él, y no por su apellido.

—Encima, eres un cabrón mentiroso —lo insultó—. Desde que has llegado no me has quitado los ojos de encima.

—Creo que ha sido tu amiga —dijo, y señaló a Mancia— quien no me ha quitado los ojos de encima; yo solo hago mi trabajo.

—¡Ella! —exclamó, mirando con desdén a su compañera—. No me hagas reír.

Mancia enrojeció aún más al escuchar las palabras de aquel hombre. Por su parte, a César aquella rubia y sus ofensas empezaban a molestarlo de verdad. La gente comenzaba a formar un corrillo a su alrededor y, si Alcázar presenciaba la escena, ese día lo echaría a la calle.

—Vanesa, por favor —intervino la chica a la que llamaban Mancia—. Llegarás tarde a la fiesta.

—No te metas en esto —dijo, y su rostro evidenció que después se cobraría con creces esa intervención en su favor—. No soporto a los perdedores, sobre todo cuando pueden aspirar a un trabajo mucho mejor; entonces, todavía los desprecio más.

César vio en los ojos de la rubia una desmedida frialdad. Sus palabras lo enojaron; quizá lo había reconocido y la hubiese rechazado en el pasado, pero recordaría a una mujer con aquellas medidas esculturales y una lengua viperina.

—Vanesa, ¡basta! —le pidió Mancia, y agarró el brazo de su amiga.

—No me acostaría contigo, aunque me pagaras por ello —afirmó César con desprecio, sin aguantar más su tono desagradable.

Muchos de los clientes aplaudieron las palabras del hombre. Vanesa, indignada, controlaba su enfado ante tal desfachatez. De un manotazo, se echó el pelo hacia atrás y, con grandes zancadas, se marchó seguida por la otra rubia que no paraba de gritar su nombre.

—Lo siento —se excusó Mancia al quedarse a solas cuando se dispersaron los clientes, a pesar de la vergüenza que sentía al saber que él la había descubierto admirándolo.

—No te disculpes en nombre de tu amiga. Tú no me has insultado.

—Ella... —La joven dudó unos instantes antes de continuar—: Ella jamás te pediría perdón.

—Entonces, tampoco lo hagas tú. No te responsabilices de los actos de los demás.

Él tenía razón, pero estudiaba en la escuela de cocina gracias a Vanesa. Su madre era la empleada de hogar de los Iborra, y ellos le abonaban la matrícula y las clases en un gesto altruista. A cambio, Mancia soportaba el desprecio de los amigos de Vanesa, las miradas de lástima y soberbia, las palabras hirientes y convertirse en casi una esclava al servicio de su hija. Vanesa alardeaba entre sus amistades que compartían una relación de hermanas, pero la realidad era muy diferente.

—Debo irme. En serio, lo siento mucho —se disculpó otra vez antes de marcharse.

César se preguntó qué relación uniría a esas dos mujeres tan distintas. Se olvidó de ellas cuando sonó el móvil: se trataba de su casero. Aún no había pagado el alquiler de ese mes. Cuando colgó, lanzó un suspiro de impotencia, colocó más toallitas húmedas en la estantería, mientras que se concentraba en idear un plan de venganza.

Dos semanas más tarde, a César lo citaron del departamento de Recursos Humanos. A la hora señalada, la secretaria lo condujo hasta la sala de reuniones y le pidió que esperara allí. La jefa de personal, una mujer con acento gallego, se presentó con un fuerte apretón de manos y le indicó, con un gesto, que se sentara de nuevo.

—Señor Dávila, hemos recibido quejas de algunos clientes.

—¿Quejas?

—Sí —aseguró, mientras miraba unos papeles—, parece que se propasó con un par de jóvenes.

Apenas daba crédito a lo que oía y se removió de indignación en la silla.

—¡Propasarme! —exclamó ofendido.

—Lo siento, pero rescindiremos su contrato desde este momento.

¿Realmente aquel par de chicas lo habían denunciado con esa acusación falsa? Intentó poner en orden sus ideas y razonar con la responsable de Recursos Humanos. Al menos, ese mes necesitaba cobrar para pagar el alquiler.

—¿La empresa no quiere escuchar mi versión?

Durante un instante, el silencio se hizo entre la encargada de despedirlo y él.

—¿Puedo serle sincera? —Él asintió—. Al centro comercial le importa muy poco su opinión. No queremos mostrar una imagen equivocada del centro

comercial. Si una de nuestras clientas asegura que se propasó con ella —dijo la mujer, avergonzada, y bajó la vista para no hacerle frente—, entonces, no hay nada más que hablar. Lo siento —terminó por decir.

César controlaba su rabia, a punto de estallar ante aquella injusticia. Por lo visto, nadie se preocuparía de averiguar qué había de cierto en dicha acusación.

—Le pagaremos el salario del mes como gesto de buena voluntad.

César se hubiera negado, pero otra vez se tragó su orgullo mancillado y firmó el papel de baja voluntaria.

—No lo hice —dijo antes de marcharse.

La responsable de Recursos Humanos, una mujer en la cincuentena con unos labios pintados en color rojo sangre —la única nota de color en toda su persona—, lo miró con los brazos cruzados sobre el pecho. Había entrevistado a muchos candidatos en su vida profesional, y ese joven no mentía. Lamentaba que se hubiera cruzado con Vanesa Iborra.

—Señor Dávila, ese día tropezó con la persona equivocada.

—¿A qué se refiere?

—¿No lo sabe? —preguntó, mirándolo con lástima—. El padre de la señorita Iborra es nuestro mayor accionista.

Al fin, entendía lo sucedido. El destino, caprichoso, se divertía de nuevo con él.

—Comprendo —dijo resignado—. Gracias por todo.

La directora de Recursos Humanos consideraba una injusticia que personas de la valía de ese hombre realizasen funciones de segunda, enfrentándose a gente de segunda. Pero la vida la había enseñado que el mundo se diferenciaba entre gente de primera categoría y de segunda; por desgracia, Dávila, por el momento, no jugaba en primera división.

Cuatro días más tarde, César llamaba al sexto anuncio del periódico: se trataba de una empresa de mensajería, que buscaba empleados con carné de motocicleta. El salario aumentaba si realizaba más viajes de los estipulados, siempre en negro y sin apuntarlos en el registro. En la ruta que le asignaron, se encontraba la oficina de Iborra. Decidió que iría allí en primer lugar; cuanto antes se quitara aquella tarea desagradable, mejor. Le agradó la sensación de percibir de nuevo el asfalto bajo las botas. Había vendido su Harley para disponer de efectivo y, en el instante en que escuchó el ruido del motor y notó el viento en el rostro, comprendió cuánto la echaba de menos. Media hora más tarde, pulsaba el botón del ascensor que lo llevaría hasta la séptima planta, donde se hallaba el departamento de dirección.

—Traigo una entrega para el señor Iborra —anunció a la secretaria del empresario.

—Por favor, aguarde un momento, por si requiere respuesta.

La mujer, una treintañera con un traje sastre en color azul marino y unos tacones de vértigo, se adentró en un despacho tan amplio como toda la recepción. César contempló la madera reluciente, el vidrio immaculado de las ventanas y los cuadros originales colgados de las paredes. Se sentó en el sofá de color marrón que olía a piel y cuyo tacto sedoso le recordó a la piel de una mujer. Supuso, sin miedo a equivocarse, que al igual que su hija, Iborra poseía un carácter tan soberbio como ella para acceder a su capricho y despedir a un hombre sin escuchar su defensa.

Unos segundos más tarde, la secretaria salió y le anunció:

—Solo será un momento, enseguida le daré un sobre.

Entonces, Vanesa irrumpió en la dirección. La joven se dirigió con pasos enérgicos a la mesa de la secretaria. Ese día, vestía unos pantalones, cortos y ceñidos, que marcaban su figura; también, su camiseta se ajustaba al pecho como una segunda piel. Inundó la sala un olor a perfume exótico y sinuoso, capaz de lograr que un hombre recordara para siempre su aroma.

—Amanda, ¿mi padre está?

—Sí, señorita Iborra, pero ha de esperar.

Vanessa desvió el rostro hacia el mensajero y vio de quién se trataba. Él juzgó que el mejor castigo consistía en la indiferencia y se concentró en leer una de las revistas que había sobre la mesa de recepción. Esa vez, no le concedería el gusto de humillarlo; si perdía ese trabajo, tendría serios problemas.

El teléfono sonó, y Amanda penetró de nuevo en el despacho de su jefe.

—¿Qué tal en el supermercado?

—Ya no trabajo allí —respondió, controlando la rabia.

—Me pregunto por qué.

Contó hasta diez, pero nunca tuvo demasiada paciencia. Incluso asistió a terapia al respecto, sin ningún resultado exitoso.

—Porque una zorra mintió.

Vanessa apretó los puños y esbozó una sonrisa que convirtió su hermoso rostro en una diabólica máscara de carnaval. Estaba a punto de contestar cuando Mancia apareció e interrumpió la conversación entre ambos. La joven vestía unos vaqueros y una blusa de un color rosa pálido que la hacía invisible al lado de su amiga. Vanessa la ignoró y fijó los ojos en el hombre que la miraba con ganas de estrangularla y dibujó una sonrisa mucho más cínica. Había logrado que lo echaran del supermercado y conseguiría lo mismo con esa empresa de mensajería.

—¿Tú?... —dijo Mancia al reconocerlo.

—La otra vez no me presenté, me llamo César —dijo, y besó sus mejillas—. Me alegro de verte, Mancia.

La chica sonrió al oír que recordaba su nombre, algo que no ocurría con frecuencia. Sin el chaleco de reponedor, aparentaba menos edad; creyó que rondaría la treintena. Además, tras aquellas gafas de montura oscura se ocultaban esos ojos de color oliváceo, cuyos iris negros resultaban tan penetrantes que, junto a su cabello oscuro, lo convertían en un hombre sumamente atractivo.

—Mancia, ¿no me habrás rayado el coche? —intervino Vanesa liberándola del hechizo que César ejercía sobre ella sin proponérselo.

—No te preocupes. No ha sufrido ni un rasguño.

En ese momento, la secretaria abrió la puerta del despacho de Iborra.

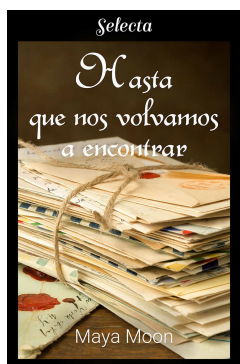
—Mancia, cualquier día de estos nos tomamos un café; sería agradable — dijo, e ignoró intencionadamente a Vanesa.

La joven contrajo la mandíbula, molesta por su indiferencia; entró en la oficina de su padre.

—Claro, cuando quieras —se atrevió a decir la chica.

César sonrió con sinceridad. En su rostro surgieron dos hoyuelos en las mejillas que lo transformaron en alguien muy interesante a los ojos de Mancia. Él asintió con un leve movimiento de cabeza y se marchó. De inmediato ella tuvo una extraña sensación de desamparo.

¿Y si el destino se empeñara en que siempre se volvieran a encontrar?



Cuando Alex, un joven arquitecto, recibe como herencia la casa de su tío Jaime en la playa, un montón de documentación desordenada y una carta donde este le pide que ordene y finalice el trabajo de toda su vida, sabe que va a necesitar a alguien que lo ayude a llevar a cabo esa tarea. Mientras piensa en ello mirando al mar, descubre «casualmente» a su lado una revista con ofertas y demandas de empleo. El nombre de alguien ofreciéndose a informatizar datos llama su atención: Olivia. Olivia es una joven informática que desde muy pequeña ha tenido una sensibilidad especial para comunicarse con el más allá, algo que ha heredado de las mujeres de su familia y que ha aprendido a aceptar, pero que le provoca un profundo miedo. La joven, necesitada de trabajo y vivienda, acepta trabajar para Alex y vivir con él en la casa de la playa, donde le será más fácil ordenar todos los documentos que se amontonan en las estanterías de la preciosa buhardilla. Desde el principio nota una presencia invisible que la acompaña. A medida que se van conociendo, una conexión extraordinaria surge entre Alex y Olivia, una fuerza que los empuja hacia el otro como si de dos polos opuestos se tratase, y según van avanzando en la investigación de todo el papeleo heredado del tío de Alex, descubrirán que, aunque no lo recuerdan, sus almas ya se conocen desde hace cientos de años.

Maya Moon es el seudónimo de María Moreno. Nacida en Jaén en 1971, es Licenciada en Filología Inglesa. Compagina su actividad como escritora con su trabajo como profesora de inglés en un instituto de Educación Secundaria. Divorciada y madre de dos hijas, actualmente vive en Rincón de la Victoria (Málaga).

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Maya Moon

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-37-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Hasta que nos volvamos a encontrar

La casa del tío Jaime

Olivia

Clara y Olivia

Alex y Olivia

Alexandre y Juliette

¿Y los sueños, sueños son?

Sonia

Alexander y Catherine

El fantasma enfurecido

El diablo frente al mar

Alexander e Irina

Dueña de su destino

Adiós, mi amor

La vida sin ella

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Maya Moon

Créditos